AUGUSTO MIJARES

# HOMBRES E IDEAS EN AMERICA

## ENSAYOS

ESCUELA TECNICA INDUSTRIAL
TALLERES DE ARTES GRAFICAS
CARACAS -- 1940

AUGUSTO MIJARES

# HOMBRES E IDEAS EN AMERICA

## ENSAYOS

ESCUELA TECNICA INDUSTRIAL
TALLERES DE ARTES GRAFICAS
CARACAS -- 1940

# INTRODUCCION

# INTRODUCCION

*Hubiera querido que este libro se titulase "Hombres e Ideas de América".*

*Pero nuestro nuevo mundo no ha cumplido todavía ese deber y ese derecho de destacar como suyos los hombres y las ideas que pudiera reclamar como representativos.*

*¿Cuál es el concepto que tiene Hispanoamérica de sí misma: de su raza, de sus antecedentes históricos, de sus posibilidades políticas, de los problemas que debe considerar como capitales, etc., etc.?*

*¿Cuál es el carácter que ella misma manifiesta, a través de la vida y la obra de los héroes, militares o cívicos, que sobre sí ha levantado la conciencia colectiva?*

*¿Existe, en suma, entre nosotros una cultura orgánica, dentro de la cual aquellas inte-*

*rrogaciones vitales tengan la precisión y claridad que deben corresponder a una conciencia hispanoamericana propia?*

*Indudablemente que no.*

*Las ideas y la obra de nuestros pensadores y de nuestros políticos han permanecido aisladas, como patrimonio individual de cada uno de ellos.*

*Por eso no puede decirse que sean Hombres e Ideas de América; son todavía, simplemente, "Hombres e Ideas en América".*

*Es indudable que ya nuestra vida espiritual reclama esa sistematización de un idearium hispanoamericano, que podría ser, a la vez, base y orientación para un desarrollo racional y más amplio de todas nuestras actividades.*

*Haber presentado este libro siquiera como los primeros apuntes para ese idearium hispanoamericano, hubiera sido para mí la más satisfactoria ambición; pero aquella idea no se precisó en el curso de estos trabajos, sino cuando ya estaban demasiado adelantados.*

*Debo, pues, contentarme aquí con señalar un punto de partida y esbozar las líneas de su posible desarrollo. Que si yo mismo no puedo continuar la obra, otro más afortunado, y ojalá que con mejores dotes, la lleve adelante.*

*Caracas, 15 de octubre de 1940.*

# Brillarán como Estrellas en Perfectas Eternidades

Ningún ideal acariciado con más delectación por nuestra mente que el ideal de Justicia. Ninguno más amado, y por eso quizá se manifiesta en él con más frecuencia que en los otros el funesto atributo de todo grande amor: el de ser exigente, inoportuno y desdichado.

En el amor de los otros ideales somos más tibios, pero también más comprensivos. Amamos la Belleza, pero no se nos ocurre renegar de ella cuando en la vida cotidiana tenemos que afrontar la presencia de la fealdad y de lo grotesco; amamos la Verdad, pero casi nunca desistimos de encontrarla, aunque comprobemos a cada paso el error de nuestros sentidos y la falsedad de nuestros juicios; amamos el Bien, y aunque el mal nos hiere a diario, resucita también en nosotros cada día nuestra confianza en la bondad y en la ternura.

Así subsisten el Bien, la Verdad y la Belleza como verdaderos ideales y con la característica de éstos: la de ser superiores a las injurias momentáneas que reciben.

Pero nuestro amor a la Justicia es mucho más apasionado: la creemos perfecta y esta fe imprudente nos hace celosos y apremiantes; la queremos infalible y por eso los primeros desengaños nos arrastran a negar nuestro amor y a la blasfemia del despecho: "la Justicia no existe!"

Desgraciadamente, esos primeros desengaños tenemos que sufrirlos en la niñez, en la escuela misma, cuando no en el hogar. Antes de ser apto para decidir sobre las cosas más triviales, el niño tiene ya que juzgar sobre la realización de la Justicia y confrontar este altísimo ideal con las imperfecciones irremediables de los actos humanos.

Muchos se sentirán inclinados a sonreír de esta preocupación.

Cuán poco representa para nosotros —hombres ajetreados por negocios tan serios— las primeras rebeldías del niño ante la injusticia! Un error del maestro, el fracaso inexplicable de un examen que preparó cuidadosamente, un azar adverso que lo mantiene rezagado tras el compañero negligente...

Lucha el niño por explicarnos: "No me importa!, pero no es justo, no es justo! No me lo explico".

Bah!, impaciencias pueriles! Sonreímos. Sonreímos y le respondemos sin otra explicación: "eso no tiene importancia!".

Sin embargo, sabemos muy bien que tampoco el niño se lamenta entonces por el hecho en sí, sino porque siente trastornado por primera

vez un delicadísimo y profundo sentimiento, que ya aparece vinculado en él a la idea del orden, sin la cual la vida no es inteligible: su fe en el maestro o en el padre, en su justicia, en la Justicia.

Y menos mal si tan sólo eludimos la recriminación del chico; cuando tenemos mejor intención recurrimos al peor de los expedientes: a pesar de que sabemos que esos errores contra la justicia son posibles, más aún, frecuentes; a pesar de que también nosotros sufrimos un día las consecuencias de adversidades fortuitas semejantes, nos creemos obligados a negarlo tozudamente ante la sorpresa dolorosa del hijo o del discípulo.

Sí; ya lo sé. "Nos guía, me dirán, la esperanza de salvar para él la idea de una justicia absoluta y perfecta".

Por eso digo que es el peor de los expedientes. Porque la vida prosigue y se renuevan los errores y se repiten los azares adversos. Ya fuera de la escuela, comienza el adolescente a sufrir también por la verdadera malevolencia de los otros, por la salud que flaquea, por los abusos de la fuerza, por un cariño que no lo acompaña en el momento decisivo.....

Y un día —sin ser hombre aún, porque no lo será si conserva aquella representación candorosa, pero absurda de la vida —un día, digo, tendrá que liquidar todo ese pasado de pequeñas injusticias, quizá ante una enorme e irreparable injusticia.

Será entonces el fracaso de la empresa a la cual consagró hasta ese momento sus esfuerzos; el abandono del amor que fué razón y estímulo de todas sus ambiciones; la obra científica o artística desconocida; la inutilidad del apostolado que era a la vez humildad y altivez de su vida, sacrificio y goce purísimo. Necesidad de rehacer toda su vida. Y en ese momento de equilibrio sobre el abismo: la comprobación repentina de que por doquiera se manifiesta un desorden moral análogo, el mismo fracaso absurdo. De que la injusticia prevalece también en las leyes y en los juicios ciegos del prójimo. Y hasta en la Naturaleza, que se ensaña contra los débiles y cuenta casi siempre entre ellos a todo el que no sabe salvarse dentro de una limitación egoísta.

A diario oímos repetir la rencorosa negación que exterioriza esas terribles liquidaciones morales en que hace crisis nuestra vida: "no existe la Justicia!" Frase que denuncia un dolor más duradero y más hondo que el mismo dolor del apostolado o del amor perdidos y de la empresa o de la obra fracasadas: el dolor de la inexplicable injusticia que trastorna todos nuestros juicios; la angustia de sentir que nuestros esfuerzos pueden perderse sin producir efecto alguno; ley desconcertante que se impone a nosotros de improviso, que rechazamos como absurda y que sin embargo tenemos que admitir.

Entonces sí nos parecen expresivas aquellas quejas balbucientes del escolar, herido por las primeras injusticias: "no es justo, no es justo!".

Y todo el dolor del hombre se resume, igual al del niño, en la misma perplejidad desoladora: "No me lo explico, no me lo explico!".

Si la experiencia nos indica, pues, que una fe incondicional en la justicia es errónea y que lo es también su negación absoluta, fruto de una reacción de nuestro desaliento; y si aquella fe y esta negación son igualmente dolorosas y funestas; y si el problema interesa tanto al adulto como al niño, porque las pequeñas injusticias que sufre el escolar no son sino el anticipo y el signo de las que el hombre ha de afrontar más tarde, ¿no nos impone todo esto la necesidad de reformar aquella confianza irreflexiva en una justicia infalible?

Se quiere conservar en el niño esa confianza por compasión y en nombre de la moral, pero en realidad nos conduce fatalmente al desaliento y a la inmoralidad. ¿No podrá la escuela prepararnos para admitir una concepción superior de la justicia, más realista y también más digna y más consoladora?

El sistema pedagógico que se limita a suprimir todos los premios y distinciones escolares es insuficiente. Ese escamoteo elemental no puede distraer al niño de los miles de casos en que debe comparar la magnitud de sus esfuerzos y el éxito obtenido; juzgar sobre la justicia que lo premia o lo castiga.

Ni tampoco creo acertado, aunque fuera posible lograrlo, que la educación se proponga quitar al niño toda ocasión de juzgar sobre la

justicia, a pretexto en último término de no desilusionarlo.

Creo en la necesidad de una solución más radical, y que afortunadamente, la misma experiencia nos la indica.

Porque así como las palabras con que el niño se queja de la injusticia resumen ya el problema que más tarde se presenta al hombre, así mismo la respuesta que sensatamente debe de darse a aquél contiene la verdadera noción de la Justicia propia para acompañarnos toda la vida.

Esa respuesta no puede ser sino el reconocimiento sincero de las injusticias eventuales que forzosamente debemos sufrir. Pero con la compensación también efectiva, de que a pesar de ellas, existe en el maestro y en el padre, y existe también en la Humanidad, un propósito leal de Justicia, un anhelo constante de perfeccionarla.

Sí; ni siquiera en la escuela y en el hogar puede ser perfecta la justicia; pero no es necesario obligar al niño a cerrar los ojos ante ese hecho. Hay otro aspecto de la realidad que puede reconfortarlo más que la ilusión peligrosa de una justicia infalible: la seguridad de que en el padre y en el maestro el cariño vigila al lado de la justicia con el afán infatigable de disminuir sus errores y salvarla de las contingencias adversas.

Este es un hecho que el niño mismo puede observar todos los días, y lo dispone a descubrir

más tarde, una evidencia igualmente consoladora: que si bien no puede la Justicia prevalecer siempre contra el odio hábil, los atropellos de la fuerza o la brutalidad avasalladora de los hechos materiales, esto no nos autoriza a negarla. Porque ella existe, tanto como en nosotros, en la conciencia de una inmensa mayoría de nuestros semejantes; porque es el punto de partida de una aspiración tenaz de perfeccionamiento que el hombre no puede ya abandonar. Porque vigilante también en la intimidad de nuestros juicios morales, el simple hecho de saber que obramos con justicia nos concede en la hora del infortunio inmerecido los tres atributos de los caracteres superiores: la paciencia, la constancia y el valor.

La justicia, como todas las creaciones humanas, nació del dolor y se ha perfeccionado por medio de tanteos entre las sombras del error y del mal. ¿Por qué sorprendernos si guarda todavía las huellas de aquel angustioso nacimiento y exije rectificaciones incesantes?

Para el hombre primitivo, lo bueno y lo malo fué simplemente lo permitido y lo prohibido, y los detentadores de la fuerza —el cacique y el piache— no permitían sino lo que estaba de acuerdo con sus propios intereses o con los de la tribu, que era su propiedad. Ni tampoco podían ser superiores las costumbres que eran manifestación libre de la actividad de aquellos hombres, a la sazón ignorantes y brutales.

La primera noción de la justicia fué, pues, un cuadriculado coercitivo de distinciones arbi-

trarias y amenudo inicuas. La ley y la opinión pública de las sociedades civilizadas reciben después en herencia casi todas esas monstruosidades: la glorificación ocasional del crimen; la desigualdad de derechos; la explotación de los desvalidos; el respeto por el dolo hábil y por los frutos de la codicia. ¡Cuántas más!

Pero lo admirable es esto: que hoy, cuando nos quejamos de la ley, y de las costumbres y de la Naturaleza misma, si esas quejas son por una parte fundadas, son también el testimonio de que el hombre ha logrado superar aquella primera noción mecánica de la justicia.

Aherrojado por sus propios errores y por necesidades implacables, ha levantado no obstante sobre sí un ideal tan bello de justicia, que el menor atentado contra él nos hiere y nos subleva. Rebeldía grandiosa: por la adquisición moral que representa y también por sus resultados efectivos; porque gracias a ella cada día se corrije la ley y la opinión; y hasta la Naturaleza, obligada por la ciencia del hombre a ser menos dura con los desamparados.

El reconocimiento de una justicia relativa y falible no es inmoral y desalentador sino por contraste con la promesa perniciosa que se le hace al niño de que todo esfuerzo debe necesariamente obtener una recompensa, y una recompensa tangible e inmediata.

Pero si se quiere para el adolescente una disciplina integral que más tarde pueda servir para el hombre, es imprescindible darle por base esta

realidad: que a la Justicia no debemos pedirle, sino darle.

Es una adquisición humana que recibimos en herencia y como tal comenzamos a gozarla gratuitamente, pero nos impone solidaridad con las generaciones desaparecidas y con las venideras.

Nos hace solidarios del pasado y del porvenir y no, por fortuna, tan sólo en nombre de una ley moral teórica, sino porque su arraigo hereditario no nos permite desligarnos de la aspiración multisecular de justicia que con cada generación crece y se perfecciona.

Nos estimula por el esfuerzo que en ella han acumulado todos los hombres, desde nuestros más remotos ascendientes y la sentimos obligatoria porque, si pensamos en nuestros hijos, nos desespera considerar que pudieran vivir en una sociedad de donde ella hubiera desaparecido.

La moral de los griegos fué moral sin obligación ni sanción porque ellos sintieron que la idea del Bien se encuentra íntimamente ligada en el espíritu del hombre a todas sus otras aspiraciones superiores.

Parecióles, pues, absurdo hablar de premios y castigos a propósito de un ideal que por sí mismo es atractivo, por ser un aspecto de la Verdad y una manifestación de la Belleza.

Esa concepción helénica es profundamente cierta aplicada al hombre civilizado y normal: heredero de un acervo de sentimientos y de ideas de los cuales no puede por eso mismo se-

pararse, él recibe aquellas normas ideales enlazadas por esa lenta gestación que desde tiempos inmemoriales las ha mantenido unidas en el seno del espíritu humano.

Unidos nacieron el Bien, la Verdad y la Belleza, y unidos han prosperado, casi siempre por medio de influencias recíprocas, sangre de hermanos mellizos.

Al manifestarse en el hombre actual tienen el doble arraigo de aquella herencia y del vínculo que los asocia entre sí. Nuestro ideal de Justicia es, pues, una necesidad psicológica que no podemos renunciar; simultáneamente se nos aparece como una verdad que se impone a nuestra inteligencia y como un sentimiento que nos mueve a la acción.

Como ya he dicho el mismo balbuceo del niño que se lamenta contra la injusticia —"no me lo explico, no me lo explico!"— manifiesta que ya para él la Justicia se identifica con la idea primordial del orden, sin la cual el mundo no es inteligible.

Es frívolo esperar una justicia que ha de salirnos al paso con las manos colmadas de dones. Dirijamos nuestra fe hacia la verdadera justicia: la que el Hombre ha creado como una ley ideal.

Esta justicia es irrisoria si la apreciamos según los premios y castigos que se le atribuyen, pero su perfección creciente constituye por sí misma para la Humanidad una recompensa suprema de belleza y de orden.

Apenas fué en otros tiempos un fetiche que el hombre primitivo labró con manos toscas para pedirle consuelo y fortaleza. No es todavía una Diosa. Pero por el hecho mismo de que la hemos colocado sobre un altar de reverencia, nos obliga a levantar constantemente hacia ella nuestras miradas y también nuestros pensamientos.

Aparentemente no es sino una imagen material; pero esa imagen se refleja en nuestro espíritu y la seducción de su belleza tiene ya la eficacia tutelar de una fuerza celeste e imperecedera.

El que llega a compenetrarse con esta concepción pragmática y evolutiva de la justicia, tiene ya una disciplina que lo salva para siempre del desaliento, porque en la historia de los errores y de los crímenes que se han cometido contra ella encuentra al mismo tiempo el testimonio de los esfuerzos y de los sacrificios que se han hecho por su triunfo.

No; no existe la Justicia, si la consideramos como una luz milagrosa que debe descender sobre las acciones humanas para abochornar al que ha pecado y conceder a la virtud el premio paradójico de una satisfacción vanidosa. Pero sí existe como una luz que brota de las acciones ejemplares, puesto que así lo siente la Humanidad.

Vemos por una parte que el hombre vive de complicidades logreras y cálculos equívocos, en la oscuridad; pero también que a cada momento levanta sus ojos hacia los justos. Y esa ejem-

plaridad de la Justicia, que la hace comparable a la luz, ha sido reconocida desde hace siglos por el hombre mismo como la promesa más segura de inmortalidad: "Los que enseñan a muchos la Justicia brillarán como estrellas en perfectas eternidades".

* * *

La historia de la América conserva una sentencia memorable, que además de ser un ejemplo único de virtud política, puede resumir por su sentido filosófico esa concepción de la Justicia que considero la más propia para afirmar en nosotros una conciencia precisa de nuestros derechos y deberes.

Me refiero a la frase con que Sucre explica al Gobierno de la Gran Colombia en 1829 por qué las condiciones de paz que había ofrecido después de la victoria de Tarqui eran idénticas a las que el mismo Mariscal había propuesto 24 días antes del triunfo.

Estas últimas fueron hechas en momentos angustiosísimos para la Gran Colombia y cuando el ejército que mandaba Sucre era manifiestamente inferior a las fuerzas invasoras; el Jefe enemigo mostrábase soberbio hasta la grosería.

Después de la victoria de Tarqui la posición de los dos adversarios era totalmente opuesta; las nuevas proposiciones de paz eran en realidad una capitulación que el vencedor concedía graciosamente a los vencidos.

Pero ni el halago de este contraste, ni consideración alguna de falso patriotismo o de ventajas oportunistas, fueron bastantes para envilecer en el ánimo del austero General venezolano la conciencia de lo que debía exigir. En el mismo campo de su triunfo depone el sable ponderoso y rehusa los frutos de la victoria. Porque quise "mostrar, decía, que nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla"

Puede decirse que el Derecho Internacional se inicia en el mundo latino con la ley terrible que el galo vencedor dictó a la incipiente Roma: "¡Ay de los vencidos!" Desde entonces fué prerrogativa indiscutible de todos los triunfadores arrojar el peso de su espada en la balanza de la Justicia.

Pero Sucre separa a la América republicana de aquella ominosa tradición: "nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla", severa advertencia que basta para proscribir la guerra como título de adquisición.

El conflicto que se decidía en Tarqui era el primero entre los pueblos hermanos del Nuevo Continente; la sentencia conque Sucre lo concluye es la primera página de nuestro Derecho Internacional. Que nadie se atreva a violar en el futuro esa ley fundamental de la justicia americana!

Pero, como he dicho, esa ley que el más puro de los libertadores dicta a nuestras Repúblicas emergentes como una consagración tutelar de la inviolabilidad de las fronteras, tiene ade-

más un sentido universal y filosófico que es quizás más admirable que su misma significación política.

Porque al poner la justicia por encima de los azares del triunfo y de la derrota, es aplicable a la vida privada y en todas las ocasiones. En los momentos del éxito nos recuerda que no siempre es éste una demostración de la legitimidad de nuestras exigencias: nos obliga a ser reflexivos y moderados. En la hora del infortunio nos libra del abatimiento, si a pesar de la suerte hostil podemos afirmar la justicia de nuestra causa: nos hace reflexivos y valerosos.

Por eso pienso que aquella norma admirable no fué una improvisación de Sucre en el momento de su triunfo, sino que ya la llevaba muy adentro y muy arraigada desde los comienzos de su vida pública.

Entonces su Patria luchaba con justicia pero sin fortuna, y para soportar las derrotas reiteradas que ponían a prueba la causa americana, se necesitaba una afirmación inflexible y sagrada capaz de anular en el ánimo de los libertadores todas las contingencias adversas; precisamente esa afirmación: que "nuestra justicia —la justicia de América— era la misma antes que después de la batalla".

Evoquemos, por ejemplo, el año 18. Sucre era a la sazón casi un adolescente y sin embargo, había sufrido ya los siete años de desconcertantes alternativas que la guerra imponía a la justicia de sus ideales: el triunfo embriaga-

dor en los días iniciales de 1811; al año siguiente, el fracaso, la desbandada; 1813 y de nuevo el camino fácil y las victorias fulgurantes; 1814, un derrumbamiento total; 1815 y cuando la mitad de Venezuela había degollado a la otra mitad, llega Morillo con un ejército que se creía capaz para sojuzgar toda la América. De los ejércitos republicanos no quedan sino grupos dispersos que se aprietan desesperadamente en torno de sus banderas vacilantes y buscan como amparo el desierto inclemente de las llanuras. No tienen otras armas que sus lanzas, pero las lanzas no son a veces sino astas sin hierro, endurecidas al fuego, como en aquella fabulosa expedición que hace Monagas sobre la Guayana. Casi siempre como única comida, carne sin sal. El que cae en poder del enemigo, muere; y en la propia familia del futuro Mariscal tres hermanos y una hermana habían sido sacrificados en la guerra sin cuartel.

¡Cuántos son ya los compañeros muertos! Tántos muertos ilustres y tántos muertos queridos! Los "mantuanos" habían abandonado desde el primer momento sus heredades para ofrecerse a la Patria con sus hijos y sus esclavos, y ahora veían marchar, confundidos entre las líneas indistintas del Batallón, al hijo y al esclavo, hermanados hombro con hombro, compartiendo iguales penalidades. Atrás quedaba el llanto de las madres, las ciudades en poder del enemigo y las costas benignas del mar.

Años y años de sufrimiento unánime; las inquietudes heroicas del evento feral y las in-

quietudes deprimentes de la miseria y de la fuga. Años y años de penalidades, y, desde 1813, cinco años de fracasos consecutivos.

En esas condiciones se solicita con ansia la batalla, porque es la única esperanza de salvación. Pero todavía en 1818, cada nueva batalla es casi siempre una nueva derrota. La persecusión se enardece, la retirada vuelve a convertirse en huida y entre la noche trágica, que los oculta pero no los ampara porque la acechanza los cerca por doquiera, es preciso pensar en rehacerse y recomenzar.

¿Cuál podía ser entonces el comentario de los vencidos?

Una blasfemia. La blasfemia contra el destino ciego, contra el destino absurdo, que aniquilaba en un solo momento todas las conquistas del valor y de la perseverancia.

La blasfemia en boca de la mayoría. Pero no en los labios de Sucre.

Porque ya a él lo acompañaba la convicción omnipotente que anulaba esa preponderancia del azar y de la adversidad. La convicción de que la justicia de su causa era lo esencial y debía conservarse independiente de esas contingencias imprevistas; la convicción de que "nuestra justicia —la justicia de América— era la misma antes que después de la batalla"; afirmación íntima que, renovada en el momento del desastre, salvaba la verdadera fuerza que alentaba a los libertadores.

El fracaso es una contingencia de efectos momentáneos; la fuerza perdurable es la que se deriva de nuestros propósitos, porque éstos renacen todos los días.

¿Qué importa la derrota de hoy, si sabemos que mañana la belleza intacta del ideal vencido reunirá de nuevo en su defensa a todos los fugitivos? Y si algunos han muerto y otros desertan, siempre habrá en las nuevas generaciones manos puras y corazones ardorosos.

La sentencia de Sucre tiene, pues, doble significado y expresa un concepto cabal. La Justicia es superior al triunfo y superior también a la derrota; sólo existe en nosotros, en la voluntad del hombre; los hechos no la sancionan sino accidentalmente, pero tampoco la aumentan ni rebajan; la justicia verdadera es Justicia sin premio ni castigo.

Estamos habituados a considerar el éxito como una consagración de nuestros méritos y la desgracia como una violación monstruosa de nuestros derechos; representación elemental que nos hace soberbios en el momento del triunfo y nos precipita en el desaliento cuando el fracaso nos pone a prueba.

Cultivemos un orgullo menos egoísta y más firme: el orgullo de nuestra Justicia.

Según el socorrido símil de que toda la vida es lucha y una batalla cada una de nuestras acciones, la frase de Sucre puede recordarnos las

virtudes que el amor desinteresado de la Justicia inspiró a aquel gran Capitán, y que también son indispensable a diario y en pequeño para colocarnos por encima de los vaivenes de la suerte: la moderación entre los halagos de la fortuna; la paciencia, la constancia y el valor, en los días aciagos.

# Domingo F. Sarmiento

Se ha hablado tanto del aislamiento en que viven estos países hispano-americanos y de su desconocimiento recíproco, que ya nos parece tal comentario un motivo literario poco sincero y de mal gusto. Y sin embargo, a veces tenemos que repetirlo y lamentarlo por milésima vez, como si fuera la primera, cuando alguna de las consecuencias de ese aislamiento nos impresiona repentinamente.

Así me sucedió hace poco con ocasión del aniversario de la muerte de Sarmiento. Porque si bien el aislamiento material es una cuestión de hecho, que sólo puede modificarse mediante difíciles transformaciones económicas, en cambio, el desconocimiento moral e intelectual que nos separa, a pesar de que casi todos nuestros intereses son comunes y todos nuestros problemas parecen similares, sólo puede explicarse por un *europeísmo* verdaderamente simiesco o por una indolencia mental escandalosa.

Junto a Sarmiento existe en la Argentina toda una generación de escritores y de hombres de Estado, cuyo conocimiento sería ejemplar para la América española, y sin embargo, ape-

nas son conocidos por sus nombres, y solamente algunos. De su obra, de los problemas que resolvieron o plantearon para la América, ésta en realidad no sabe nada, pues de otro modo sus ideas serían todavía objeto de discusiones cotidianas en todo el Continente.

Porque hay personajes históricos cuya vida sólo es ejemplar por sus virtudes, pues ya sus actos mismos y sus pensamientos son forzosamente anacrónicos. Pero los de la generación de que hablamos, por el contrario, admiten todavía una imitación casi integral que sería fecunda en cualquier momento. Personajes históricos en el orden del tiempo, son todavía pensadores de actualidad por las cuestiones que les tocó resolver; su obra no es solamente una abstracta lección de moral cívica; debe tener todavía para la América la fuerza apremiante de un interrogatorio sobre sus intereses más queridos.

A ellos les tocó preparar y dirigir la reconstrucción de su Patria, después de una de las crisis más profundas que registra la historia de estos pueblos. En esa obra formidable, cada uno aportó una idea nueva y propia, fruto de dolorosas y desinteresadas meditaciones sobre las condiciones de su país; como veremos más adelante, Sarmiento ahondó sobre todo en el problema histórico y cultural; Alberdi en su aspecto étnico y práctico; Avellaneda en el índice económico, etc.

Así fué cada uno de ellos representante de una idea de renovación y lucharon por ellas con

tanto entusiasmo, que a veces llegaron a ser adversarios los compañeros de infortunio, como sucedió con Sarmiento y Alberdi.

Hoy la posteridad puede unir de nuevo sus nombres y la crítica aprecia sus respectivos puntos de vista como otros tantos aspectos del problema que en gran parte está todavía sin resolver. Es por esto último por lo que he dicho que admitirían todavía una imitación casi integral, que son pensadores de actualidad, y la obra que les tocó realizar es, no solamente una lección ejemplar, sino también una incitación para serios estudios y para discusiones que son vitales.

Domingo F. Sarmiento nació en 1811; en 1826, a los 15 años, fué por primera vez maestro de escuela, y en 1829, a los 18 años de edad, emigró a Chile. Toda su vida fué después la repetición de esa alternativa, que puede servirle de símbolo: fué constantemente un maestro y un rebelde.

Sabía destruir y construir. Y así como fué maestro desde la primera escuela lugareña que tuvo a su cargo hasta su actuación fecundísima en el Ministerio y en la Presidencia de la República, fué también maestro y combatiente en su obra de escritor.

Tal es el carácter y el sentido de su libro capital —"Facundo"— escrito en 1845, esto es, en uno de los momentos más recios de su lucha moral contra Rosas. Lleva el nombre de novela,

y lo es en realidad, pero más que eso es, sobre todo y acumulativamente, un panfleto político, un programa de gobierno, un estudio sociológico, una proclama. Todo a la vez, problemas e intereses, odio y buena fe, la expresión integral de aquel caos de su Patria que él se había metido en el espíritu para analizarlo y buscarle una solución.

Era una protesta de dolor, pero era a la vez un análisis sincero de los males patrios, y por eso la idea capital que se repite en casi todas sus páginas le da también, como ya he dicho, el carácter de un estudio sociológico y de un programa de gobierno.

Para Sarmiento el problema de su Patria, repetimos, era un problema cultural, de *civilización:* "Había antes de 1810 en la República Argentina, nos dice, dos sociedades distintas, rivales e incompatibles; dos civilizaciones diversas: la una, española, europea, civilizada, y la otra, bárbara, americana, casi indígena; y la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser un pueblo se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen, y después de largos años de lucha, la una absorbiese la otra" (1).

Y poco después agrega: "En las ciudades había libros, ideas, espíritu municipal, juzgados,

(1) Domingo F. Sarmiento, "Facundo", pág. 92.

derecho, leyes, educación, todos los puntos de contacto y de mancomunidad que tenemos con los europeos; había una base de organización, incompleta, atrasada, si se quiere"... (pág. 95).

Todas las calamidades sociales y políticas de su época pueden, pues, resumirse, según su juicio, en este hecho histórico: una irresistible avalancha de barbarie montaraz que durante la guerra emancipadora sepultó los reducidos grupos de *civilización* que había en las ciudades y estableció en ellas los procedimientos del "gaucho malo", del "gaucho salvaje".

Entre el hombre del campo y el ciudadano encuentra una diferencia tan grande, que no duda en equipararla a una definitiva diferencia racial: "Tal es el carácter que presenta la montonera desde su aparición: género singular de guerra y de enjuiciamiento que sólo tienen antecedentes en los pueblos asiáticos que habitan las llanuras, y que no han debido confundirse con los hábitos, ideas y costumbres de las ciudades argentinas, que eran, como todas las ciudades americanas, una continuación de la Europa y de España" (pág. 100).

Según la tesis del "Facundo", la civilización americana no existía sino en un pequeño núcleo *europeo*, recluído en las ciudades, no podía considerarse sino como una débil fachada de regularidad al frente de una masa informe de barbarie criolla, "casi indígena", y al fin había sido totalmente destruída por ésta.

Pero el pesimismo de Sarmiento avanza más aún y llega a renegar también de la "base de organización" que creyó encontrar en las ciudades. Desde el comienzo de su libro (pág. 34) nos da a entender que el predominio de Rosas no es, en realidad, sino la renovación en el ánimo de las masas de "todas las brutales e ignorantes tradiciones coloniales", y cuando analiza la lucha que despedaza a su Patria, insiste en la parte que debe asignarse "a las tradiciones españolas y a la conciencia nacional, íntima, plebeya, que han dejado la inquisición y el absolutismo hispano".

Había comenzado por anatematizar a los campos, que prestaban a la usurpación su fuerza inculta; pero casi en seguida se revuelve también contra las ciudades, cuya aparente cultura era incapaz de luchar por la renovación patria, porque "la inquisición y el absolutismo hispano" la viciaban radicalmente.

Su programa queda así completo: guerra a la barbarie de los campos; guerra en las ciudades a la intolerancia y al espíritu retardatario, esto es, al clericalismo y a todo lo español. Arma decisiva para una y otra lucha: la escuela. Pero la escuela laica, porque Sarmiento se niega irevocablemente a admitir otra. Como meta: una cultura nueva; una cultura capaz de modificar hasta el fondo nuestra psicología *americana*, mediante la asimilación de lo europeo no español y por el libre examen y la discusión científica. Civilizar los campos, libertar la cultura

ciudadana del fanatismo y de la rutina colonial que la dominan.

Ese programa del "Facundo" fué después su línea de conducta invariable en el Parlamento, en el Ministerio y en la Presidencia de la República: *Cultura, civilización.* Y "esperó confiado la aparición de los primeros frutos. Había puesto en ellos el único objeto de su vida, y presidente o minero, ministro o soldado, por ellos venía predicando desde sus años mozos con la iracundia de un mago pertinaz que repitiera veinte veces un conjuro sin efecto. No sabía ya, a ciencia cierta, cuántas escuelas llevaba fundadas ni cuántas academias ni cuántos institutos; pero como si todo le pareciera poco, continuaba echando a voleo sobre la extensión enorme de la República, aquellos libros famosos de las bibliotecas populares que no en vano llevaban, en la humildad de la tela verde, las armas de la patria grande grabadas a fuego sobre la tapa" (2).

Nos parece ver al gigante *Constructor*, presidiendo desde alguna eminencia de los Andes, con la pampa ilímite a sus pies, el maravilloso resurgimiento de la Patria argentina, en el cual había soñado durante tantos años de angustia!

Su afán cultural penetró de tal manera en la mente de gobernantes y ciudadanos, que desde entonces ocupó siempre el primer puesto en-

(2) Aníbal Ponce.—"La Vejez de Sarmiento", pág. 13.

tre los intereses nacionales, aun en los períodos más críticos. En este sentido hemos encontrado en el Archivo del General Mitre una nota, nimia al parecer, y sin embargo definitiva para indicarnos el ambiente de la época. Es una carta del Vice-Presidente de la República para el General Mitre, Presidente en campaña, y comienza así: "Buenos Aires, octubre 14 de 1865.—*Excelentísimo Señor Presidente, General D. Bartolomé Mitre.*— Mi estimado amigo:—Principiaré ésta con dos muy malas noticias. Chile en guerra con la España y el Sr. Jacques dejó de existir ayer a las 9 de la mañana. Sin duda que la pérdida de este señor es irreparable. No veo un hombre capaz de terminar con buen éxito el curso de cinco años que dictaba hacía tres. Faltan los dos últimos años, que sin duda son los más importantes, y que requieren conocimientos más elevados" (3).

Recuérdese que en ese momento estaba empeñada la Argentina en la sangrienta guerra del Paraguay y el conflicto entre Chile y España agravaba la situación internacional; sin embargo, la primera noticia de que da cuenta el encargado del Poder Ejecutivo, la desgracia que verdaderamente lamenta, es la muerte del profesor que cortaba súbitamente el curso científico que la Nación le había confiado.

---

(3) Archivo del General Mitre, tomo V, pág. 338.

Así se fundó la Patria argentina. Todavía Sarmiento vivió hasta el 11 de setiembre de 1888; pero ya desde la aparición de su libro en 1845, la impresión que causó fué tal, que desde entonces sus ideas fueron consideradas como un Evangelio —*la Buena Nueva!*— por los que se preparaban junto a él a reorganizar el hogar patrio, a la sazón ensangrentado y envilecido.

Avellaneda, su adversario después en muchos puntos, nos trasmite el testimonio de aquel entusiasmo: "Quién nos había señalado antes que él la verdadera significación de nuestros fenómenos nacionales? La guerra social soplaba por todas partes, todos los vínculos se rompían, las campañas se alzaban contra las ciudades, y éstas guerreaban entre sí; y para explicarnos el caos, la disolución y la sangre, sólo teníamos preconizadas por Zubiría y por Frías que sigue sus huellas, las doctrinas de la teología moral sobre el desenfreno de las pasiones, la corrupción de las costumbres... y demás lugares comunes. Venerables lugares comunes que disimulan en la sonoridad del discurso la ausencia de observación y de pensamiento! Sarmiento ha sido el primero en explicarnos el carácter de nuestras luchas; y desde el *Facundo* ya sabemos por qué peleamos, cuáles son los elementos enemigos, rivales, que trabajan la vida de nuestra sociedad, y cuál la política y los principios que deben adoptarse para salir del infierno que atravesamos".

"Cuando Sarmiento me habla de educación, de instrucción popular, se me presenta un vidente, un iluminado, e inspira a mi fervor intelectual y patriótico, anhelos sinceros de continuar con todas mis armas peleando la gran cruzada, aunque mi palabra y mi acción se reduzcan a un simple grito de fe, a un relámpago más en medio de la vasta tormenta" (4).

---

(4) Citado por Aníbal Ponce, "La Vejez de Sarmiento", pág. 78.

# Juan B. Alberdi

El libro capital de Alberdi, "Bases y punto de partida para la organización política de la República Argentina", apareció en 1852, siete años después del "Facundo" de Sarmiento, y el mismo Alberdi le agregó como introducción unas "Páginas explicativas", fechadas en París en 1873.

Sarmiento quería para la reconstrucción de su patria una cultura nueva; Alberdi no la cree suficiente y pide una nueva raza. La razón es que el primero admite, como hemos visto en el estudio anterior, que en las ciudades "...había una base de organización, incompleta, atrasada, si se quiere..."; y aunque muchas veces condena con dureza esa cultura ciudadana, que se presentaba incapaz para la lucha porque estaba viciada por el espíritu clerical y absolutista "hispano", nunca en realidad la perdió de vista y sólo consideraba que se debía vivificar creándole nuevos hábitos de tolerancia, de libre examen, de investigación científica, etc., de *civilización*.

Alberdi, por el contrario, juzga que: "restos endurecidos del antiguo sistema, esas ciudades grandes de Sur América son todavía el cuar-

tel general y plaza fuerte de las tradiciones coloniales. Pueden ser hermoseadas en la superficie por las riquezas del comercio moderno, pero son incorregibles para la libertad política. La reforma debe ponerlas a un lado" (1).

Por consiguiente, Alberdi no podía conformarse con la "europeización" cultural de Sarmiento; quería una transformación racial completa. Es conmovedor y casi grandioso cuando anatematiza en sí mismo la instrucción estéril y la ciencia que no cree trasmutable en progreso patrio (pág 218), y con injusticia evidente, aunque lleno por otra parte de una desesperación patriótica digna del mayor respeto, llega a afirmar que "el talento ha desorganizado a la República Argentina" (pág. 234).

A pesar del ejemplo que podía ver en Chile, estampa dogmáticamente este "Aviso importante a los hombres de estado sudamericanos: las escuelas primarias, los liceos, las universidades, son, por sí solos, pobrísimos medios de adelanto sin las grandes empresas de producción hijas de las grandes porciones de hombres. La población —necesidad sudamericana que representa todas las demás— es la medida exacta de la capacidad de nuestros gobiernos. El Ministro de Estado que no duplica el censo de estos pueblos cada diez años, ha perdido el tiempo en bagatelas y nimiedades" (pág. 89).

Para Sarmiento, *la escuela* debía ser el instrumento omnipotente de la reorganización na-

(1). Alberdi, op. cit., pág. 187. Edición de L. J. Rosso, Buenos Aires, 1928.

cional; para Alberdi era una bagatela en comparación con la necesidad urgente de crear una nueva raza, que es a su juicio la única salvación. Su principio definitivo es, pues, que "En América gobernar es poblar" (pág. 214).

Pero tampoco basta con "poblar". Es preciso, según Alberdi, vigilar cuidadosamente la calidad de la inmigración, puesto que lo que él se propone por medio de ella es cambiar radicalmente la población nativa y hacerla apta para el progreso y para la libertad. La situación de su país y la influencia que él espera del remedio que cree aplicable, las resume así: "...lo que hay es poco y es malo. Conviene *aumentar el número de nuestra población* y, lo que es más, *cambiar su condición* en sentido ventajoso a la causa del progreso. Con tres millones de indígenas, cristianos y católicos, no realizaríais la República ciertamente. No la realizaríais tampoco con cuatro millones de españoles peninsulares, porque el español puro es incapaz de realizarla allá o acá. Si hemos de componer nuestra población para nuestro sistema de gobierno, si ha de sernos más posible hacer la población para el sistema proclamado que el sistema para la población, es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglosajona" (pág. 212).

La bastardilla es de Alberdi y demuestra que él se fijaba más en la *calidad* que en la *cantidad* de la inmigración, porque la consideraba como un medio directo e inmediato de moralización y no como un simple hecho económico de trascendencia ulterior.

Su idea de que el inmigrante no fuera de raza latina y mucho menos española, se encuentra, pues, íntimamente ligada a los principios que le sirven de punto de partida, y por eso insiste en ella con exageración que no son disculpables ni siquiera por los prejuicios políticos que, en su época, admitían los desilusionados de todos los países.

Para él "la libertad es una máquina que, como el vapor, requiere para su manejo maquinistas ingleses de origen" (pág. 218); pide que la América del Sur ofrezca estímulos especiales a la inmigración, porque si no "la Europa del Norte irá espontáneamente a la América del Norte; y como el Norte en los dos Mundos parece ser el mundo de la libertad y de la industria, la América del Sud debe renunciar a la ilusión de tener inmigraciones capaces de educarla en la libertad, en la paz y en la industria, si no las atrae artificialmente" (pág. 16); propone que la instrucción de los suramericanos sea exclusivamente práctica, que no se otorgue diploma ni título universitario al que no sepa inglés, pues "¿cómo recibir, se pregunta, el ejemplo y la acción civilizadora de la raza anglosajona sin la posesión general de su lengua?"; rechaza la educación por el clero porque éste no podría inculcar al joven "esa fiebre de actividad y de empresa que lo haga ser el *yankee* hispanoamericano" (pág. 78), y fija así los "Nuevos destinos de la América mediterránea: Que cada caleta sea un puerto; cada afluente navegable reciba

los reflejos civilizadores de la bandera de Albión..." (pág. 100).

Estudiaremos las razones psicológicas y sociales de estas exageraciones de Alberdi, que, por otra parte, fueron palmariamente refutadas por los acontecimientos posteriores, puesto que las inmigraciones italiana y española fueron precisamente el primer fundamento de la grandeza argentina. Baste recordar que de los 327.992 inmigrantes con que contaba el país en 1875, eran italianos 208.760 y españoles 54.455 (2).

A pesar del simplismo dogmático que las limita, las ideas de Alberdi tuvieron una trascendencia enorme en su Patria y fuera de ella. Verdad es, también, que en la mayor parte de los otros países suramericanos se les quitó su carácter combativo y se las dejó estancar en un círculo vicioso de inacción y de desaliento (3).

Pero la Argentina, arrebatada en aquellos momentos por el entusiasmo de su resurgimiento cívico y moral, no tomó de su ilustre pensador sino lo que había en él de enseñanza y de estímulo.

---

(2). Juan A. Alsina, "Población, Tierra y Producción", pág. 44.

(3). "Nunca corregiremos nuestros vicios políticos, sino transformamos la raza misma; nuestra única salvación es la inmigración", afirma el sofista interesado. Y espera que la realidad cierre a su vez el círculo infranqueable: "nunca podremos traer inmigración, ni menos aprovecharla, si antes no corregimos nuestros vicios políticos". Así se disculpan todas las formas de la inacción, y los egoístas pueden seguir tolerando, y casi siempre explotando, esos vicios políticos que quieren presentar como irremediables.

Para atraer la inmigración era preciso ofrecerle una verdadera estabilidad política, respeto ciudadano, tierras cultivables y todas las condiciones de regularidad legal que le aseguraran el fruto de su trabajo y una vida digna; para que viniesen los *europeos* era necesario, pues, la obra previa de los *argentinos;* para que las ideas de Alberdi triunfaran, sus compatriotas debían comenzar por refutarlas organizando la República con los "tres millones de indígenas, cristianos y católicos" que poseían.

Y así se hizo. En el resto de América se ha incurrido en un error funesto al suponer que solamente la inmigración ha producido la grandeza argentina y que los europeos llegaron al país para improvisar esplendorosamente y por arte de magia lo que no habían logrado los propios argentinos.

Lo cierto es que el enorme desarrollo económico que fué el resultado único de la inmigración en la Argentina, no puede considerarse sino como un aspecto de todas las conquistas que simultáneamente emprendió la Nación en el orden moral, social y político y que se realizaron bajo la dirección de los mismos argentinos y por su trabajo patriótico y desinteresado.

En cuanto a lo que se hizo para estimular directamente la inmigración, tomamos de otro estudio minucioso del mismo Alsina, ya citado, los datos más importantes. La propia Constitución de 1853 disponía en su art. 25 que "El Gobierno Federal fomentará la inmigración

europea..." (4); pero al mismo tiempo los gobiernos regionales acometieron también la empresa. Ya "el Gobierno de Santa Fe en 1853 había contratado con D. Aarón Castellanos la introducción de mil familias de inmigrantes agricultores europeos para establecer varias colonias" (pág. 53); "el Gobierno de la Provincia de Corrientes había celebrado un contrato con el Dr. D. Augusto Bougnes, para introducir mil familias de inmigrantes con cinco personas cada una para desarrollar industrias de todo género, y especialmente la agricultura, cediendo para establecer esa gente unas tierras de Misiones" (pág. 54) y "en todos los convenios que celebró ese Gobierno para empresas u obras de alcance y utilidad general, *incluyó siempre la condición de establecer inmigrantes en las tierras públicas*" (pág. 55). En Buenos Aires "La Legislatura del Estado dictó en setiembre de 1854 una Ley autorizando al Gobierno para constituir una Comisión de inmigración con nueve a quince sujetos de distintas nacionalidades, con funcionamiento honorario y gratuito, pudiendo proponer al Gobierno las medidas conducentes al mejor resultado de su misión" (pág. 34); muy pronto la iniciativa particular se sumó a esos propósitos del Gobierno y en 1857 se fundó la "Asociación Filantrópica de Inmigración, auxiliada y bajo la protección del Superior Gobierno del Estado de Buenos Aires" (pág. 37); esa Asociación fun-

(4). Juan A. Alsina, "La inmigración europea en la Argentina", pág. 44.—Félix Lajouane, editor. 1898.

cionó así protegida por las autoridades locales hasta 1862, y en ese año fué nacionalizada.

Naturalmente, muchos de esos primeros proyectos fracasaron; pero, como en todos los casos en que una idea precisa y querida preside la dirección de una empresa, los tropiezos iniciales sirvieron para estimular más y perfecionar los propósitos en que la Nación entera se sentía comprometida; el Gobierno Federal se hizo responsable de todas la obligaciones contraídas por los gobiernos regionales y cuando no pudo realizar sus proyectos, indemnizó a los contratistas y a todas las personas comprometidas y tomó a su cargo la protección de los inmigrantes que ya habían llegado (pág. 54).

En ese sentido fué tal la solidaridad de todos en esa empresa de *interés nacional*, que " en alguna ocasión el Gobierno del Estado de Buenos Aires, separado de la Confederación en esa época (1861), favoreció las traslación de esos inmigrantes por medio de sus vapores, mostrando cuán poderoso era el afán por el engrandecimiento de la Patria, momentáneamente perturbada por disenciones políticas" (pág. 56).

Y como la posibilidad de obtener tierras laborables era condición imprescindible de todo intento de colonización "se estableció un premio de 50 onzas de oro a la mejor Memoria sobre clasificación de las tierras públicas y las leyes reglamentarias para su distribución" (pág. 46); "en 1854, caído Rosas, empezaron los gobiernos

de Buenos Aires a organizar de nuevo tan importante negocio público, fundando pueblos, declarando *terrenos de pan llevar* los más inmediatos a la capital, tales como Matanzas, Barrancas al Sud y Zárate (1855), mandando retirar los ganados, por "desear el Gobierno acordar a la labranza la protección y fomento que se merece". En el mismo año se dicta una Ley autorizando al Poder Ejecutivo para donar tierras en propiedad perpetua a los individuos o familias nacionales o extranjeras que quisieren poblar los desiertos de Bahia Blanca y Patagones, en 100 leguas de extensión" (pág. 203), y finalmente "dictóse una Ley el 11 de octubre de 1862, facultando al Poder Ejecutivo para *celebrar contratos sobre emigración extranjera* dando tierras nacionales, siendo el máximum de donación 25 cuadras cuadradas para cada familia, a la cual se le extendería la escritura de propiedad a los dos años de haber cumplido las condiciones de población" (pág. 59).

Pero más que todas esas medidas sobre el asunto en particular, el verdadero estímulo de la inmigración fué el desarrollo y la seguridad que en todos sentidos obtuvo la nación cuando logró conquistar definitivamente su reorganización política; es por eso, repetimos, por lo que hemos dicho que la obra de los *argentinos* tuvo que ser, necesariamente, anterior a la obra de los *europeos*: "pacificada la República, incorporado el Estado de Buenos Aires a la Confederación, reunido e instalado el Congreso Nacional en 25 de mayo de 1862, se constituye el Poder

Ejecutivo y empieza la regularidad más completa en la administración pública, que influye favorablemente en el progreso general del país y en la venida de inmigrantes" (pág. 57).

Por eso los resultados no fueron subitáneos, sino siguieron paso a paso la obra total de reconstrucción. En ese año de 1862 el país sólo había obtenido 33.017 inmigrantes; hemos visto que éstos ascendían en 1875 a 327.992; en 1895 eran 1.523.003 (5).

Paralelamente el progreso de la producción: en 1836 se importaba trigo y maíz, por lo menos de algunas Provincias; por ejemplo, en la de Jujuy el propio gobierno hablaba de las circunstancias desfavorables "que obligan los habitantes de la Provincia a buscar en ajena República el alimento necesario consistente en granos" (pág. 139); y refiriéndose a todo el interior del país en general, nos dice el mismo Alsina que la mala administración y otras causas "crearon la apatía por los cultivos agrícolas, que reinó en la población de estas comarcas, hasta cerca de 1860; en este año aún no se comía generalmente pan ni galletas en las campañas ganaderas de la República, alimentándose mucha gente de carnero asado, mascando algunas raíces para amortiguar el sabor de la abundante grasa" (pág. 140).

(5). Alsina, op. cit. págs. 126 y 127. Los tres datos se refieren únicamente a la llamada inmigración venida de ultramar, porque la que entraba por Montevideo no se contaba en las estadísticas, según parece, porque llegaba sin pasaportes ni otros papeles.

Pero en 1876 comenzó ya la exportación de cereales; en 1895 se exportaron 1.010.269 toneladas de trigo y 53.935 toneladas de harina de trigo; de maíz 772. 318 toneladas, y en proporciones correspondientes los otros cereales y sus derivados, granos oleaginosos, etc. En 1898 el kilo de pan de trigo valía sólo 5 centavos (págs. 141 y 142).

Esas cifras sólo son el índice de esa multiplicación fabulosa de la productividad argentina, que asombró a todo el continente. A su vez esa riqueza se transformaba en cultura y era el alma (el alma, no; solamente la base!), la base de aquellas escuelas e institutos culturales de todo orden que, junto con los libros al alcance de todos, sembraban "a voleo" Sarmiento y sus continuadores sobre toda la extensión de la República.

El bienestar y la cultura, que eran producto de una entusiasta labor patriótica, se cambiaban a su vez en patriotismo cada día más consciente y más firme, porque reconstruían la solidaridad del interés privado con el interés público y provocaban en cada ciudadano el orgullo de ser hijo de una Patria digna y fuerte y la confianza en su protección.

Algunos años antes todos los males se encadenaban en un círculo vicioso que parecía infrangible; ahora los *Constructores* de la nueva Argentina, que habían roto aquel cerco de pesadilla, lograban eslabonar entre sí las influencias bienhechoras de la escuela, del trabajo y

de la Ley. Bienestar, cultura y dignidad pública y privada, círculo de *civilización*, donde se fundían en una realidad superior los ideales de Sarmiento y de Alberdi y la obra de todos.

# Sarmiento y Alberdi, adversarios y aliados

Es necesario insistir todavía en la comparación de las ideas de Sarmiento y de Alberdi, porque con ellas se relacionan casi todos los estudios suscitados después sobre situaciones semejantes, y muchas veces han sido repetidas en la misma forma de remedios omnipotentes y con el carácter exclusivista que le dieron sus autores.

Advertimos, desde luego, que Sarmiento y Alberdi coinciden en un punto fundamental: para ambos el problema argentino no es puramente superficial y político, sino que exige un trabajo largo y profundo que modifique toda la sociedad; ambos se dirigen inmediatamente a buscar, tras las desdichas aparentes e inmediatas, sus verdaderas e íntimas causas. El ominoso adversario que el destino les ponía delante debió de obsesionarlos como una pesadilla de muerte; pero ambos conservan bastante elevación mental y la fuerza de carácter suficiente para superar ese primer aspecto de la realidad y buscar, más allá, la realidad total de

la Patria, la verdadera fuente de los infortunios presentes y los elementos de salud aprovechables para una reconstrucción perdurable.

Para una reconstrucción perdurable, para detener el desesperante vaivén, de anarquía y despotismo, en que las otras Repúblicas iban a consumir sus mejores energías: ese era el eje del asunto y ese fué el objetivo tenaz de ambos.

No buscaban desahogarse con lamentaciones conmovedoras, ni presentarse como Narcisos cívicos, ni ilusionar a las turbas con promesas de cambios teatrales; querían, pedían, buscaban el *trabajo* por hacer.

Aunque sólo considerásemos esta última característica de sus programas, comprendemos que tenían que ser fecundos: por lo pronto quedaban excluidos de la obra futura todos los exhibicionismos y las improvisaciones geniales o providenciales. Hablaron en nombre de la patria para pedir una labor abnegada, silenciosa y constante; una obra colectiva austera. Y como finalidad, una renovación total. Todo eso a la vez, o nada.

Por otra parte, es notable esa aptitud que tuvieron los pensadores del Plata para plantear desde el principio en forma doctrinaria el estudio de los intereses nacionales y buscar honradamente la base social de los acontecimientos políticos. Es una característica intelectual bastante definida y en el cual podrían apoyar los argentinos su soberbia nacionalista con mayor justicia que en disputas heroicas insostenibles.

En los otros países americanos, casi siempre la realidad inmediata es la que absorbe en casos análogos la atención de todos y por eso se preparan con cada crisis nuevos desengaños. Siempre un sueño gallardo de sacrificio ostentoso, muy pocas veces la meditación y el estudio del trabajo oportuno, que es, sin embargo, la única vía de salvación.

En ese sentido no podemos menos de recordar, por contraste con Alberdi y con Sarmiento, a nuestro Juan Vicente González; tan patriota, tan sincero, tan valeroso y... tan simple; extraviado siempre por delirios personalistas, tanto en el odio como en la esperanza; obligado todos los días a destruir una *fábula* forjada por su *cariño* y a crearse otra para el día siguiente. (1)

Naturalmente, tanto Alberdi como Sarmiento comienzan por buscar en la historia de su país las explicaciones que anhelan. Sus juicios son casi idénticos. Sarmiento considera "las brutales e ignorantes tradiciones coloniales" y como consecuencia "la conciencia nacional, ínti-

(1) Es bien conocido su apóstrofe a Páez, que lo había encarcelado durante la Dictadura, después de haber disfrutado durante muchos años de la adoración de nuestro apasionado polemista: "Miserable, has borrado la fábula que te inventó mi cariño!" (Gil Fortoul, "Historia Constitucional de Venezuela", tomo III, pág. 185). Ya sé que no todos los pensadores venezolanos fueron como Juan Vicente González; pero en estos puntos secundarios y en un estudio corto como el presente, las apreciaciones generales no pueden sopesarse con la escrupulosidad que a veces merecen; la buena fe consiste en presentarlas únicamente como temas de discusiones más pormenorizadas.

ma, plebeya que nos han dejado la inquisición y el absolutismo hispanos" (2). Alberdi, por su parte, al considerar a nuestros pueblos "sin más antecedentes políticos que doscientos años de coloniaje obscuro y absecto", concluye que "lo que hay es poco y es malo" y que hasta las propias ciudades deben considerarse "incorregibles para la libertad política", porque "son todavía el cuartel general y plaza fuerte de las tradiciones coloniales" (3). Y esa representación pesimista del pasado arraigaba con tanta fuerza en ellos, que ninguno de los dos consideraba la guerra emancipadora como un movimiento social profundo, en gran parte genuinamente *americano*, sino como producto de un contagio —momentáneo, accidental?—de la cultura *europea:* Sarmiento considera "inútil detenerse en el carácter, objeto y fin de la revolución de la independencia. En toda la América fueron los mismos nacidos del mismo origen, a saber: el movimiento de las ideas europeas" (pág. 93); y Alberdi afirma: "¿Que es nuestra gran revolución, en cuanto a ideas, sino una faz de la Revolución de Francia?" (pág. 82); juicios éstos tan superficiales que serían inexplicables en tales pensadores, si no fueran consecuencia directa del íntimo menosprecio que les inspiraba todo el pasado nacional.

Para ser consecuentes con este punto de partida es natural, pues, que ambos buscaran para la nueva etapa libertadora el auxilio de la

(2) "Facundo", págs. 34 y 37, respectivamente.
(3) "Bases", págs. 211, 212 y 187, respectivamente.

misma intervención europea. Pero Sarmiento se conforma con la *europeización* puramente cultural; Alberdi no la cree suficiente y pide la *europeización* de la raza misma.

Como hemos visto en el estudio anterior, Alberdi extremó ese juicio hasta considerar como única inmigración deseable la del Norte de Europa, porque suponía que "el Norte en los dos Mundos parece ser el mundo de la libertad y de la industria" (pág. 16) y les advertía enfáticamente a sus compatriotas: "Con tres millones de indígenas, cristianos y católicos, no realizaríais la República ciertamente. No la realizarías tampoco con cuatro millones de españoles peninsulares, porque el español puro es incapaz de realizarla allá o acá" (pág. 212).

Sin embargo, los acontecimientos posteriores desmintieron rotundamente al autor de las "Bases"; y bastan algunas cifras para probarlo. Los argentinos consideran como fecha inicial de su organización política definitiva el año de 1862, no sólo porque en ese año se reincorporó el Estado de Buenos Aires a la Confederación, se instaló un verdadero Congreso Nacional, etc., sino también porque de allí en adelante continúa ininterrumpido el progreso de la Nación y puede considerarse como desaparecida para siempre la anarquía material y moral que la dividía; en suma, porque bajo aquellos acontecimientos políticos favorables se advierte ya la existencia de una firme base social, la anhelada reconstrucción moral de todo el país. Ahora

bien, para ese año el número de inmigrantes era sólo de 33.017 (4).

Es preciso admitir, pues, que la República fué reconstruida por los mismos argentinos, con los tres millones de indígenas, cristianos y católicos tan menospreciados por Alberdi. Repitámoslo mil veces para la América toda, que pone todavía en la inmigración esperanzas vergonzosas y funestas: no, no llegaron los *europeos* a improvisar en la Argentina una obra mirífica de orden legal y de prosperidad económica; el primer trabajo fundamental, lo hicieron los propios argentinos, como tenía que ser para poder ofrecerles a los recién venidos las condiciones de seguridad y de respeto en que podían desarrollar su actividad. El verdadero papel de los inmigrantes en su nueva Patria fué la creación de su riqueza; aunque después ésta, claro está, se convirtió a su vez en cultura, e indirectamente debía de contribuir también a fortificar la regularidad política.

Si no basta para probarlo la cifra antes citada, recordemos las que anotaba en mi anterior estudio: para 1875 el total de inmigrantes en la República Argentina era de 327.992; pero de ellos, eran españoles 54.455, e italianos 208.760. Los primeros no introducían ninguna modificación seria en la composición étnica del país y menos en sus costumbres sociales y políticas; y de la influencia que sobre éstas podían

(4) Juan A. Alsina, "La inmigración europea en la Argentina", pág. 126.

ejercer los segundos, júzguese por lo que observó Taine en Italia poco años antes: "Bajo los Borbones no se hacía ni se podía hacer más que tres cosas: beber, comer y a veces divertirse; respecto a lo demás, prohibición completa. Ni estudios, ni periódicos, ni viajes, ni conversaciones de religión o de política: las denuncias eran perpetuas y las prisiones horrorosas; se sentía a cada movimiento una mano de inquisidor sobre el cuerpo". Tal era la situación en el Reino de Nápoles; en los Estados de la Iglesia no era mejor: "La pereza florece al lado de la ignorancia, como un cardo al lado de una ortiga. Uno de nuestros amigos ha vivido algún tiempo en los alrededores del lago Nemi; era imposible allí leer una carta por la mañana, pues el médico, el cura y el boticario escogían aquella hora para su paseo cotidiano y no había nadie más que ellos en la aldea que supiese leer o escribir; lo mismo poco más o menos sucede en Roma". "Están acostumbrados a la licencia, a la impunidad, a la pereza, al régimen de la influencia y del favor..." Adviértase que en todos los otros casos, el autor habla con la mayor simpatía por el país que visita y se complace en adivinar la transformación social que se aproxima, pero considerándola como una "improvisación" de la minoría liberal e ilustrada: "Nosotros también hemos improvisado escuelas, una guardia nacional, un ejército, una justicia" (5).

(5) H. Taine, "Viaje por Italia", ibidem.

Por lo demás, es fácil comprender cuál era el estado social en toda Italia, según las condiciones políticas que lo dominaban: "En todos los Estados dice Malet, por instigación o con aprobación de Austria, la monarquía absoluta y el sistema de arbitrariedad habían sido restablecidos y todas las libertades suprimidas. Una rigurosa censura se aplicaba a todos los escritos, y según confesión de un diplomático austriaco, el Conde de Hübner, los espíritus estaban dondequiera condenados al régimen del *cautiverio perpetuo* y de la *prisión celular*". Stendhal, que vivió en el país algunos años antes, había anotado: "el oficio de los gobiernos se limita a arrancar el impuesto y a castigar todo lo que se distingue" (6).

Considérese también que una inmensa mayoría de la inmigración que pasaba el Atlántico la formaban agricultores, jornaleros y "sin profesión", esto es, campesinos y braceros de condición ínfima, gente sin ninguna capacidad ni cultura. ¿Iban a ejercer inmediatamente una influencia favorable en la lucha política? Imposible. ¿La ejercerían indirectamente, modificando la sociedad en la cual se injertaban? Aparte de que esa sociedad era muy superior a ellos, tal influencia indirecta no se hubiera hecho sentir sino muy tarde, en el transcurso de dos o tres generaciones.

---

(6) Stendhal, Ensayo sobre "El Amor", tomo I, pág. 80.

En cuanto a la inmigración de calidad superior, su historia es todavía más significativa. Conozco la de Amadeo Jacques, narrada en el libro de Aníbal Ponce ya citado: con una cultura amplísima y verdadera abnegación profesional, pero constreñido por la intolerancia política y religiosa en su patria nativa (y esta era la Francia del siglo XIX), toda su labor científica hasta la madurez se redujo a una cátedra precaria, donde tenía que repetir literalmente la Filosofía oficial impuesta por Coussin, y un texto de la misma materia, del cual renegó más tarde porque era tan poco espontáneo como aquélla. Cuando llegó a la Argentina, todavía encontró en el interior de ésta los restos del caudillismo y nuevas formas de incomprensión y de violencia, que arruinaron por segunda vez el fruto de sus trabajos. Pero cuando en Buenos Aires injertó en la reconstrucción de la sociedad argentina que comenzaba a intentarse —Mitre en la Presidencia, Sarmiento en el Ministerio, alumnos entusiastas en las escuelas— en solos tres años que le restaban de vida su acción fué tan fecunda, que el biógrafo ya citado lo considera "padre espiritual de una generación ilustre". "Asombra comparar, agrega, la brevedad de su tránsito, con la amplitud de su labor civilizadora".

Seguramente esa es la misma historia de todos los hombres de ciencia, de todos los técnicos y de todos los trabajadores de aptitudes superiores que pasaron el Atlántico. No; ellos mismos no hubieran querido que la Argentina

se *europeizara*. Americana, asi como era, les daba lo que muy amenudo faltaba en la misma Europa: por parte de los gobernantes argentinos les garantizaba orden, libertad y respeto; y la sociedad toda les ofrecía, además, interés cultural, comprensión y solidaridad. El resurgimiento unánime de toda la Nación, que, presidido moralmente por Sarmiento y Alberdi, adversarios y aliados, superaba las esperanzas de ambos.

# Andrés Bello

Recuerdo que me impresionó mucho en el Panteón de París una pintura mural que representa un desfile de guerreros. Me sorprendió y no por su calidad artística, sino por su significado. Según una inscripción que cuidadosamente se le ha puesto al pie para educación de la juventud, aquellos guerreros marchan "hacia la gloria", son un símbolo de triunfo y de la inmortalidad.

Parece, pues, que en el París radical e ilustrado del siglo XX la imagen de la gloria es todavía, ni más ni menos, la que tenían hace 3.000 años las tribus salvajes que poblaban esos mismos territorios. Buen tema para una página de Anatole France.

Sin embargo, son muy explicables esos símbolos. Es verdad que en el mismo Panteón están las tumbas de Voltaire y de Rousseau, de Víctor Hugo, de Zolá y de Berthelot; pero la representación de su triunfo es mucho más difícil.

Un pintor puede muy bien hacer sensible la idea de la gloria mediante los penachos, los

cordones de oro y el sable sonador que se conceden a los héroes; se aprecia muy bien el triunfo del combatiente que esquiva un golpe mortal y logra a su vez derribar al contrario, es un buen asunto decorativo; y hasta el más estulto siente la belleza del valor y de la abnegación, cuando esas virtudes las representa un bien formado paladín que espolea su caballo contra el cuadro enemigo.

Pero, ¿cómo hacer comprender al vulgo que es también un sacrificio heroico de la vida el que se hace en el trabajo y en el estudio, en el silencio y la soledad, para darle vida a una idea desinteresada? ¿Cómo representar mediante colores y formas la abnegación del que se consagra a una obra austera y lentamente la hace crecer, aferrado a ella durante años y años, ciego y sordo a la ronda seductora de los placeres fáciles?

Por otra parte, a los ciudadanos apacibles que han puesto sus vidas al amparo de la sencillez y de la comodidad, el valor militar los seduce sin inquietarlos, porque no pasa de ser una visión lejana y deslumbradora; pero los desasosiega y los irrita ese otro valor que los roza en la vida cotidiana, ese valor obstinado y misterioso de ciertos hombres que repiten todos los días un trabajo semejante; su exterioridad no se diferencia de la de cualquier transeúnte callejero, ¿por qué, pues, rehusan mezclar su vida a la de ellos y desdeñan su compañerismo de pequeños anhelos?

Razones más que suficientes para que su vida no sea simpática a la multitud: es incomprensible. Y como a la postre su gloria no es *pintoresca*, según ya dijimos, se reunen dos motivos muy sólidos para excluirlos razonablemente de aquella clase de pinturas educativas.

Cuando por casualidad los recordamos, no debemos detenernos, pues, por la vergüenza de dedicar a la obra genial un ligero estudio de datos escuetos; ni porque nos parezca supérfluo —como en el caso presente de Bello— popularizar en su propia Patria americana lo que representa para el continente la obra del ciclópeo civilizador. Si los escritores no podemos pintar el cuadro, a lo menos podemos poner la inscripción consagratoria en el lugar donde debió colocarse aquél.

Respecto a Bello existe, además, la facilidad de que, sin forzar mucho el símil, su vida y su obra parecen reproducir en el mundo intelectual la epopeya de los Libertadores. Las mismas virtudes, la misma ambición del ideal. Una audacia que lo hizo extender el dominio de su actividad simultáneamente, a los campos más opuestos al parecer del arte y de la ciencia, de la abstracción pura y de la labor civilizadora pormenorizada y práctica. Valor infatigable, perseverancia fanática: acumula hasta los 50 años de su vida los materiales de su obra, sin ningún estímulo exterior que lo aliente, sin otra perspectiva inmediata que la miseria de su vida en Londres y el recuerdo casi desdeñoso de sus

compatriotas. Cumplido ya el medio siglo, cuando ha llegado ya para los otros hombres la hora del reposo, se le presenta por primera vez la ocasión de comenzar la realización de sus propósitos; pero en país extraño, bajo un plan de vida y de trabajo absolutamente nuevo. ¡No importa!, ágil para la renovación total que se le exige, prueba que él también sabe dar, como en el verso con que cantó a los Libertadores,

"de fe constante no excedido ejemplo!"

Y como la de aquéllos, su obra es en todo momento continental, porque siempre sus propósitos se mantienen por encima de cualquiera consideración oportunista o de mezquino nacionalismo.

No es aventurado afirmar que fué la poesía su primera actividad intelectual. El conocido soneto "A la victoria de Bailén" y la oda "Al Anauco" son quizás las mejores producciones de su juventud. Su obra más celebrada, y con justicia, la silva "A la Agricultura de la Zona Tórrida", la publicó por primera vez en Londres en 1823. Pero hasta los últimos años de su vida continuó constante en ese culto de la belleza poética, que era, por lo demás, una necesidad vital de su finísima sensibilidad. Incapaz, por señoril delicadeza, de permitirse manifestaciones ruidosas de sus sentimientos, sin duda necesitaba por eso mismo traducirlos en forma lírica; aunque en ella también, y por deliberada norma estética, gustaba imponerles el comedi-

miento y la equilibrada armonía que era el ideal de su vida y de todas sus actividades.

Don Miguel Antonio Caro nos sugiere muy bien el verdadero nombre que debe darse a la pretendida *frialdad* de Bello: "Hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía..." Majestad, solemnidad.

Incluidas las traducciones, sus poesías llenan un tomo de 692 páginas en la edición de sus Obras Completas. (1)

También desde su más lejana juventud debió de comenzar el estudio del Derecho. El Capitán General Vasconcelos lo había nombrado Oficial 2º de su Secretaría, "cargo que poniendo en sus manos las relaciones con las Antillas inglesas y francesas, le hizo, primero por necesidad y luego por propia decisión, estudiar intensamente el Derecho Internacional" (2). El cargo de Secretario que desempeñó en la Legación de Chile y luego en la de Colombia, a partir de 1822, lo hicieron reanudar en Londres aquellos mismos estudios, y como Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile y profesor de la materia en el Colegio de San Felipe de Santiago, los continuó durante el resto de su vida.

---

(1) Obras completas de Andrés Bello. 2ª edición hecha bajo los auspicios de la Universidad de Chile. Editorial Nascimiento. Santiago de Chile. 1930. Tomo I.

(2) Armando D. Pirotto. Andrés Bello. Homenaje en el centenario de la publicación de su "Derecho de Gentes". Montevideo. Imprenta "El Siglo Ilustrado". 1933.

"Tenía sobre estas abstrusas cuestiones, dice el mismo Pirotto ya citado, una enorme erudición, que abarcaba desde los Roles de Olerón, las ordenanzas hanseáticas y las costumbres de Wisby, hasta el reciente *A treatise on the laus of commerce* de Joseph Chity, y los *Commentaries* de Janes Kent, obras que tanto interesaron en Inglaterra".

Pero Bello no podía conformarse con ese copioso material inerte. Su penetración crítica se había enriquecido con multitud de pensamientos originales, que le indicaban la necesidad de una obra nueva; quería además que fuera una síntesis didáctica, y , sobre todo, que pudiera servir especialmente a los intereses americanos. "El fué el primero, dice Irisarri, de quien tuve las pruebas de la deficiencia del Derecho de Gentes de Vattel en todas las cuestiones que interesaban a la causa de la América española, y él quien me hizo conocer la necesidad de estudiar los escritores más modernos. Desde entonces este sabio patriarca americano se ocupaba en el estudio cuyo fruto tenemos a la vista, y desde entonces se proponía darnos unos "Principios" que se hiciesen populares en estas repúblicas, y sirviesen a la ventilación de nuestros negocios con las demás naciones" (3). Tal fué el programa de su "Derecho de Gentes", publicado en 1833.

Por otra parte, aunque con un cargo subalterno, fué el verdadero director de la política

(3) Citado por Pirotto, pág. 13.

exterior de Chile, y su autoridad moral unida al prestigio de su ciencia le conquistó categoría de árbitro por encima de todas las fronteras. Así lo reconocieron en diferentes conflictos internacionales el Perú, el Ecuador, Colombia y los propios Estados Unidos del Norte. En algunas cuestiones se adelantó tanto a su época que los principios establecidos por él en el tratado chileno-peruano de 1835 fueron los que adoptó en 1856 el Congreso de París.

Ni fué menos trascendental su influencia en el Derecho Civil de nuestro continente. El Código que dio a Chile fué primero en América y base de todos los demás. Puede juzgarse lo que le deben las naciones americanas, cuya situación con respecto a las leyes civiles era a la sazón una misma, con sólo recordar lo que significó para los chilenos la aparición de aquel monumento jurídico. "La legislación chilena, antes de la promulgación del Código Civil, nos dice Miguel Luis Amunátegui, constaba, en parte, de reales cédulas y reales órdenes, cuya existencia se sabía y cuyo tenor se ignoraba, por hallarse encerradas en Archivos no abiertos al público, *de la Recopilación de las Leyes de Indias*, de la *Novísima Recopilación de las Leyes de España, de Las Leyes del estilo*, del *Fuero Real*, del *Fuero Juzgo* y de *Las Partidas;* y en parte, de los senadosconsultos, leyes y decretos expedidos después del 18 de setiembre de 1810, y consignados en periódicos y compilaciones especiales".

"Todas estas disposiciones dictadas en épocas diversas, y bajo regímenes opuestos, formaban una masa confusa y heterogénea, como el caos pintado por los poetas antiguos. Don Andrés Bello vino a poner orden en esa anarquía legal compaginando en el *Proyecto de Código Civil* esos elementos dispersos, e introduciendo en ellos las innovaciones que nuevas ideas, nuevas costumbres y nuevas instituciones hacían indispensables" (4).

El mismo Bello nos dejó un testimonio de las dificultades de la obra y de su necesidad apremiante para estos países, en las consideraciones con que indicaba las ventajas de la Codificación: "La oscuridad y complicación de las Leyes ha dado origen a infinitos comentarios que, por remediar el mal, lo han aumentado considerablemente; porque así como no ha habido error que no haya sido patrocinado por algún filósofo, así también no hay pretensión, por extravagante que sea, que no encuentre algún apoyo en la autoridad de los comentadores". "Reducidas las leyes civiles a un cuerpo bien ordenado, sin la hojarasca de preámbulos y frases redundantes, sin la multitud de vocablos y locuciones desusadas, que ahora las embrollan y oscurecen... el libro de las leyes podrá andar entonces en mano de todos; podrá ser consultado por cada ciudadano en los casos dudosos, y servirle de guía en el desempeño de sus obligaciones, y en la administración de sus intereses.

(4) Obras completas ya citadas, tomo III, pág. 13.

Entonces, y no hasta entonces, estará sometida la conducta de los jueces a la poderosa influencia de la opinión pública" (5). Es muy interesante esta última indicación, que recuerda a los pueblos la defensa de sus derechos mediante el conocimiento de las leyes y la vigilancia de la opinión pública. Es el propósito de orden moral que siempre se une en Bello a las consideraciones de interés práctico; mejor dicho, el propósito moral que es la primera necesidad práctica en el pensamiento de aquel sabio venezolano, como en el de todo verdadero civilizador.

La obra de Bello en el lenguaje es quizás la más conocida, a lo menos porque puede decirse que todo hispanoamericano de alguna ilustración ha hojeado una vez siquiera su *Gramática* y sabe que aquel libro clásico está todavía vigente. Lo que es menos sabido es que los estudios de Bello constituyen una verdadera filosofía del lenguaje. Preocupado de penetrar hasta las leyes íntimas del idioma, como ya lo había hecho en su primer trabajo, el *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana,* puede refutar teorías que aunque admitidas unánimemente lo habían sido sólo por rutina y trata de prever también la evolución natural de la lengua. "A él se debe, más que a otro alguno, dice Menéndez y Pelayo, el haber emancipado nuestra disciplina gramatical de la servidumbre en que vivía respecto de la latina,

(5) Citado por Francisco Ventancourt Aristeguieta. "Memoria de la Semana de Bello". Caracas Empresa Guttemberg. 1931. Pág. 79.

que torpemente se quería adaptar a un organismo tan diverso como el de las lenguas romances".

Y encontramos aquí otra demostración de la amplitud genial de Bello y del vigoroso equilibrio que supo conservar siempre en su vida y en su obra: apegado al pasado por la raigambre de sus conocimientos y por disciplinada mesura crítica, se encuentra siempre apto, sin embargo, para responder a las exigencias del presente y del porvenir; conservador, porque no quiere arriesgar la realización de sus firmes propósitos, no vacila en mostrarse innovador radical cuando siente bien seguro el terreno bajo sus pies.

Tampoco podía sustraerse aquel empecinado combatiente intelectual a la tentación de la prensa, cuya eficacia naciente era todavía en aquella época tribuna de ideas, no bastardeada por el industrialismo impúdico que la ha reducido a meras informaciones excitantes o a instrumento de intereses inconfesables. Primero en Londres en el *Censor Americano*, la *Biblioteca Americana* y el *Reperterio Americano*, desde 1820 hasta 1827, y casi siempre en unión del neogranadino García del Río; más tarde en *El Araucano* de Santiago de Chile, se ocupó con ardor en todas las cuestiones que podían tener un interés universal o americano. Su producción abarca filosofía, filología, ciencias naturales, crítica literaria o sociológica, pedagogía, política, derecho, etc.

"Psicólogo penetrante y agudo", su *Filosofía del Entendimiento* "es sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana", dice Menéndez y Pelayo. Y el mismo eruditísimo crítico español juzga así la reconstrucción del *Poema del Cid:* "La edición y comentario que Bello dejó preparada del *Poema del Cid,* infinitamente superior a la de Damas- Hinard, parece un portento cuando se repara que fué trabajada en un rincón de América, con falta de los libros más indispensables, y teniendo que valerse el autor casi constantemente de notas tomadas durante su permanencia en Londres, donde Bello leyó las principales colecciones de textos de la Edad Media, y aun algunos poemas franceses manuscritos. Pero en Chile ni siquera tuvo a su disposición la *Crónica General,* y por mucho tiempo ni aún pudo adquirir la del *Cid* publicada por Huber. Cuarenta años duró este trabajo formidable, en que ni siquiera pudo utilizar Bello la imperfecta reproducción paleográfica de Janer, que sólo llegó a sus manos en los últimos meses de su vida; ni siquiera las conjeturas muchas veces temerarias, de Damas- Hinard, cuya traducción no vio nunca. Y, sin embargo, el trabajo de Bello, hecho casi con sus propios individuales esfuerzos, es todavía a la hora presente, y tomado en conjunto, el más cabal que tenemos sobre el *Poema del Cid*..."

Pero es en su influencia inmediata sobre la vida de la nación chilena, donde es más grato

contemplar el predominio cesáreo del gran civilizador americano y donde puede imponerse hasta para el vulgo rehacio lo grandioso de su figura. Jamás un jefe absoluto de gobierno ha marcado huella más honda y más perdurable en el alma de su pueblo. Hemos visto cómo Amunátegui, al hablarnos del Derecho Civil en Chile, comienza por decirnos: "Antes de la promulgación del Código Civil...", esto es, antes de Bello; otro chileno, Francisco Vargas Fontecilla, tiene una expresión análoga al historiar los progresos de la instrucción en su país: "Cuando llegó Bello a Chile, este país era uno de los más atrasados de toda la América española en materia de instrucción..." (6); y el mismo Amunátegui, en otro estudio, con respecto a las obras que se publicaban en su patria: "Diez años después de la llegada de Bello a Chile, la situación intelectual de este país había variado..." (7). En realidad, toda la vida intelectual, moral y política de Chile tiene que estudiarse comenzando por esa distinción: antes Bello...; después de Bello... Su presencia divide la historia del país en dos épocas. ¿Hay algún caudillo contemporáneo de quien pueda decirse algo igual? Una vez más citaremos a Menéndez y Pelayo: "...comparable en algún modo con aquellos pa-

(6) Discurso pronunciado por el Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, Don Francisco Vargas Fontecilla, en el primer centenario del nacimiento de don Andrés Bello'. Obras completas ya citadas. tomo II, pág. 155.

(7) Amunátegui, "Las poesías de D. Andrés Bello", tomo I de las Obras Completas ya citadas, pág. 672.

triarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, a la vez filósofos y poetas, atrayendo a los hombres con el halago de la armonía para reducirlos a cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley".

"Se puede afirmar, dice Silva Vildósola, que sin él no es concebible el progreso de nuestra patria en el siglo XIX, y eliminada por un esfuerzo de imaginación su obra enorme, sentimos que el desarrollo de la República se retrasa de muchos años y sólo con dificultad logra alcanzar la madurez". Y Vargas Fontecilla: "Bello murió dejando una posteridad inmensa, dejando por posteridad un pueblo entero, cuya inteligencia formó y dirigió durante largos años. Ningún descendiente suyo por este noble linaje podrá vivir sin recordarle..."

Y pensar que para la realización de esa labor enorme —con las manos colmadas de dones tan espléndidos!— hubo de esperar durante años y años, tan lejos de su América, sin tener siquiera una mínima renta que, según su incontenible lamento: "...asegure el sustento de mi mujer y de mis hijos, por quienes sufro lo indecible..." "Verdadero sabio por su carácter y su sabiduría y hasta por la resignación con que soporta la pobreza", agrega Irisarri, con una compasión que casi parece sarcasmo.

¿Verdad, lector, que con estos datos, aunque compendiados así a la ligera, se entrevé si-

quiera su heroísmo y se siente su gloria? Pero si un pintor hubiera querido trasladarnos fielmente su exterioridad, hubiera encontrado que "demasiado tímido, era esquivo y displicente a los hombres, huía de las apariencias y de la representación, a que no se avenía su natural reflexivo y ponderado". Evidentemente, no era *pintoresco*, y resultaría aventurado señalar su triunfo a la multitud como un modelo ejemplar.

# Andrés Bello y la Emancipación Americana

Cuando el Libertador supo que Bello se marchaba a Chile, se apresuró a escribirle en abril de 1829 a D. José Fernández Madrid, de quien había recibido la noticia: "Persuada Ud. a Bello de que lo menos malo que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo; y él digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío; fué mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto. Su esquivez nos ha tenido separados en cierto modo y por lo mismo deseo reconciliarme: es decir ganarlo para Colombia".

Era tarde ya: "A pesar de mis esfuerzos, contesta en agosto Fernández Madrid, se nos fué el señor Bello a Chile..."

Este fracaso que alejó de nosotros al eminente civilizador, ha provocado las más simples lamentaciones: "Por qué Bolívar no lo llamó antes?", "Pérdida irreparable para Venezuela!" etc. El Libertador no lo llamó antes, sencillamente porque no tenía nada que ofrecerle; su propio regreso a la Gran Colombia había sido motivado por una disención escandalosa que amenazó destruirla, y desde entonces cada día aumentaba la instabilidad de la situación. Los pocos espíritus superiores que pensaban en la Patria por encima de intereses y de pasiones personales se hallaban acaparados por un expedienteo de urgencia para detener el derrumbe inminente de la grandiosa creación bolivariana. Hubiera sido una irrisión por parte del Libertador ofrecer a Bello lo que en aquellas condiciones no podía lograr para sí mismo: la atención respetuosa de la nación, una tregua en los rencores de partido; condiciones indispensables para emprender con fruto cualquiera obra de reconstrucción. Si además de esas causas hubo otras de índole personal, ni añaden nada a aquella situación irremediable, ni es posible juzgarlas puesto que apenas pueden suponerse.

Por las mismas razones, también es temerario lamentar que Bello no regresase a Venezuela. Se iniciaba a la sazón entre nosotros una crisis social, cuya culminación sólo es comparable a la devastación material del terremoto, que el mismo Bello cantó:

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
A la sagrada lid tanto caudillo?
.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..
Entre las rotas cúpulas que oyeron
Sacros ritos ayer, torpes reptiles
Anidan, y en la sala que gozosa
Banquetes vió y amores, hoy sacude
La grama del erial su infausta espiga...

Quizá el propio poeta sentía esa devastación como simbólico presagio de un desastre moral análogo, y quizá por eso se apresuró a exaltar, en el mismo canto, las virtudes cuyo recuerdo podría, en los días de desaliento, sostener la fe desfalleciente y la burlada constancia de sus compatriotas:

Pero más bella y grande resplandeces
En tu desolación, oh patria de héroes;
Tú que lidiando altiva en la vanguardia
De la familia de Colón, la diste
De fe constante no excedido ejemplo...

Fe, valor, constancia, y él ideal ambicioso y desinteresado. Tales fueron las virtudes que hicieron posible la Emancipación. Y si insistimos antes en destacar esas mismas características en la vida de Bello, no es simplemente por rendirle homenaje. Nos interesa, sobre todo, señalar el sentido que tiene su pensamiento, como el de Sarmiento y el de los otros civilizadores del Continente, dentro del cuadro general de la historia americana: la continuidad ideal y práctica entre la obra de los Libertadores y la de los

que dirigieron después la reorganización republicana de estos países.

Porque esa continuidad es la verdadera justificación sociológica de la Independencia. La emancipación podría considerarse un azar lamentable, si los propios hispanoamericanos no hubieran sabido completarla mediante aquella labor constructiva. Desligada de la unidad que tiene la historia americana, la epopeya libertadora no pasaría de ser un tumulto afortunado, una aventura audaz. Si los propósitos que suponemos en los Libertadores se desvanecen con ellos mismos y no encontramos rastros en sus descendientes; si no es posible afirmar que la capacidad de los caudillos tiene un equivalente sociológico en la capacidad civil y política de los intelectuales y de los estadistas americanos que les sucedieron, podría dudarse de la naturaleza de aquellos propósitos, y el heroísmo de los Libertadores, desprovisto de finalidad consciente desde el punto de vista social, no quedaría muy por encima de la combatividad elemental de los pueblos primitivos.

Que esa interpretación injuriosa haya sido insinuada por otros pueblos interesados, es muy explicable. Pero generalmente los propios hispanoamericanos manifiestan un concepto de nuestra psicología y de nuestra historia casi idéntico.

Ya hemos visto en los estudios anteriores, cómo Sarmiento y Alberdi, influenciados por la amargura que la situación transitoria de su Patria les producía, llegaron a considerar el movimiento emancipador americano como mero contagio de las *ideas europeas* y pedían una nueva *europeización* para poder intentar la reorganización social de estas naciones. Y anotamos intencionadamente: "a pesar de lo que podían ver en Chile...", porque si aquellos dos eminentes patriotas argentinos hubieran conservado su serenidad, la obra de Bello en el país vecino y la reacción entusiasta con que respondía toda la sociedad, hubieran rectificado radicalmente su pesimismo.

Según aquellas afirmaciones de ambos, debe juzgarse que para ellos la situación desastrosa de su Patria no era sino la manifestación de una incapacidad *americana*, que tenía su origen en el pasado colonial y que continuaba imperante en nuestras costumbres pseudo-republicanas porque había arraigado en lo más íntimo de nuestro carácter.

Inútil nos parece indicar la aceptación casi general que tienen esas ideas: todos hemos oído repetir mil veces, como una verdad indiscutible, la necesidad de una renovación radical de nuestras sociedades como único medio de hacerlas aptas para una vida política más ordenada y más digna.

Sólo hay otra concepción de la historia americana que ha merecido una difusión igual o superior; y no es menos pesimista. Es la interpretación que podríamos llamar *heroica*, para remedar a Carlyle, o *caudillesca*, según el propio lenguaje americano. Según ella, la Emancipación fué obra exclusivamente personal de los Libertadores, una improvisación genial, una creación. Y así como Sarmiento y Alberdi al suponer que la Independencia americana no era sino una consecuencia del "movimiento de las ideas europeas" ("Facundo", pág. 93) "una faz de la Revolución de Francia" ("Bases", pág. 82), debían por consecuencia, pedir para la próxima etapa libertadora una nueva europeización; así mismo los que sostienen la teoría caudillesca sólo pueden esperar la reorganización republicana de estos países de la misma fuerza genial y personalista que, según ellos, produjo la Revolución emancipadora. Esta había nacido de un *fiat* providencial; es preciso resignarse a esperar otro.

Quizá es García Calderón quien ha expresado con más audacia esa doctrina, a lo menos en sus dos puntos básicos. Según él: l'histoire de ces républiques se réduit a la biographie de leurs hommes représentatifs. L'esprit national se concentre en les *caudillos*, chefs absolus, tirans bienfaisants. Ils dominent par la valeur, le prestige personnel, l'audace agressive. Ils ressemblent aux démocraties qui les deifient"; y

al hablar de la función que correspondió a Páez en Venezuela, afirma: "...libere sa Patrie en 1830. Le *guerrillero* nomade doit alors organiser le pays, lui donner stabilité et continuité..." (*).

En otros escritores las dos interpretaciones se mezclan y acumulan; tal es el caso de Bunge, autor de "Nuestra América". José Ingenieros les añade un fatalismo geográfico, que condena científicamente (!) a todos los países americanos del trópico; admite que el "sistema de corrupción y de renunciamientos que es la continuación en América de las costumbres políticas españolas", no tiene más remedio que nuestra europeización; pero no cree que ésta pueda lograrse por la voluntad —o el deseo, como escribe— de los hispanoamericanos: "es un hecho inevitable en las zonas templadas, habitables por razas blancas", "en cambio, ¿por qué no decirlo?, tenemos por imposible la europeización de los países constituidos en la zona intertropical, pues en ellos sólo pueden prosperar las razas de color". Fatalismo histórico, fatalismo étnico, fatalismo geográfico, fatalismo psicológico, to-

(*) F. García Calderón. "Les démocraties latines de l'Amérique", pág. 83. Podría pensarse que la condición de Páez —guerrillero nómade— ha sido destacada de propósito para contrastar la misión que pretende asignársele: "organizar el país, darle estabilidad y continuidad". Pero la convicción magistral con que nos habla en todo el libro el señor F. García Calderón nos impide creer que se haya permitido un sarcasmo tan fácil contra nuestro valeroso caudillo llanero.

dos los dogmatismos que sucesivamente han estado a la moda, se nos han aplicado, y a veces acumulativamente. Por algunos escritores, con la angustia de una preocupación seria y en busca de remedio; por otros, para justificar tesis interesadas o como muelle sofisma de inacción.

Y dejo sin contar la multitud de "sociólogos" que, despreocupados de toda sistematización, por una parte parecen refutar aquellas doctrinas cuando hablan, por ejemplo, del pasado colonial o de la guerra emancipadora, pero casi a renglón seguido aceptan con entusiasmo sus conclusiones cuando se trata de juzgar sobre la historia de América durante el siglo pasado, o sobre sus problemas actuales.

Dijérase que la interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana tiene el carácter de una verdadera tradición, tanto popular como científica; aquí no podemos sino indicarla sumariamente, y con menos extensión aún, la refutación que creemos posible (1).

También debemos advertir que las dos tesis capitales que hemos considerado no han sido

---

(1) Estos trabajos fueron publicados en Venezuela durante el despotismo de Gómez; cuando no era posible, por consiguiente, insistir mucho en la refutación de la intepretación caudillesca de nuestra historia. Para el desarrollo completo de las ideas que aquí esbozo, remito al lector a mi ensayo sobre "La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana".

expuestas por ningún escritor en la forma doctrinal precisa que indicamos. Pero ya es tiempo de poner en orden las ideas que aparecen más aceptadas en la sociología hispanoamericana. Y nos parece indiscutible además que ambos sistemas coinciden rotundamente en negar la capacidad colectiva y autónoma de nuestras sociedades, por lo cual los hemos llamado interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana. Según Sarmiento y Alberdi, el trabajo de reorganización social y política no podía realizarse sino al amparo del elemento extranjero; según lo dicho por García Calderón, sería sólo factible por medio de la coacción personal de la cual obtienen estas naciones sus condiciones primordiales de vida: la estabilidad y la continuidad.

La obra de Bello es un mentís para ambas afirmaciones: es esencialmente *americana*, por su carácter y por sus propósitos; y por otra parte, es en Chile, la verdadera obra perdurable y de orden: la obra aceptada libremente por la sociedad y que se limita, plena de sentido político, a sacar a luz y organizar alrededor de un propósito superior, las posibilidades latentes en el seno de esa misma sociedad.

Ni se diga que el ejemplo no puede extenderse a toda la sociología hispanoamericana,

porque Chile disfrutó en aquellos años de una situación política excepcional. Ya hemos visto como también en la Argentina la reorganización moral y política de la República fué obra *americana*, dirigida por los mismos argentinos, y el entusiasmo patriótico con que acometió la nación el trabajo colectivo que le pedían Alberdi y Sarmiento fué un glorioso mentís al pesimismo teórico de éstos.

Todavía se discute si la América hispana estaba madura para la emancipación y si los acontecimientos políticos no se anticiparon en aquella época a la evolución social que debía servirles de base. Recordemos, desde luego, que no es sensato juzgar de la oportunidad del movimiento emancipador y de su legitimidad según el estado de la cultura popular, que a la sazón tampoco tenía nada floreciente en la misma Europa. Y hecha esa salvedad, muy bien podría decirse: si la América conociera la trascendencia de los trabajos de Bello tan bien como recuerda las hazañas de Necochea o de Negro Primero, aquella controversia parecería ridícula. Porque en realidad tal discusión podría reducirse a esta duda irritante: si los *hechos* de gauchos y llaneros no fueron en realidad superiores al *ideal* reflexivo de los que prepararon y dirigieron la magna empresa y a la *capacidad* de los que la continuaron en el pensamiento y en la lucha cívica.

¿La genuina continuación de nuestra epopeya es la arrebatiña sangrienta hacia la cual nos condujo el caudillismo degenerado; o debe considerarse preferentemente en la historia de América un lazo de filiación entre el pensamiento de los Libertadores y la obra organizadora y cultural de un Sarmiento y de un Bello? He aquí los dos conceptos que pueden oponerse en el estudio de la sociología hispanoamericana, para juzgar de sus problemas pasados y presentes. Y, parece mentira, sólo se ha tenido en cuenta la interpretación más bochornosa. Nos atreveríamos a decir que ni siquiera se ha enunciado la otra! ¿Acaso en nuestros propios días no hay "sociólogos" americanos que consideran a gauchos y llaneros como representativos de nuestra psicología y símbolos de nuestra historia?

El aporte de Bello al Derecho Civil americano, al Derecho Internacional y al propio idioma que nos había dado la Madre Patria, podría ser una respuesta sin réplica a tantas simplicidades corruptoras. Si la mayor parte de las naciones americanas puede presentar a un *americano* como eje moral de su reorganización republicana, la capacidad social de estas naciones queda fuera de duda; cualesquiera que sean los infortunios que sugieran dudas en contrario, por haber retardado esa reorganización en otros países.

La estatua del sabio venezolano al frente de la Universidad de Santiago puede ser el argumento más legítimo de un bien entendido nacionalismo hispanoamericano. Es un símbolo que basta para la consagración y la tutela de la emancipación del Continente.

# José Martí

## I

La lucha de Cuba por su emancipación tiene un carácter anacrónico que nos la hace particularmente sugestiva. Desde los días de los Libertadores parecía haber transcurrido mucho tiempo; y nos sorprende ver aparecer de nuevo —después de tantas desilusiones políticas, después de tanta retórica mistificadora, después de tantas imitaciones grotescas— un político que es un apóstol, un caudillo que reproduce con naturalidad perfecta las virtudes de las más puras figuras de la epopeya: el ideal alucinante, la abnegación sin límites, la fe y la constancia. Ya los pueblos no lo esperaban.

En los otros países americanos la guerra de Independencia se desarrolló unida a las promesas entusiastas del Romanticismo político que desde fines del siglo XVIII conmovían al mundo entero.

Se creía entonces en la posibilidad de una renovación casi total de la Humanidad por medio de leyes sabias y justas. Parecía que la Ra-

zón humana había penetrado de súbito posibilidades antes insospechadas de bienestar individual y colectivo. De bienestar y de dignidad.

El Hombre, así, con mayúscula, el Hombre ciudadano del mundo, se creyó a punto de recuperar la integridad armoniosa de su naturaleza. Hasta ese momento una coalición monstruosa de prejuicios y de erróneos intereses lo había mantenido esclavo y ciego; ahora volvía la luz a su entendimiento y se erguía, libre. Su redención definitiva era sólo cuestión de tiempo; el tiempo necesario para ilustrar convenientemente a los pueblos, para construir el sistema político que debía guiarlos.

La Diosa Razón tenía ya en sus manos el destino del mundo; ningún ídolo volvería a abatir la frente pensadora del ciudadano. Era imposible que retornara a la antigua obediencia rutinaria, al renunciamiento irreflexivo que antes envilecía los rebaños humanos. Todo ese pasado era absurdo, y esto bastaba —se creía— para que quedase definitivamente relegado al olvido.

Así se pensaba y se sentía a fines del siglo XVIII; y la aventura napoleónica no pudo, a lo menos en nuestro lejano continente, destruir aquellas ilusiones del racionalismo jurídico, que habían sido el fermento viviente de la Revolución. Antes podemos decir que les añadió mayor fuerza, porque creó una nueva fe: la fe del hombre en su iniciativa individual; la confianza en la eficacia del héroe como agente

de las transformaciones sociales; en resumen, la esperanza de la síntesis, en apariencia contradictoria, que efectivamente se realizó en Bolívar: un *Caudillo* que fuera a la vez un *Libertador.*

El ideal de una sociedad que debía conquistar su decoro y su dicha mediante la Ley, quedó muy maltrecho en Europa cuando se vio surgir del seno de esa misma sociedad un héroe absorbente que le impuso su tutela. Pero en América, la falta de independencia política parecía el único obstáculo a la felicidad pública, la lucha por la emancipación polarizó todos los anhelos patrióticos, y por eso se aliaron sin esfuerzo en aquella empresa suprema el ideal de la *sociedad* y la ambición del *héroe.* Con tanta fuerza y por manera tan natural, que en la misma psicología de nuestro caudillo máximo persistió siempre esa dualidad, aunque durante las dificultades políticas de los últimos años tiene el carácter de una oposición torturante: Bolívar es entonces como político, un Napoleón que no puede, que no quiere, renunciar al ideal romántico y generoso cuya representación había aceptado(1).

(1) Con fecha 7 de mayo de 1828, escribía a Urdaneta: "...debo irme o romper con el mal. Lo último sería tiranía y lo primero no se puede llamar debilidad, pues que no la tengo. Estoy convencido de que si combato triunfo y salvo el país y Ud. sabe que yo no aborrezco los combates. ¿Mas por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos que se llaman libres y moderados? Me responderán a esto que no consulté a estos mismos buenos y libres para destruir a los españoles y que desprecié para es-

Así surgió en América la generación de los Libertadores, cuando todavía la Gloria no era una amenaza para la Libertad. La elevación moral y el espíritu de sacrificio tienen en aquellos días aurorales la espontaneidad inimitable con que se manifiesta el entusiasmo en la juventud. Eran eso, precisamente: entusiasmo juvenil, credulidad y ardor.

Pero el siglo XIX trajo muchas decepciones en ambos continentes. En Europa los pueblos estaban cansados; y por otra parte, la Escuela Histórica y la Escuela Positivista perseguían hasta más allá del ridículo la confianza que el racionalismo había puesto en aquellas posibilidades de una organización social superior. De pronto cesaron de oírse las palabras orgullosas —Humanidad, Razón, Filosofía, Libertad— que habían sido poco antes realidades presentes y activas. La mayor parte de los antiguos prejuicios, de los abusos y de las inconsecuencias sociales aparecían de nuevo; y los fetichismos incomprensibles y la pasividad rebañega.

Llegó a tocarse esta desoladora certidumbre: que aquellas cosas absurdas tenían asegu-

---

to la opinión de los pueblos; pero los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos, liberales, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar". (Lecuna, "Cartas del Libertador", tomo VII, pág. 260). Es un finísimo análisis psicológico, lleno de sinceridad y angustia. Para la comparación que hemos hecho con Napoleón, recuérdese el crudo elogio que hace Emerson del carácter cesáreo de aquel: "Tengo para mí

rada su existencia por el simple hecho de haber existido; porque el arraigo tradicional es más fuerte que la voluntad humana y porque es mil veces más fácil conservar algo por rutina que destruirlo mediante la razón. Ley de continuidad histórica que dejaba al hombre con las manos atadas entre el torrente vivo de las multitudes y de los siglos.

El Positivismo añadía por otra parte sus observaciones irrebatibles. Los hechos son anteriores y superiores a las *ideas* y la concatenación material de los sucesos es mucho más sólida que un encadenamiento lógico de razonamientos. Las sociedades son verdaderos organismos, cuya ley de evolución es temerario contrariar. Sería irrisorio pretender dominar el Derecho y la Política por los dictados de la razón, puesto que la misma naturaleza moral del hombre y las leyes que pueden gobernarlo son el producto necesario de un determinismo inflexible. No; no son solamente la corrupción y la ignorancia los únicos obstáculos para la felicidad y el decoro ciudadanos; con todos nuestros anhelos y nuestras desdichas, con todos nuestros vicios y nuestras virtudes, no somos sino briznas efímeras entre una densísima red de fuerzas eternas. El me-

---

que todos los hombres conocen mejor que obran, saben que las instituciones que defienden han de ser papel y fantoches pero no se atreven a creer en sus presentimientos. Bonaparte se recogía en su propio sentir y le importaba un ardite de los demás". Bolívar, por el contrario, aceptaba conscientemente el escrúpulo y la inhibición. Por eso digo que era un Bonaparte que no quería renunciar al ideal romántico y generoso cuya representación había aceptado.

jor remedio de los males sociales, el único, es el devenir natural de esas mismas fuerzas, la *vis naturae medicatrix*.... Así se razona también junto al lecho de los moribundos.

En América la reacción había sido más funesta. Los antiguos ideales no estaban olvidados; algo peor, habían sido parodiados y envilecidos.

Para los cubanos, la obra de la emancipación tenía que recomenzar, pues, desde el apostolado inicial. Era preciso construir idealmente la Patria en su interior, antes de lanzarla a la lucha. Y era preciso acercar de nuevo a ella los hermanos; porque, en aquellos momentos, la isla cautiva era más isla que nunca, perdida para los otros pueblos americanos entre un océano de indiferencia. El apóstol debía ser también un poeta. Y debía ser un hombre de acción, un caudillo —el *Libertador*— porque ahora los pueblos no creían en las palabras sagradas. La farsa política había urdido en todo el continente tantas mentiras sacrílegas, que ya no había lenguaje para hablar con sinceridad a la opinión pública.

José Martí se hizo el apóstol, el poeta y el caudillo.

Nació en 1853. A los 16 años ofrece a Cuba su primera prueba pública de amor y de sufrimiento. En un semanario que él mismo aspira a dirigir y que ya en su título detonante —"La Patria Libre"— denuncia la impaciencia del

adolescente, lanza unos versos que son una proclama revolucionaria:

El amor, madre, a la patria
no es el amor ridículo a la tierra,
ni a la yerba que pisan nuestras plantas:
es el odio invencible a quien la oprime,
es el rencor eterno a quien la ataca..... (1)

Las autoridades españolas de la isla, que en aquellos días habían concedido "libertad de imprenta", no se atrevieron a perseguirlo; pero el padre, gallego de cariño áspero y funcionario público subalterno, se encargó del castigo: "Me ha llegado a lastimar tánto —escribe Martí a su padre espiritual D. Rafael Mendive, patriota también, y a la sazón desterrado— que confieso a Ud. con toda la franqueza ruda que Ud. me conoce que sólo la esperanza de volver a verle me ha impedido matarme. La carta de Ud. de ayer me ha salvado. Algún día verá Ud. mi Diario, y en él que no era un arrebato de chiquillo, sino una resolución pesada y medida".

Al año siguiente, 1869, una carta firmada por Martí y un compañero, Fermín Valdés Domínguez, permite al Gobierno encarcelarlo le-

(1) Jorge Mañach, "Martí, el Apóstol" pág. 38. Espasa-Calpe, S. A. — 1933. Todas las otras citas de Martí que figuran en este estudio están tomadas de la misma biografía, la cual seguimos, además, en lo que se refiere a la vida del héroe; de la "Mitología de Martí", por A. Hernández Catá (Renacimiento, Madrid, MCMXXIX); de las "Páginas Escogidas", introducción de Max Henríquez Ureña (París, Garnier Hermanos), y de la selección "Martí en Venezuela" (Caracas, Tipografía Americana, 1930).

galmente, y se abre el proceso. La pena podía llegar hasta la de muerte, y no obstante, cuando Valdés Domínguez confiesa ser el autor principal de la carta, Martí lo desmiente y reclama para sí esa responsabilidad. Fermín Valdés Domínguez fué condenado a seis meses de arresto mayor; Martí a seis años de presidio.

Esta última pena incluía la de trabajos forzados en las canteras. "Estaban —describe Mañach— a una legua larga del establecimiento penal, en una cuenca irregular, abruptamente cavada entre moles de piedra caliza. Sobre el lecho erizado de altos montones de *cocó* y de cal, el sol hacía hervir una atmósfera de fornalla, con una reverberación cegadora. El trabajo de los penados consistía en excavar y desmenuzar la piedra a golpe de pico y acarrearla a los volquetes, o hasta los hornos, en lo alto del tajo. Doblados sobre la piedra, cargando las cajas y los *cabezotes* al hombro, esquivaban el alud que se despeñaba sin aviso, o la vara del cabo, que les urgía implacable. Había blancos, negros, chinos; había viejos y muchachos; todos con grillos de tres ramales, que les tasaban el paso vacilante entre los surcos colmados de agua podrida. Al trepar los montículos, la cal viva les mordía los pies y el polvillo blanquecino les quemaba el resuello. Ambiente, hombres, cosas, todo se permeaba de aquella blancura implacable, que irritaba los ojos y los nervios, convertía las figuras en fantasmas y hacía de todo el paraje una especie de invierno infernal".

No hubiera resistido un año siquiera de tales martirios. Afortunadamente, el mismo arrendatario de las canteras obtuvo a los seis meses de la condena que ésta se conmutase por la de destierro a España.

Antes de entrar Martí en el presidio, había escrito:

Voy a una casa inmensa en que me han dicho
que es la vida expirar.
La patria allí me lleva. Por la patria
morir, es gozar más.

Y al salir, dice con la misma naturalidad al maestro Mendive: "Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir".

Para penetrar bien en la vida de Martí es preciso acostumbrarse a sentir muy profundamente estas apreciaciones suyas, que se repiten amenudo y en las cuales no hay nada de literatura. Son, por el contrario, la esencia misma de sus sentimientos de decoro y de amor, de su idea mística del sacrificio.

Cuando recobró la libertad, "salía medio ciego, con una lesión inguinal producida por un golpe de la cadena; más delgado, más pálido, más dulce en la sonrisa".

Sin duda ya tenía también, a pesar de sus pocos años, esa frente impresionante que vemos en sus retratos de la edad madura; esa frente tan alta y tan pálida, que no parece una bóveda maciza sobre el cráneo, sino un penacho luminoso que se escapa del rostro ardoroso y grave.

## II

Con su viaje de destierro a la Metrópoli comienza para Martí una peregrinación de prédica y de lucha —España, México, Guatemala, Cuba, Venezuela, Santo Domingo, Costa Rica, Estados Unidos— que no debía concluir sino cuando regresase por última vez a la Patria a devolverle su vida.

A devolvérsela, digo, porque la vida no fué para Martí sino una encomienda, un depósito aceptado por el tiempo necesario para cumplir su misión y sólo para ella. Cuando se acerca su fin lo presiente con tal nitidez y se dirige a él con tan sosegada decisión, que no parece sino la mesiánica aceptación de un plazo, que él mismo consideraba naturalmente vencido. "Para mí ya es hora", dice, y sentimos que, vivo todavía, estaba ya fuera de la humanidad, como Jesús cuando sale del Huerto de los Olivos.

Durante los veinticinco años transcurridos desde su iniciación de adolescente, había ido abandonando sucesivamente por el triunfo de su apostolado, todos los halagos de la vida: el reposo y el desahogo material que un día la Argentina le ofreció con mano amiga, la gloria literaria, el amor *(desmemoriado!.... oh, niña de Guatemala..... la que se murió de amor!)*, el amor, el cariño de la esposa, el del hijo, a quien adoraba.....

Soledad total, que por sí misma le indicaba que el tiempo señalado se vencía: "Yo voy a

morir, si es que en mí queda ya mucho de vivo". Soledad donde sólo vela la madre. Y de la madre se despide: "el hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurreción, que sería el hogar franco y para mí imposible, donde está la única dicha humana, o la raíz de todas las dichas".

Ha adivinado que para él "la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber" y se presenta al sacrificio desligado ya de todo afecto terrenal. "Para mí ya es hora....."

Pero, por qué nos hemos anticipado a hablar de su muerte? Veámoslo vivir. Y aunque se nos vaya la admiración tras esa vida apasionante del mártir lírico, no la sigamos tampoco en sus pormenores. Si no podemos dedicar a los héroes sino el recuerdo de breves páginas, demos la preferencia a lo que ellos también prefirieron sobre todas las cosas, su empresa heroica. En el caso de Martí, su apostolado, sus ideas.

La historia de los hombres vulgares es la de los sucesos innumerables a través de los cuales los lleva el decurso de los días; pero la de los grandes hombres no tiene sino uno o dos hechos capitales: los que ellos mismos eligen para dedicárseles. Para esas almas imperiosas la vida no consiste en la realidad cambiante que ocasionalmente los rodea aquí o allá; la verdadera realidad es para ellos su realidad íntima, que les acompaña por doquiera.

Pese a sus dieciocho años y a su condición de desterrado político, no se arredra por cierto Martí cuando llega a España, ni le intimida ese

paso brusco del ambiente provinciano al capitalino. También este Mesías, casi niño todavía, se siente muy capaz de metérseles en el Templo a los defensores de la Ley para oponerles su *Buena Nueva;* y en caso necesario, para reprenderlos y confundirlos.

Por otra parte, el momento —1871— parecía favorable, porque también allá se trataba de darle dignidad a la Patria e incorporarla, por fin!, a la renovación liberal europea. ¿Propósitos sinceros y bien definidos? Martí se adelanta impetuosamente y los pone a prueba con una candente denuncia de lo que era "El Presidio Político en Cuba".

Quizás esperaba —y debía esperarlo— que la narración de aquellos horrores sufridos por él mismo y que ahora presentaba con arrebatado colorido, aunque sin duda con estricta veracidad, conmovería profundamente a la opinión pública o, a lo menos, a la minoría progresista, que parecía luchar por ideales hermanos de los suyos.

No fué así, sin embargo; y aunque poco después llegó la noticia escandalosa de haber sido fusilados en la isla ocho estudiantes revolucionarios, y a pesar de que por fin la prensa republicana pareció interesarse honradamente por aquellos inocentes compañeros lejanos, después de mucho discutirse en el Congreso y en los diarios, la vehemente campaña de Martí sólo obtuvo..... que los estudiantes sobrevivientes no sufrieran la misma suerte. Se les concedió la

gracia que ya él conocía: después de los trabajos en las canteras, la conmutación de esta pena por la de destierro.

Sin embargo, en medio de estas hirientes desilusiones, que seguían tan de cerca a sus propios sufrimientos en el presidio, Martí fija ya en aquel panfleto político la norma de ponderada generosidad que conservará invariable en toda su prédica revolucionaria: es preciso excluir de la lucha todo sentimiento de odio.

Comienza por expresarla como necesidad personal e íntima, porque él "no sabe odiar"; pero la ampliará más tarde, repitiéndola amenudo, como una exigencia que hace imperiosamente al decoro de sus conciudadanos y como base de la política constructiva que quiere para su Patria.

Así, cuando veinte años después, en 1891, le toca discurrir en la conmemoración de aquel cruento sacrificio de los estudiantes, sus primeras palabras serán para advertir a sus oyentes, casi con severidad, que no se ha de tomar el recuerdo de los mártires como oportunista arma de combate, ni mezclarlo con apetitos de venganza indignos: "Ni es de cubanos, ni será jamás, meterse en la sangre hasta la cintura, ni avivar con un haz de niños muertos, los crímenes del mundo; ni es de cubanos vivir, como el chacal en la jaula, dándole vueltas al odio..... lo que queremos es saludar con inefable gratitud, como misterioso símbolo de la pujanza patria, del oculto y seguro poder del alma criolla,

a los que, a la primer voz de la muerte, subieron sonriendo, del apego y cobardía de la vida común al heroísmo ejemplar".

Y en el programa definitivo de la Revolución, en el Manifiesto de Montecristi, que firma junto con Máximo Gómez el 29 de marzo de 1895, menos de dos meses antes de su muerte, repite por última vez la misma idea como tesis política que ha de ser perdurable, "terminante voluntad de respetar y hacer que se respete, al español neutral y honrado": "En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejército forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansia. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra".

No olvidemos que el encarnizamiento de la lucha en Cuba y los excesos de la represión española contra los patriotas, si acaso tienen iguales en la época de la emancipación del Continente, es en los que hubo de sufrir Venezuela. Según dato de Mañach, solamente la sublevación llamada de los *Diez Años* "había costado a España y a Cuba 200.000 muertos y 700 millones de pesos".

Pero el amor a la libertad no puede mezclarse en Martí con la venganza —ni siquiera con la rebeldía colérica que es legítima contra la injusticia en todo pecho varonil— porque en él ya se halla unido a otras exigencias espirituales del más alto valor, que le imponen absoluta pureza.

Para él la libertad no es sino un aspecto de otro ideal superior y primordial de veracidad íntima y de decoro humano: "Libertad, dice, es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresías". Y si la pondera por encima de todas las cosas, es precisamente porque sin ella no pueden satisfacerse aquellas necesidades vitales del espíritu: "Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos la libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana".

Podríamos decir que esa universalidad del ideal es el único sentimiento que tiene fuerza mística para él, y llega a sugerirle una promesa de perennidad espiritual y de perfecciona-

miento indefinido, que sustituye a sus perdidas creencias religiosas: ".....la misma aspiración humana a hallar en el amor, durante la existencia, y en lo ignorado después de la muerte, un tipo perfecto de gracia y hermosura, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de vida que atravesamos parecen desunidos y hostiles"; futura armonía de todas nuestras adquisiciones morales que "proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos".

Pero sí hay una ocasión en que este mirífico arquetipo sufre el contraste con las inevitables imperfecciones humanas, y sin embargo, vemos a Martí indeciso. Es cuando se trata de juzgar a los Libertadores.

Obligado entonces en su conciencia a ser libre, aún frente a ellos, y por consiguiente, "a pensar y hablar sin hipocresía", siente por otra parte el terror sagrado de tocar con mano sacrílega las vestiduras de sus Dioses.

Se acerca "con la frente contrita" y para contener la envidiosa algazara de los que olvidan que las faltas de los héroes nacen amenudo de las virtudes con que nos sirven, les recuerda que "el sol quema con la misma luz con que calienta". Pero cuando presiente el peligro de los pueblos, entonces ya no se detiene y como si tuviese ante sí aquellas sombras gloriosas: "quisieron algunas veces —les inculpa adusto— lo que no debían querer".

Es duro al juzgar a San Martín: "Propuso reyes a la América, preparó mañosamente con los recursos nacionales su propia gloria, retuvo la dictadura visible o disimulada, hasta que por sus yerros se vio minado en ella, y no llegó, sin duda, al mérito sublime de deponer voluntariamente ante los hombres su imperio natural".

Y aunque frente al Libertador la luz genial lo sobrecoge y el amor y el entusiasmo le arrebatan el pensamiento, tampoco calla cuando cree que debe juzgar: "muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro.....", "acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le devorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político.....", ".....erró, acaso, el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mundo su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, los mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores".

Sin embargo, quizá ningún otro escritor americano ha cantado con el respeto filial de Martí la grandeza moral de los Libertadores, y

sin duda, ninguno otro lo iguala en la frescura perenne de esas evocaciones exultantes.

Algunas de sus páginas, si las aprendimos de memoria cuando niños, nos acompañan después toda la vida: "Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar....."; "a aquel que fué como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras....."; "dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona....."; "Vivió como entre llamas y lo era. Ama y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta y es bruma y lobreguez el valle todo, y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él....."; "ha

recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía.....”; “Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!”.

América y Bolívar. Siempre surgen unidos en su imaginación. Siente que el Libertador resume en sí la historia americana. Cuando el 28 de octubre de 1893 se halla en la Sociedad Literaria de Nueva York ante representantes intelectuales de todo el Continente, no vacila en afirmar, aún a riesgo de herir mezquinas vanidades regionalistas: “Cuantos nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada”.

Hasta en la propia Naturaleza no ve amenudo sino las figuras sobrehumanas que desea fijar como ejemplares en la conciencia americana: “.....Venezuela, donde los montes plegados parecen, más que dobleces de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad...”

## III

Si para Martí hasta el puro ideal de libertad ha de estar subordinado a otro superior y primordial de sinceridad y de decoro, y hasta los más grandes libertadores, los que mejor sir-

vieron aquel ideal, pueden ser sometidos al juicio de la posteridad porque arrastrados por su propia gloria "quisieron algunas veces lo que no debían querer", con mayor razón debía mostrarse escrupuloso cuando se tratara de definir prácticamente aquellos ideales, y de fijar, no ya como apóstol sino como político, una base positiva para la organización de la República.

El no considerará, pues, la guerra de independencia, sino como un accidente, un episodio, una etapa en la realización del propósito integral de orden y libertad, que es el que ha de justificar aquella empresa militar y darle valor moral y político: "Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, eso sería el bien que yo prefiriera: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre: envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales, fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades; sáquese a lucir, y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y síganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y as-

tutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propios, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntimo de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres, ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos. Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no para erigir, a la boca del continente de la república, la mayordomía espantada de Veintimilla o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Francia".

"Tiembla de pensar, escribe, que sus hermanos pudieran caer en la política engañosa y autoritaria de las malas Repúblicas", y por eso no quiere ocultarles que muy poca cosa es el sacrificio de la vida en el gesto heroico; y que es inútil —cuando no funesto— el deslumbramiento de la gloria que puede conquistarse con la victoria de un solo día. Es necesario para el triunfo definitivo de la verdadera Patria que todos quieren y necesitan, el cumplimiento de otro deber mucho menos simple, mucho más arduo: "el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propios, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntimo de los demás". La libertad no debe

considerarse como un ídolo; es un conjunto de principios de aplicación práctica, cuya existencia se garantiza con su propio ejercicio cotidiano.

Verdades muy nuevas para entonces en nuestra América romántica; verdades que cuarenta años después no han perdido su actualidad y han menester todavía que se las haga accesibles al vulgo culto (admítaseme la disonancia de términos) al vulgo culto que representa la opinión pública en estos países.

Porque muy bien comprendía además Martí que en las cuestiones sociales y políticas el querer no es poder, ni siquiera con la base de una plena sinceridad (como indudablemente ha de existir, por otra parte, en el desesperado anhelo de "nuestras dolorosas Repúblicas americanas"). Es necesario también *saber querer* y una acción solidaria y constante de la minoría progresista y alerta sobre la masa inerte e irreflexiva.

Desconocidas por unos esas dificultades, exageradas por otros para crearse una cómoda disculpa de desaliento, ya comenzaba así por ambas vías a formarse en la conciencia colectiva hispanoamericana el sofisma de que la desorganización política de nuestro continente no era una mera crisis social, sino la manifestación de una incapacidad natural insuperable.

Martí, sagaz apóstol, quiere conservar a la Revolución el entusiasmo romántico, sin ocultarle tampoco las exigencias de la realidad: "Se

es liberal por ser hombre; pero se ha de estudiar, de adivinar, de prevenir, de crear mucho en el arte de la aplicación para ser liberal americano".

Algunos años después, afirmará con criterio netamente positivista: "Nada son los partidos políticos si no representan condiciones sociales". Podríamos añadir para completar su pensamiento: ¿Y qué otra cosa es la libertad, aún en los países más cultos, sino *un partido* cuyos defensores han de sostener por una labor infatigable de penetración popular esas condiciones sociales que le sirven de base?

Por qué negarlo, si las mejores adquisiciones del hombre han sido siempre en sus comienzos una invención de las minorías? Los liberales americanos nunca quisieron considerarlo así. quizás arrastrados siempre por la credulidad racionalista que predominó en nuestras primeras revoluciones, y según la cual aquellos ideales superiores se imponen por la fuerza misma de la razón y son *naturales e imprescriptibles.* Quizás Europa misma lo olvidó, y la súbita inermidad en que se ha encontrado el liberalismo contemporáneo frente a las tendencias absolutistas de diversa índole que lo han barrido del escenario político europeo, débese en gran parte a ese olvido de la experiencia histórica y positivista que le sirvió de guía en el siglo pasado

Quería Martí evitarle a la República aquellas alternativas funestas de esperanza irreflexiva y de precipitado desaliento y por eso busca,

como hemos insinuado, una síntesis que armonice el entusiasmo creador y la prudencia política, el ideal y el conocimiento; a Bolívar y a Spencer, según el símbolo que inmediatamente se le viene a la pluma: "De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a pujo de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer del otro; una América sin suspicacias pueriles, ni confianzas cándidas..."

Y aunque a veces su fe en esa ciencia positiva lo hace incurrir en algunas simplificaciones esquemáticas, es indudable que en ellas mismas y en una sola página, sus observaciones son más valiosas y más completas que las que nos presentan hoy en dogmáticos volúmenes ciertos redescubridores del positivismo: "En los pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, escribe en el análisis de "Nuestra América", los incultos gobernarán por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay Universidad en América, donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de Améri-

ca? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yankees o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante ven-

cido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas".

## IV

Claro está que en Martí hay mucho más de Bolívar que de Spencer, y así convenía a la naturaleza de su misión. Ni tuvo tiempo —como tampoco lo tuvo el Libertador— para el análisis pormenorizado de los problemas que quiso tratar, ni ocasión para confrontarlos con la realidad política y administrativa. Pero la sagacidad de su crítica en casi todas las ocasiones y la firmeza de su conducta cuando hubo de afrontarlos en el terreno de la acción, lo colocan sin disputa entre las mejores figuras representativas de la reconstrucción republicana de nuestra América.

Cuatro eran los más importantes entre esos problemas que salían al encuentro de los fundadores de la República y, cual más cual menos, comunes todos a la mayor parte de los países hispanoamericanos: el peligro del caudillismo; íntimamente ligado a él, la necesidad de estudiar el carácter de nuestra herencia histórica y las otras peculiaridades favorables o adversas que podían esperarse de su influencia; la amenaza yanqui, y el problema de nuestra heterogeneidad social.

Como hemos visto en las citas anteriores, el peligro del caudillismo era el que preocupaba en primer término a Martí. Así debía ser, puesto que en los otros países hispanoamericanos parecía resumir en sí todos los males sociales, y en algunos había llegado a tales excesos que ya los espíritus reaccionarios creían lícito preguntarse si la emancipación americana no había perdido por ellos su legitimidad moral y política.

Lo tropezaba Martí, además, en los comienzos mismos de la empresa que organizaba, y bien puede decirse que su labor de apostolado incansable hubo de dirigirse durante mucho tiempo, más que a la organización directa de la revolución, a impedir que ella comenzase viciada ya por el "peligro grave de seguir a ciegas, en nombre de la libertad, a los que se valen del anhelo de ella para desviarla en beneficio propio".

No; no se dejaría arrastrar él por la temeraria precipitación de los que querían desencadenar la guerra contra el yugo extranjero, aun a trueque de sacrificar el ideal de orden civil y de libertad ciudadana que debía ser la esencia misma de la República. Para Martí el propósito político es inseparable de su base moral. Más aún, llegaría a ser sin ella vergonzoso y funesto. Prefiere apartarse si la necesidad lo obliga a elegir entre aquél y ésta. Así se lo manifiesta categóricamente al caudillo militar en

una ocasión decisiva, y no se calla la razón; que él no accederá jamás a "cambiar el despotismo político actual en Cuba por el despotismo personal, mil veces peor".

Muy lógico, muy legítimo. Pero es fácil suponer que una gran mayoría consideraría cuando menos inoportunas esas condiciones inflexibles; o como escrúpulos exagerados del *poeta*. Otros se permitirían quizás una sonrisa: es tan fácil, cuando no se conocen las exigencias de la guerra ni se ha arriesgado nunca la vida —porque el sacrificio silencioso de ella no cuenta para el vulgo— es tan fácil exigir y enjuiciar, dictaminar lo que se ha de hacer, y lo más bello y lo más digno! Pero Martí se mantiene alerta contra la insinuación malévola; la busca, la provoca, y en controversia pública que él mismo promueve, saca triunfante su demanda: "Tan ultrajados hemos vivido los cubanos, que en mí es locura el deseo, y roca la determinación, de ver guiadas las cosas de mi tierra de manera que se respete como a persona sagrada la persona de cada cubano, y se reconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la del país, ni ha de pensarse en más interés que el suyo... Es indispensable a la salud de la patria que alguien represente, sin vacilación y sin cobardía, los principios esenciales, de tendencia y de método, que he creído yo ver en peligro..."

Más tarde su muerte —antes que aceptada, buscada por él mismo frente a las balas espa-

ñolas— fué sin duda el rescate que deliberadamente quiso ofrecer de antemano para consagrar al respeto de sus compañeros de causa aquellas exigencias que les hacía.

Intimamente ligado al problema del caudillismo, estaba, como hemos dicho, el de las influencias históricas que habían modelado el carácter hispanoamericano, porque para unos aquel flagelo que retardaba nuestra reorganización republicana no era sino la consecuencia natural del sistema de colonización que habíamos sufrido, y para otros, un exponente de la intransigencia y del absolutismo que la índole del español vació en la nuestra. Y ambas ideas, nacidas de la literatura de combate y propaganda contemporánea de la guerra emancipadora, estaban a la sazón en su mayor auge, elevadas a la categoría de leyes sociológicas por la imperiosa elocuencia de Sarmiento.

Martí comparte con pasión esa repugnancia hacia la rapacidad y la dureza de los abuelos conquistadores. Cuando en su discurso del 19 de diciembre de 1889 en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York compara los orígenes históricos de la América anglosajona y de la hispana, llega a esta esquematización simbólica: "Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa".

No es una exageración retórica que se le escapa en la vehemencia del discurso. Quiere jus-

tificarla durante varias páginas de insistentes reminiscencias históricas, y dos años después aplica su idea fundamental para alertar a la Patria contra el insidioso peligro: "...sujetará nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia, que no dejará a su hora de venírsenos encima, disfrazada con el guante de la república. Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados, que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano o guante?"

Su intransigente laicicismo no puede considerarse sino como una manifestación más de esa aversión que le inspiraba el pasado colonial. Según Mañach, antes de ceder en ese punto, Martí prefirió acabar con la revista que había fundado en Nueva York para los niños americanos: "El señor D'Acosta no concebía que pudiera hacerse una publicación para niños sin inculcar desde ella algo de lo que manda Nuestra Santa Madre Iglesia. Y Martí se había negado con suave énfasis a salpicar de dogma el alma de sus lectorcitos. Cuando el próvido brasileño hizo del asunto cuestión de Estado se acabó *La Edad de Oro*". Al tratarse de la dirección espiritual de su propio hijo se le presentó el mismo conflicto: "Con tal de tener a su lado al niño, estaba decidido a todo", y la razón principal era que: "Muy desazonado le traía, a este respecto, que

su esposa insistiese, allá en Camagüey, en confiar a los jesuitas españoles la educación de Pepito".

Pero si en aquellos juicios sobre nuestro pasado colonial, Martí admite casi sin examen las ideas en boga, no sucede lo mismo con las consecuencias que forzosamente querían Sarmiento y Alberdi deducir de ellas: la urgencia, como único remedio contra nuestros males políticos y sociales, de transformar a fondo nuestra América por medio de la cultura yanqui o europea, y si fuere necesario, cambiando la raza misma por la inmigración en grandes masas.

En este punto de la influencia extranjera, Martí comienza por refutarlos tácitamente en su interpretación del carácter de nuestra guerra emancipadora. Ambos pensadores argentinos habían coincidido en considerarla como una consecuencia de "el movimiento de las ideas europeas" (Sarmiento), o más particularmente, como "una faz de la Revolución de Francia" (Alberdi). Martí afirma, por el contrario: "La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando; ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!"

Entiéndase bien: "de sí misma!" No de Francia ni del Norte. pero tampoco de España. Y es preciso insistir en esto, porque todos los escritores de sociología americana que han querido

desligar la independencia americana de la revolución liberal que conmovió al mundo entero a fines del siglo XVIII y principios del XIX, lo han hecho con la intención tendenciosa de atribuirle nuestra renovación política a las excelencias del régimen colonial *español*. Martí insiste en señalar su verdadera fuente, que es la formación original de una conciencia *americana*.

Esta existencia de una tradición *nuestra*, anterior a la independencia y divergente de la tradición absolutista y rutinaria que predominaba en la Metrópoli, es un hecho histórico cuya constatación arrastraba muchas consecuencias de actualidad. Porque dentro de esa corriente política y social constante, ya el caudillismo no podía considerarse como la manifestación de una fatalidad étnica y psicológica insuperable: quedaba reducido a una mera crisis de aquellos mismos ideales. Si para la época de la emancipación nosotros formábamos, como ya lo observaba Bolívar en su carta de Jamaica, un mundo "nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo *viejo en los usos de la sociedad civil*", tal antigüedad de nuestro orden social, civil, aseguraba por sí misma su estabilidad, y no sería necesario buscarla para la República, ni en la importación precipitada de lo extranjero, como creían unos, ni en la tutela personalista de los caudillos, como otros aparentaban creer. Ese orden civil debía reaundarse por su propio arraigo tradicional y mediante el es-

fuerzo *americano*, porque era nuestra realidad íntima y fundamental, mientras que el caudillismo que lo perturbaba no era sino una realidad superficial y episódica.

No nos dejó Martí, desde luego, este razonamiento doctrinario. Pero fijó, como hemos dicho, su punto de partida —que la tradición republicana le venía a nuestra América de sí misma— y sus consecuencias: que era una traición solapada exagerar sus problemas, así como también lo hubiera sido el negarlos, y que los hispanoamericanos podían y debían salvarse por su propio trabajo.

A este respecto la actitud de Martí frente a los Estados Unidos del Norte es decididamente adversa. Teme en primer término: "que tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil nos deje desangrar en sus umbrales para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas". Y ya en la manigua, declara en vísperas de su muerte cuánto lo ha torturado esa amenaza, que considera suspendida sobre todo el continente: "...ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo, y tengo ánimo con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin..."

Pero tanto como ese peligro declarado, o más, le preocupa el que la propia América hispana atraería sobre sí, por "andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal, o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible". Y rechaza, casi con cólera, la posibilidad de buscar nuestra redención en la imitación servil de los afortunados: "con letras de luz se ha de leer que no buscamos, con este nuevo sacrificio, meras formas ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui; sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro..."

Pero la amenaza exterior no era la única tampoco para la naciente República. Algunos patriotas, aún de los mejor intencionados, vacilaban ante otra que veían en el interior de la nacionalidad, y que también podía paralizar la empresa de la emancipación en sus comienzos, o destruirla después: "La independencia era el peligro yanqui, o el peligro negro. Ahí estaba la protesta de Maceo, cargada de ambición racista... Esa gente sólo quería la libertad para ellos..."

Hoy nos parece casi extravagante ese temor, que también apuntó en su época entre los libertadores del Continente; pero que por la misma experiencia de lo sucedido en éste, los cubanos debían considerar cosa juzgada. No era así, sin embargo; quizás porque el problema tendría en la isla peculiaridades que lo hacían más complejo. Lo cierto es que Martí tuvo que combatirlo fogosamente y, como siempre, con la palabra y el ejemplo.

Para él sí existe el peligro de la heterogeneidad social, pero no bajo aquel aspecto simple. La verdadera heterogeneidad es otra y otra es su amenaza: que "en los pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno", Y es admirable la valerosa rectitud con que penetra hasta el fondo moral del asunto: "De todos los problemas que pasan hoy por capitales, sólo uno lo es, y de tan tremendo modo, que todo tiempo y celo fueran pocos para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia".

La ignorancia y la justicia de un mismo lado, y muy amenudo a su servicio la eficacia de la acción agresiva y sin escrúpulos!

Qué advertencia para las camarillas palaciegas, que se previenen con murmullos alarmistas contra las demasías de la plebe y pretenden sofocar el problema sin resolverlo!

Cuántas sugerencias sobre la tragedia más impresionante de nuestra historia americana: esa desconcertante inversión social que se ha realizado en nombre del pueblo y no para el pueblo, sangrienta y ruinosa, y que sin embargo no osamos condenar, porque es el fruto de una culpa nuestra; de esta culpa nuestra: "la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia"!

# La Patria de los Venezolanos en 1.779

La vida de los reyes era todavía tranquila y la palabra República era tan inofensiva, que los Ministros de la Monarquía la usaban sin reparo, según su etimología, en todo lo referente a la cosa pública. Sinembargo, ya D'Alembert y Diderot habían publicado la Enciclopedia, Montesquieu su "Espíritu de las Leyes", y precisamente en el año anterior de 1778 habían muerto Voltaire y Rousseau.

Otras palabras se hicieron extremadamente peligrosas: ciudadano, derecho, libertad, Patria, eran chispas volanderas que se acogían solapadamente al diletantismo literario de los nobles, en espera de saltar a la fantasía turbulenta de un orador en ciernes, al ardor sistemático de un legista incorruptible, o sobre el rencor del pueblo, peligroso combustible.

La misma Naturaleza, cuyo reinado se parodiaba en el Petit Trianon, pudo hacerse sospechosa a los realistas de buen sentido: en su nombre Rousseau había anatematizado a la ciudad, esto es, a la Corte.

Pronto los acontecimientos iban a convertir cada una de esas palabras en campos de irreductible hostilidad.

En América, ya los Colonos del Norte habían iniciado la lucha; el Rey de Francia y luego el de España, tomaron el partido de los re-

beldes contra su primo el de Inglaterra. Una Real Orden del 18 de mayo de 1779 lo participaba al Capitán General de Venezuela, y éste, después de publicarlo por bando en la capital, envió sendas comunicaciones a las autoridades provinciales para que hicieran lo mismo.

En un borrador de la dirigida al Teniente Justicia Mayor de Coro he recogido el dato que motiva estos apuntes: después de recomendarle las medidas de prudencia que juzga convenientes, de las cuales es la principal que los hacendados estén prontos a internar sus esclavos y ganados en el caso de un desembarco enemigo, le incita a recordarles que a ello está vinculado su propio interés "y el más recomendable en los vasallos leales, de sacrificarse en servicio de Dios y del Rey".

Pero alguien corrigió, agregando entre líneas: "y de la Patria", y en el borrador definitivo quedó: "de sacrificarse en servicio de Dios, del Rey y de la Patria". (1).

Este entrelíneas, al parecer nimio detalle de simple valor pintoresco, es en realidad significativo porque denuncia la introducción de nuevas influencias en el ambiente de la Colonia, quizá todo un estado de ánimo que precedió a la Revolución y nos la explica con sugerente colorido.

"El Estado soy yo", había dicho Luis XIV, y desde entonces los dos términos, Dios y el Rey, bastaban como razón suprema para exigir el

(1) Archivo Nacional. — "Capitanía General de Venezuela. Correspondencia".

abandono de todos los intereses; ¿quién era el imprudente que se atrevía a insinuar un nuevo artículo de fe, la Patria, en el credo político de los pueblos?

Acaso el propio Capitán General.

Eralo, a la sazón, Don Luis de Unzaga y Amezaga, Brigadier de los Reales Ejércitos y Gobernador que fué de la Luisiana.

La vida del soldado lo había acostumbrado a la tangibilidad de los hechos y le hacía sonreír del poder de las palabras; por otra parte, anciano ya, bondadoso y displicente, no podía sospechar el dinamismo perturbador de las nuevas ideas; más que nuevas ideas eran para él palabras nuevas, a la moda quizás allá en la Luisiana entre ciertas personas con quienes disertó acerca de la excelencia nativa del hombre, de sus derechos naturales, de una organización social perfecta, cuyo advenimiento se hallaba ligado tan sólo muy vagamente con la destrucción de la presente.

De todo aquello quedóle el uso fácil de ciertos términos; uno de éstos, Patria, se le vino ahora a la mente, cuando revisaba el borrador de la carta dirigida a las autoridades de Coro, y puesto que era ocasión solemne en que se requería a los vasallos para la guerra, le pareció de buen tono emplearla; y ordenó el entrelíneas.

Quizás no fué el Capitán General, sino su Asesor. Conocedor consciente de todo el derecho español, bien adiestrado en las sutilezas de la jurisprudencia, a este letrado no se le escapaba el contenido preciso del término subver-

sivo; junto con Mostesquieu había leído a Hobbes, conocía el pro y el contra de la cuestión y con la dialéctica incisiva del razonador jurídico sabía penetrar toda su potencialidad. ¿Soñaba con la Revolución? ¿Veía la sangre? Seguramente no.

Entre la severa disciplina de su lógica se ordenaban con tanta seguridad las nuevas ideas, que ni por un momento imaginaba que pudieran ser rechazadas por alguien, cuando su discusión filosófica hubiese avanzado bastante para ilustrar a todos. La renovación social, la Patria, eran simples cuestiones de progreso intelectual de ilustración extensiva; las otras realidades, Rey, Independencia, eran accidentes, sombras fugaces por ahora, a las cuales la razón les asignaría más tarde un puesto adecuado.

Pero más que al Capitán General o a su Asesor, gusta nuestra imaginación de evocar al amanuense desconocido, que recibía al dictado la comunicación.

Si; fue él quien puso allí la palabra Patria. Ese mozo desasosegado y ambicioso, husmeador de inquietudes, no estaba conforme con su situación estrecha y descolorida; su hermana había tenido que hacerse monja, porque había almas caritativas que dotaban a una doncella para hacerla entrar en el Convento, pero no para casarla; su hermano menor era "oblato" en el Convento de San Francisco; aunque de familia distiguida, él no había podido seguir la carrera militar y sinembargo, tan sólo ensueños guerreros le complacían; veía una ju-

ventud ávida reclamar petulantemente la dirección del Nuevo Mundo, conquistarla en la guerra y llevarla a feliz término.

Quizá fuera ocasión para esta empresa el entusiasmo que podían despertar las ideas de los "afrancesados"; varias veces pudo asistir a las lecturas que, a puertas cerradas, hiciéronse en casa de un su primo, del "Contrato Social" o del "Diccionario Filosófico" y vio compañeros blandos y epicúreos denunciar un fervoroso ímpetu que no se podía sospechar en ellos; a veces todos se violentaban o enternecían hasta el arrebato; qué hermoso sería todo aquello en una plaza pública, en un campo de batalla!

O bien no era un José Félix Ribas frustrado nuestro amanuense. Más bien un Antonio Muñoz Tebar, retraído, pálido, de grandes ojos negros fascinados por la visión de una idea única; vida sagrada destinada a culminar y extinguirse en solos 22 años.

De todos modos, si en la Causa de residencia que debió seguirse al brigadier Unzaga por su Gobierno, se hubiese encontrado un jurista de la suspicaz penetración que demostró después contra los patriotas el Fiscal José Manuel Oropeza, no se hubiese salvado aquél de éstos o parecidos cargos:

"No puede menos que causar admiración la ligereza con que un Capitán General da cabida a una de esas palabras que puestas a la moda especialmente por autores extranjeros, no tienen todavía una significación precisa para el vulgo y pueden por consiguiente prestar-

se a las tergiversiones de aquellos espíritus inquietos que siempre están a caza de novedades para sorprender la credulidad de las personas poco cultas; por otra parte, el hecho de emplearla al lado de los nombres sacratísimos de Dios y del Rey, parecería insinuar la duda de que éstos no son ya por sí solos capaces de mover el ánimo de los vasallos; finalmente, si consideramos que esta provincia se ha señalado entre las otras de América por un espíritu de disputa, a veces alarmante, y por un afan de crítica y análisis no siempre loable, y cuán peligrosa es en materia política toda clase de innovaciones, no podemos dejar de condenar, como súbditos fieles, la inconcebible tolerancia con que un Capitán General abre la puerta a funestas influencias capaces de introducir la discordia en los dominios de S. M."

Algo más que la discordia; una guerra a muerte debía separar años después los partidarios del rey y los de la Patria; la pasión de los venezolanos llevaría a sus últimas consecuencias el antagonismo; y en 1824 a ellos correspondería decidir, con un campeón sin mancha, el "juicio de Dios" entre la monarquía y el Nuevo Mundo.

Pero en 1779 la Patria sólo se insinuaba, por primera vez, después de la invocación de Dios y del rey; era una palabra para el Capitán General; para su Asesor, la expresión metáforica del bien social; una "muchachada" lírica del amanuense que en la muelle dulcedumbre del trópico soñaba con la gloria.

# El Hijo de Agustín I al lado del Libertador

La Revolución y el Imperio fueron para Europa como días juveniles y turbulentos. Desde la prisión que sufría bajo el gobierno de Luis XVI, Mirabeau los había anunciado como una promesa exultante: "Los tiempos se regeneran, la ambición está hoy permitida". (1).

Pero después de ellos, el viejo Continente, fatigado, quería sosiego, paz. La Restauración Monárquica se apresuraba a reconstruir el cuadriculado social, resquebrajado con tanta violencia por ambiciones afortunadas.

Era preciso moderar la intervención de lo imprevisto, pábulo de imaginaciones ardorosas: la guerra le había abierto posibilidades perturbadoras, y ahora la política untuosa de las Cortas debía coordinar sus esfuerzos para hacer olvidar a los pueblos el delirio que los había agitado.

---

(1) Carta de Mirabeau a un tío suyo, citada por Ortega y Gasset. "Mirabeau o el Político", pág. 51.

Europa descansaba bajo una sombra súbita de senilidad. La ambición volvía a ser un crimen. ¿A dónde iría la juventud del mundo?

Del otro lado del Atlántico, al frente de un verdadero Mundo Nuevo, la Gran Colombia surgía, "pura y armada como Palas".

Situada entre los dos Océanos, su mano tutelaba el Istmo de Panamá, fiel de una balanza que ella se prometía mantener en equilibrio; dilataba su hegemonía hasta el extremo sur de América y sus corsarios exploraban los mares de Cuba, como avanzadas de la expedición que iba a adelantar sobre el Atlántico los principios republicanos, ya sin enemigos en el Continente.

Y... quizá... más aún!, la Libertad había venido a refugiarse en América, perseguida en Europa, su cuna ideal; pero allá quedaron espíritus vehementes que la invocaban, y quizá su retorno podría intentarse bajo la bandera de esta nación americana, que conservaba a su frente el único gran capitán que la fortuna no había derribado.

Podía venirse a Colombia la juventud del mundo. Podían venir los hijos de los viejos republicanos idealistas y los hijos de los veteranos imperiales; los que ambicionaban glorias militares y también los que soñaban normas de justicia y de tolerancia para reorganizar la sociedad; como se hubiera dicho en el lenguaje de la época: los proscritos de la Gloria y los proscritos de la Libertad.

Llegaban los jóvenes por la edad y los que eran jóvenes por el entusiasmo y por la combatividad, porque tenían fe en los ideales que la caducidad de Europa rechazaba. Venían unos personalmente; otros sólo podían seguir desde lejos la grande empresa, pero idealmente formaban también entre el brillante cortejo que acompañaba al Libertador.

Entre los primeros aparece una figura doliente y trágica: el hijo de Iturbide.

Seguramente venía, atraído como los otros por un deslumbramiento generoso, y hubiera sabido trabajar eficazmente por la patria nueva y también morir por ella. Pero, ¿qué puesto podía reclamar entre los afortunados republicanos de Colombia el hijo del Emperador fracasado?

El patíbulo conque había castigado a su padre la América republicana no podía ser un recuerdo leve para el hijo, y con semejante evocación fija en la mente era imposible moverse con gallardía entre los compañeros despreocupados y gloriosos que el destino le deparaba. No lo podemos evocar sino como una sombra desconcertante, como un personaje descentrado, cuya aparición es casi una inconveniencia, una indelicadeza.

Llegaba, además, en una hora difícil. La guerra concluía y la revolución social que por debajo de ella se había verificado apenas comenzaba a anunciarse.

Para el Libertador se aproximaba el momento de una cita indeclinable. Era preciso

desceñirse la espada y comenzar la reorganización política de aquel medio Continente, que durante la guerra se movió trás él con la docilidad entusiasta de un buen ejército, pero que ahora regresaba a las ciudades y necesitaba de nuevo leyes y magistrados civiles, disciplina y libertad.

Los que habían surgido de las últimas clases sociales y adquirieron preeminencia y fortuna durante la guerra, querían conservar estas "adquisiciones de su lanza"; para ellos la ley era un buen acuerdo entre compadres, el reparto de la nación que era botín arrebatado al enemigo.

Pero también había un pueblo entero, glorioso y miserable, que pedía pan o, a lo menos, para procurárselo a sí mismo, un poco de seguridad, un alivio de la disciplina cruel que le había hecho esclavo de las exigencias militares.

Y había otra clase de hombres: los que habían renunciado al lucro y eran sin embargo los más difíciles de satisfacer. Aquellos que creyeron de buena fe en la idea republicana y ahora no querían renunciar a ella.

Durante la Colonia lo tuvieron todo: la vida regalada, honores, predominio; y fueron a voluntad aliados o adversarios de los magistrados españoles. Todo lo tenían, pero fueron los primeros en acoger los principios subversivos, abandonaron su hacienda y su rango, y confundidos entre la tropa colecticia salieron a combatir por la República. Marchaban junto a ellos

sus hijos y sus esclavos, y en la oscura promiscuidad del Batallón se ponía a prueba cada día el sacrificio de su cariño y de su orgullo.

Pero todavía hicieron otra renuncia más dolorosa: sus ciudades. En ellas los abuelos fundadores habían arraigado, junto con las primeras obras materiales, la dignidad del gobierno en común y deliberativo, y amenudo ellas hicieron frente al mismo Rey por boca de sus Ayuntamientos; durante la guerra recibieron para gobernarlas Jefes Militares que exigían la obediencia sin examen. Las leyes fueron sustituidas por órdenes personales y perentorias, las ciudades se convirtieron en campamentos.

Así debía ser, puesto que lo exigía la Patria; pero ahora querían reorganizarlas, acogíanse a los textos legales y olvidando fácilmente la tolerante confraternidad de las armas, volvían a ser frente a los compañeros de ayer, los magistrados celosos, a la vez mesurados e irritables, siempre en guardia con un reparo jurídico o con una objeción alarmista.

En medio de los opuestos bandos estaba el Libertador. Se habían acostumbrado a solicitar de él la solución de todos los problemas y creían que también en éste podía darles una respuesta subitánea y mágica. El mismo lo creyó; toda su vida, durante esos años, se consumió en la búsqueda calenturienta de esa respuesta, de esa solución.

Pero era menester para la nueva obra que este creador renovase hasta su propia psicología.

Después de 14 años de mando absoluto era preciso aprender a consultar y a discutir. El héroe impaciente, que en los momentos desesperados de la lucha atropellaba los imposibles, debía saber también aplazar y esquivar, soslayar inconvenientes esperar oportunidades, acordar su paso con el paso tardo y seguro de la Ley y de los Magistrados.

Dura disciplina, y así, junto con el problema de aquella incoherente realidad social, el hombre elegido por árbitro debía resolver también una lucha moral no menos compleja, una crisis íntima en la cual, como por arte de una escenografía satánica, aparecieron por un momento en oposición los principios republicanos en cuyo nombre había combatido y su propia obra, su creación.

También aquí el espíritu diabólico prometíale todas las grandezas de la tierra si consentía en renegar. La consolidación de la Gran Colombia, y más allá: la Confederación de las Repúblicas Bolivarianas; el canal de Panamá; el Congreso Anfictiónico y la creación del Derecho Público Americano; la libertad de Cuba y Puerto Rico. La hegemonía de América, bajo la dirección de un Magistrado que podía renovar el concepto integral del Sabio, filósofo y hombre de acción, héroe y ciudadano.

Y para la reconstrucción de ese mundo, armonizar en una síntesis constitucional todas las conquistas que había logrado el idealismo político, pero sabiamente atemperadas ahora

por la influencia de la crítica y las indicaciones de la experiencia histórica.

Tal era el sueño. Pero cuando se trataba de darle cuerpo era preciso aceptar los procedimientos dudosos, la actitud ambigua propia del que trata de afirmarse sobre terreno movedizo: "La alianza del incensario y de la espada de la Ley"; la restricción de la enseñanza universitaria; Caracas, su patria nativa, al cuidado de Paéz... Y la Dictadura.

La opinión pública aguardaba con ansia; la oposición civil vigilaba valerosamente, pero no sin malignidad.

Cuando el Libertador acogió al hijo de Iturbide y le dio puesto al lado suyo, no quisieron ver en el joven al fugitivo de un gran infortunio que merecía respeto: era el "vástago imperial", cuya acogida significaba un desacato para la República; el heredero de otro Libertador ambicioso que se aventuró a la usurpación de la Corona; su presencia en la Casa de Gobierno tenía un sentido alarmante. (2).

(2). El año 29 Bolívar rechaza los servicios del hijo de Murat y le explica a Belford Wilson: "No sé qué decir a Ud. sobre el hijo de Murat, pues Ud. sabe las dificultades que hay entre nosotros para todo; por lo mismo podrá Ud. decir al que fué Rey de España, que me honro y agradezco por la confianza que en mí ha querido depositar poniendo a mis órdenes al sobrino del gran Napoleón y al hijo del primer soldado del mundo; que no admito este honor porque mi autoridad está para caducar en los primeros días del próximo año que se reunirá el Congreso Constituyente, en cuyas manos voy a devolver el mando supremo, bien resuelto a no admitirlo más". (Cartas del Libertador, recopiladas por el Dr. Vicente Lecuna, tomo IX, pág. 60).

Y también México veía con recelo al hijo de Agustín I al lado del Libertador, a la sazón árbitro de la política suramericana. Pero esa reclamación sí la rechazó Bolívar con energía: "Yo he dicho a Iturbide, escribe a D. Etanislao Vergara en enero de 1829, que piense en un mal que le puede venir a su familia, si continúa en nuestro servicio, pues puede perder la pensión, pero no puedo echarlo del servicio sin bajeza y pérdida de la dignidad nacional" (3).

Tenía razón el Libertador. Más aún: el único sentido que podía tener la presencia de este testigo trágico era el de una advertencia enviada por la mano misma del destino.

Cuando los romanos concedían los honores del triunfo, su celo republicano moderaba la soberbia del guerrero afortunado con el grito amenazador: "¡cuidado no caigas!"; pero, a la verdad, esta sombra que evocaba al lado de nuestro héroe el cadalso de Agustín I, debía ser una admonición mil veces más terrible.

El 13 de julio del mismo año, en una carta para Urdaneta, Bolívar le observa: "Para el proyecto de la monarquía no hay sujeto, porque yo no quiero y ningún príncipe extranjero quiere subir a un cadalso regio; y si yo me olvida-

---

(3). O'Leary, tomo XXXI, pág. 298. Y por la reclamación del gobierno mexicano véase el mismo O'Leary, tomo VII, pág. 159.

ra alguna vez de lo que dije a Bolivia, tengo a mi lado a Iturbide que me lo recordase todo los días" (4).

La oposición encontraba voces autorizadas en el extranjero. Colombia representaba entre los pueblos latinos el ensayo más afortunado de un gobierno liberal y fuerte, y aquella República que sin alterar sus instituciones llevaba sus armas triunfantes hasta el Sur y se reconstruía en lo interior, lenta pero seguramente, era un mentís mundial a las doctrinas reaccionarias. Los grandes publicistas que habían puesto en ella su fe sintieron el estupor de un golpe cuando supieron el año 26 el atentado con que Páez la escarnecía; y se revolvieron contra Bolívar cuando éste lo dejó sin castigo y aceptó la ruptura de la Constitución.

Los ataques de Benjamín Constant fueron los más dolorosos para el Dictador. Una de las muchas veces en que pide a sus amigos defensa contra ellos, dice (5): "Palacios me ha mandado de París unas contestaciones de Benjamín Constant a De Prat sobre la usurpación de mi mando y mi conducta severa en el Perú y Colombia. El dice que está de acuerdo con mu-

---

(4). O'Leary, tomo XXXI, pág. 429. Y ya en 1825 había dicho a Santander: "La muerte de Iturbide es el tercer tomo de la historia de los príncipes americanos. Desalines, Cristóbal y él se han igualado por el fin. El emperador del Brasil puede seguirlos, y los aficionados tomar ejemplo". (Lecuna, tomo IV, pág. 244).

(5) O'Leary, tomo XXXI, pág. 434.

chos amigos suyos liberales, y ya Ud. ve qué refuerzo reciben mis enemigos con tan importante autoridad. Palacios me dice que ha podido contestarle, pero que lo mejor es darlo al desprecio; y yo no pienso así, pues Constant no puede ser despreciado".

Sí; los amigos del Dictador debían apresurarse a defenderlo. Pero él también debía responder, a solas con su conciencia. ¿Por qué ahora no encontraba la respuesta límpida e irrebatible con que su valor le acompañaba antes, aún en los momentos más angustiosos de la guerra? Su correspondencia, que había llevado siempre a los amigos el requerimiento animoso, el apóstrofe fulgurante, la confianza inextinguible, se humilla ahora de continuo con la frase de desaliento, la perplejidad quejumbrosa, y hasta en los momentos más felices su fuerza es violencia y no energía.

Es que la oposición no hace sino reproducir ahora una duda que a él también lo atormentó desde el momento mismo del triunfo, cuando comprendiendo que se acercaba la hora de moderarse y abstenerse, no encontró confianza en sí para el arduo aprendizaje.

Entonces se acusó de antemano con exageraciones de despecho: "Mi horrible profesión militar me ha obligado a formarme una conciencia de soldado y un brazo fuerte que no puede manejar el bastón sino la espada. El hábito de la guerra, el servicio de los campamentos, el contacto con los enemigos, me han puesto fuera

del mando civil. Lo digo con rubor, mas debo confesarlo" (6). Y más tarde: "Aunque un soldado salve a su Patria, rara vez es buen Magistrado. Acostumbrado al rigor y a las pasiones crueles de la guerra, su administración participa de las asperezas y de la violencia de un oficio de muerte". (7).

Son cartas fechadas en La Magdalena, antes de las primeras dificultades. En 1828 reconoce que persiste la oposición que él denunció, pero en el ardor de la lucha culpa a los adversarios: "Estoy convencido de que si combato, triunfo y salvo el país, y Uds. saben que yo no aborrezco los combates; mas, ¿por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos, que se llaman libres y moderados? Me responderan a esto que no consulté a estos mismos buenos y libres, para destruir a los españoles, y que desprecié por esto la opinión de los pueblos; pero los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos, y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de repúblicanos, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar". (8).

Era la verdad. Porque le hablaban en nombre de los principios y de la Ley, estos adversa-

---

(6). O'Leary, tomo XXX, pág. 191.

(7). O'Leary, tomo XXX, pág. 222.

(8). O'Leary, tomo XXXI, pág. 92.

rios no podían ser considerados como enemigos y debían hacer dudar al Dictador.

A Páez podía amenazarlo el año 26 diciéndole: "...contra mí el General Labatut se perdió; contra mí el General Castillo se perdió; contra mí el General Piar se perdió; contra mí el General Riva Agüero se perdió, y contra mí se perdió el General Torre Tagle". (9). Pero Santander y sus compañeros se le escapan tras una barrera infrangible, y al detenerse ante ella es precisamente cuando el Libertador completa la doble e irreconciliable personalidad que había anhelado, de héroe y de ciudadano.

El dolor alucinante de dejar su obra en fragmentos lo hizo dudar; no hubiera sido tan grande el héroe sin aquella temeraria ambición que fué su martirio y su gloria. Pero, a pesar de las horas malas, su actitud definitiva no permite equívocos ni autoriza la parodia: en los momentos de desesperanza creyó en la Dictadura y la proclamó; más nunca olvidó la necesidad de fijar en leyes los principios que sostenía.

No se acogió a una doctrina para justificar *a posteriori* la usurpación, sus ideas fueron las mismas cuando Oficial subalterno en 1812 y cuando Libertador Presidente; luchó lealmente en los Congresos, y ya en vísperas de la Convención de Ocaña ignoraba los nombres de los representantes y cuáles entre ellos compartían sus opiniones.

---

(9) O'Leary, tomo XXX, pág. 286.

Aceptó la derrota cívica, y a pesar de una última reación de su dignidad ultrajada y de sus inquietudes patrióticas, miró con más horror que a la muerte el sable dictatorial que le ofrecían los triunfadores de El Santuario: "La revolución de Venezuela me ha privado del honor de dejar el mando espontáneamente. Además, la infamia de mi país nativo me recuerda los crímenes de Atenas; y esto, unido a los desastres que temo, me despedaza el corazón. Nunca he sufrido tanto como ahora, deseando casi con ansia un momento de desesperación para terminar una vida que es mi oprobio". (10).

Cuando llegó a Cartagena, camino de Santa Marta, todavía lo acompañaba el hijo de Iturbide. Así lo participa en una comunicación al Ministerio del Interior el Comisario de La Guaira, según informes obtenidos de Rafael Diego Mérida que el día anterior había llegado de Curazao: "...Que el General Bolívar quedaba en La Popa de Cartagena, donde sólo lo acompañaban sus Edecanes Wilson e Iturbide". (11).

Páez hacía espiar a Bolívar para graduar la procacidad de los ataques que le azuzaba. Diríase que con aquel detalle —Iturbide al lado del Libertador— la fortuna propicia quería tranquilizar al llanero, impaciente por repartirse los despojos de Colombia.

---

(10). "Cartas del Libertador", tomo IX, pág. 227.

(11). Archivo Nacional. "Secretaría del Interior", tomo VI, folio 229.

No se volvería atrás aquel que ya se separaba lentamente del mundo de los vivos. Lo acompañaba —a la vez apoyo y sarcasmo en la amargura de la renunciación— una sombra doliente y fatídica que llevaba en el fondo de sus ojos las imágenes de un trono y de un cadalso.

Y no era el fracaso a lo Napoleón I lo que podía intimidar, como lo pensaron algunos cándidos, a aquel grande espíritu batallador que sólo hallaba sosiego entre lo excepcional, aunque fuese lo excepcional en el dolor. Podría arredrarlo, sí, el remedo mezquino, la parodia, la tragedia de grandeza equívoca en que pereció la figura de Agustín I.

# La Casa de Anauco

Se ha observado muy amenudo que el hombre cobarde se complace en imaginar empresas arriesgadas y combates; el tímido pone su ideal en éxitos sociales o triunfos oratorios; y sueña con ser un D. Juan aquel que ni siquiera supo interesar a la inevitable prima de los amoríos infantiles.

Sin considerar esos extremos, es verdad que todo hombre lleva consigo una multitud de pequeños anhelos, que aplazados de día en día, por negligencia o por imposibilidades evidentes, por eso mismo permanecen en su imaginación como la imagen de la felicidad.

También en Bolívar se denuncia ese deseo oculto, nunca satisfecho, siempre renovado, que, como acontece en los otros mortales, se le hizo más dolorosamente seductor en los últimos años de la vida, embellecido de imposibilidad y de amargura por la aproximación de la muerte, renunciación definitiva.

Y también en Bolívar esa imagen de la dicha era la más contraria a su propia índole y a las exigencias de su vida.

En junio de 1828 decía a Briceño Méndez: "Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros. Mi médico me ha dicho que mi alma necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiese vivir ocupado en mi destino especial". (1).

Era verdad; había nacido para la lucha y la única felicidad posible para él, era la áspera satisfacción que conviene a los héroes: el predominio o la rebeldía.

Y sin embargo, cuando se abandona a sus deseos íntimos, el que más amenudo expresa es el deseo del reposo y de la dicha familiares.

Hojeando al azar un solo tomo de su correspondencia, lo encontramos repetido en cartas a Diego Ibarra de 11 de setiembre y 6 de diciembre de 1827, y en su correspondencia con el Marqués del Toro el 16 de febrero, el 22 de mayo y el 19 de julio de 1828. (2).

Pero lo que nos hace particularmente sugerente ese anhelo del Libertador, es que se halla ligado a una evocación única y constante, que debía tener entre sus recuerdos la plasticidad de

---

(1). Cartas del Libertador, publicadas por el Dr. Vivente Lecuna, tomo VII, pág. 312.

(2). Id. Id., págs. 15,94,157,291 y 358.

una visión inolvidable: para el Libertador el sosiego y la dicha se le habían quedado atrás, en su propia ciudad nativa: en Caracas, "en la casa de Anauco".

Son dos imágenes íntimamente unidas, de tal manera que podemos comprobar en su correspondencia, que nunca aparece la una sin la otra.

En la primera carta, ya citada, para Ibarra: "A principios del año próximo me marcho para Caracas, luego que se reuna la Gran Convención; ya digo a mi amigo el Marqués que compre para los dos la casa de Anauco"; en la del 6 de diciembre para el mismo: "me voy a descansar a Anauco, allá con padrino Marqués y sus buenas comidas"; y cuando le escribe directamente al anciano Prócer el 16 de febrero de 1828: "Al fin se cumplen sus deseos y los míos también: el 7 del mes que entra partiré de esta capital: iré por Apure, Guayana, Cumaná y La Guaira, donde nos abrazaremos. Juntos subiremos a Caracas y juntos viviremos en Anauco".

Cuál era, pues, la magia que encerraba para el Libertador ese fascinante rincón del Anauco?

Las ciudades de Europa representaban el recuerdo de su feliz despreocupación juvenil; del fausto, remedo de la gloria, y de sus primeras ambiciones. Las ciudades de la Nueva Granada tuvieron para él la doble generosidad del amparo fraterno en los días aciagos y del entu-

siasmo delirante para la celebración de sus triunfos. Quito fué el punto de apoyo y el trampolín maravilloso para su salto hasta la cumbre de la más alta gloria americana. Lima, la ciudad de las lisonjas y de los placeres...

Y sin emgargo, tan sólo "La casa de Anauco" vive en su memoria como añoranza indestructible.

Precisamente porque representaba la dicha inalcanzable: los afectos familiares, la intimidad espiritual, la charla sin reservas, el amor cuidadoso, honesto y desinteresado. El dios necesitaba descansar de su divinidad y anhelaba mirarse, humano, en unos ojos que acogieran su imagen con cariño y sin intimidarse.

Por eso nos parece tan acertada la evocación que de la histórica finca nos hace el pintor Oxandaberro. Sí; la casa de Anauco debió de ser en la imaginación de Bolívar ese mismo esquema que nos da el artista: una pequeña escalinata sin ninguna particularidad, pero rodeada de plantas florecidas; en lo alto, una mujer afable y señoril; tras ella la puerta insinuante, que promete la expansión y el recogimiento del hogar.

Podemos asegurar que esa mujer semi velada tiene un suave nombre: Matilde, Clara; su frente es amplia y serena como hecha para el pensamiento firme y honrado; una boca dulcísima, de sonrisa casi infantil, mitiga la fuerza con que se nos imponen sus ojos negros y su ca-

bellera negra; exteriorizan sus manos las exelencias de su espíritu y como en los versos admirables de Marquina:

"dijérais que se extienden generosas
a ordenar y nutrir todas las cosas
y que están todas al cuidado de ellas"!

Está colocada en lo más alto, para simbolizar que todo el hogar vive a su amparo.

Desgraciadamente, también para el Libertador no pasó de ser una encantadora fantasía ese cuadro de sosiego y de felicidad. No pudo volver a la casa de Anauco.

No tenía derecho, puesto que se había llamado a sí mismo "el hombre de las dificultades" y éstas eran cada vez más numerosas en la política de la Gran Colombia.

Creyó que también ahora, como durante la guerra, podía resolverlas con la improvisación genial y la acción coercitiva; el mismo Sucre le enrostraba que su retiro de la vida pública se consideraría como una deserción, y aunque él veía claramente el fin inexorable —"si deserto salgo mal, si me quedo salgo peor"— se acogió al recurso desesperado de la Dictadura.

Desde ese momento ya no hubo reposo para él: la oposición de los liberales le ataba las ma-

nos, porque era legítima (3); pero era también exagerada y cruel, y tras ella se amparaba la ambición personalista y artera.

Bolívar había confiado en Páez hasta el punto de aconsejar a sus amigos: "Mis deseos con respecto a mis parientes y amigos de Venezuela han sido y son marchar muy en armonía y enteramente de acuerdo en todo con el General Páez, sea cual fuere la circunstancia; así es que yo recomiendo a usted se lo participe a todos y que les encargue Ud. lo hagan así siempre"

---

(3). Haber reconocido esa legitimidad y haberse detenido ante ella, es precisamente la mejor prueba de la sinceridad del Libertador en sus propósitos políticos: "Estoy convencido de que si combato triunfo y salvo el país y Ud. sabe que yo no aborrezco los combates. ¿Mas, por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos que se llaman libres y moderados? Me responderán a esto que no consulté a estos mismos buenos y libres para destruir a los españoles y que desprecié para esto la opinión de los pueblos; pero los españoles se llaman tiranos, serviles, esclavos, y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos, liberales, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar". (Ob. cit., tomo VII, pág. 260). Estas palabras del Libertador son interesantísimas para juzgar su estado de ánimo en aquellas circunstancias, sus vacilaciones y, en definitiva, su buena fe y el ideal superior que perseguía; nos demuestran que no fué Santander quien lo detuvo, pero sí los principios en cuyo nombre hablaba. Para mayor gloria de ambos.

(4). Pero Páez le correspondía con la perfidia y la calumnia, y escribía a sus subordinados: "el velo se ha descorrido. El General Bolívar después de las protestaciones más sinceras de amistad y del deseo de salvar la Patria, viene con el puñal en la mano..."; "horcas y patíbulos viene levantando contra nosotros; opongámosle firmeza, lanzas y espadas..."; "Señale ésta a todos nuestros compañeros y dígales que cuento con todos, todos y que no se fíen del nombre de Bolívar..." (5). Y en 1829 preparaba así la separación de Venezuela, según carta de un empleado de su Secretaría General; "...no hay tiempo ni para rascarnos la cabeza, trabajando en esta Secretaría día y noche, y hasta la madrugada para despachar la corrrespondencia y los comisionados que van a Oriente, a Apure, al Occidente, Maracaibo y al quinto infierno; y todos quiere el General (Páez) y quiere D. Carlos (Soublette) que lleven instrucciones de-

---

(4). Carta a Briceño Méndez, fecha 6 de mayo de 1829 (O'Leary, tomo XXXI, pág. 364). En el mismo sentido: "La carta de Páez tiene un leguaje sincero y varonil" (pág. 247); "Estoy encantado por la conducta del General Páez" (pág. 317); "Más vale estar con él que conmigo, porque yo tengo enemigos y Páez goza de opinión popular" (pág. 336).

(5). Carta de Páez para el Coronel Cornelio Muñoz, citada por el Dr. Vicente Dávila en "Próceres Merideños", pág. 259.

talladas para obrar cortando todo nudo que encuentren; y han de llevar escritos de aquí los pronunciamientos que deben hacer las municipalidades, las juntas de Caserío y todo Dios; porque conviene que vengan todas, todas, todas las Actas, sin quedar un rincón que no pida tres cosas, a saber: nada de unión con los reinosos; Jefe de Venezuela el General; y abajo D. Simón. Todo el mundo debe pedir esto, o es un enemigo, y entonces..." (6).

---

(6). Archivo Nacional, "Archivo Blanco-Azpurúa", tomo III, folio 121. Y puede juzgarse como serían los pronunciamientos remitidos por la Secretaría del General Páez, por la representación que en nombre de los vecinos de Escuque hace Francisco A. Labastidas en febrero de 1830, acerca de los procedimientos del Jefe Militar del Cantón: "Las mismas Asambleas Populares han sido juguetes de su insolencia, pues ha pretendido que firmen los ciudadanos no lo que realmente han dicho y acordado en sus reuniones, sino algunos papeles que a su modo escribía él en su casa, amenazando con sus terrores a los que no querían obedecer. Y será tener libertad esto, Exmo. señor? Podrá hablar con libertad un pueblo que en el momento de reunirse ve formado en la Plaza un Escuadrón de caballería y una compañía de fusileros? Si el contenido de los papeles que el Sr. Cegarra quería que firmásemos hubiesen sido algunas quejas justas y fundadas, para comprobar nuestro pronunciamiento, en buena hora que insistiese; pero querer que suscribiésemos una multitud de dicterios, injurias e insolencias contra el General Bolívar, no nos pareció regular, porque hemos creído que podíamos desconocer su autoridad y tratarla con decoro" (Archivo Nacional, "Secretaría del Interior y Justicia", tomo V, folio 421. Publicada en el Boletín del mismo Archivo, Nº 37).

El procedimiento culmina con el afrentoso decreto que expulsa al Libertador. Ya no volvería a la casa de Anauco.

Camino del destierro, alguien lo vio en Barranquilla en situación que parece una alegoría terrible: "Bajó la escalera apoyado en el Capitán Iturbide, su Edecán..." (7). Amargo descenso, en que le servía de apoyo un extranjero marcado con un signo funesto, el hijo del fracasado usurpador mexicano!

Y cómo contrasta esta escalera, a cuyo pie le esperaba la muerte, con la escalera perfumada y acogedora de su casa de Anauco!

No volvería a ella.

Su anhelo de reposar en su Caracas querido ya no podía encontrar otra expresión que la que le dio en su testamento: "...que después de mi fallecimiento mis restos sean depositados en la ciudad de Caracas...".

Y también para la realización de este deseo el odio lo hizo esperar durante 12 años.

"...que después de mi fallecimiento mis restos sean depositados en la ciudad de Caracas..." Hoy, desde la altura donde descansan sus cenizas se domina el vergel floreciente que

---

(7). "El Ocaso de Bolívar", por José Ignacio Méndez, pág. 101.

riega el Anauco al norte de la ciudad; y allí, tentadora siempre como un refugio para la serenidad y el amor, la casa que él recordó hasta los últimos días de su vida.

"La casa de Anauco", el único lugar del mundo capaz de atraer hacia la humildad y el abandono al infatigable combatiente.

# Cuando el Maestro del Libertador quiso ser el Maestro de "Los Niños Pobres"

Cuando Bolívar se encontraba en la plenitud de su poder y de su gloria lo llamó al lado suyo y le reconoció sobre sí mismo "un derecho imprescriptible, privativo a todo".

Pero D. Simón Rodríguez no quiso seguir siendo sino el Maestro. Sólo que si antes lo fué del joven mantuano criollo, que reunía todos los privilegos para ser el Emilio ideal, según las teorías de Rousseau, ahora su ambición más amplia y más generosa escogió otro camino: quiso ser el maestro de "los niños pobres".

Muy conocida es la carta en que el Libertador le da la bienvenida a América, en 1824:

"Ud., maestro mío, cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! con qué avidez habrá Usted seguido mis pasos, dirigidos muy anticipada-

mente por Usted mismo! Usted formó mi corazón para libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Usted me señaló. Usted fué mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede Usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Usted me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Usted me ha regalado: siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, Usted ha visto mi conducta: Usted ha visto mis pensamientos escritos: mi alma pintada en el papel; y no habrá dejado de decirse: "todo esto es mío! yo sembré esta planta: yo la regué: yo la enderecé cuando tierna: ahora robusta, fuerte y fructífera, he ahí sus frutos: ellos son míos: yo voy a saborearlos en el jardín que planté: yo voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos: porque mi derecho es imprescriptible... privativo a todo".

"Si, mi amigo querido, Ud. está con nosotros: mil veces dichoso el día en que Ud. pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia...".

Es el testimonio de Bolívar. Y sinembargo, muchos de los estudios biográficos que se han publicado acerca de D. Simón Rodríguez, nos hacen pensar: ¿pero es que verdaderamente

merecía ese puesto eminentísimo que le reconoce el Libertador?

Nunca hizo nada por sí mismo y su vida es una serie de fracasos lamentables, a veces grotescos. ¿Es posible admitir que aquel soñador excéntrico, que jamás dominó su propio destino, ejerciera influencia alguna sobre el espíritu del héroe, cuya característica más notable es, por el contrario, la disciplina y la constancia, el querer inflexible e infatigable, el saber *pensar* y el saber *hacer*?.

Esta aparente contradicción se resuelve si nos apartamos de la vida anécdotica de D. Simón Rodríguez, que es la ha tentado casi exclusivamente a sus biógrafos.

Como sucede con todos los inadaptados, la verdadera vida de Rodríguez es la de sus pensamientos. Allí está su espíritu, y no en los sucesos exteriores, entre los cuales va dando tumbos su desconcierto.

Allí sí encontramos, vivientes, esas "grandes sentencias" que, según el discípulo, habían formado su corazón "para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso".

Más todavía; podemos hacer un insospechado descubrimiento: que las lecciones del maestro fueron, sobre todo, incitaciones a la acción, normas de tenacidad y de paciencia; y que eran las que mejor podían adaptarse a la

índole de Bolívar y a la obra que le estaba reservada.

Unas de las máximas que más me han sorprendido por esas características, es la siguiente: "el camino de la perfección se compone de modificaciones favorables".

Me parece un programa sagaz y completo de cultura moral.

"El camino de la perfección se compone de modificaciones favorables". Frente a Bolívar niño, ante cuya rebeldía naciente había fracasado la cordura y la ciencia de su tutor, el venerabilísimo Licenciado Miguel José Sanz fué sin duda aquella máxima la norma de tolerancia que a sí mismo se impuso D. Simón Rodríguez. Y si fué entonces cuando por primera vez la formuló, cómo nos sugiere toda la fé que el oscuro y ambicioso pedagogo ponía en su predestinado discípulo!

Sí; "el camino de la perfección se compone de modificaciones favorables"; y así se llega a transformar el niño irrascible y testarudo en el hombre paciente y sufrido, que con estas virtudes realiza una empresa de 20 años de lucha!

No podemos aspirar a un "estado de perfección", pero sí debemos imponernos un "camino de perfección"; admirable concepto, activo y práctico, de la perfectibilidad, que era sin duda el único capaz de regir el desarrollo espiritual del futuro Libertador.

Aquella lección puede, además, acompañarlo toda la vida. Porque es la mejor explicación —y la esencia— de la virtud que el hombre debe cultivar como base de todas las otras: la constancia.

Me parece que Bolívar no hace sino repetirla cuando en 1823 afirma a propósito de una operación militar: "las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces: es decir, que la primera enseña la segunda".

No dos veces, muchas, muchísimas veces tuvo él que recomenzar su obra durante aquellos 20 años! No dos veces, sino muchas, muchísimas veces, tenemos todos los hombres que recomenzar la ejecución de nuestros propósitos; quizá recomenzar la vida misma, cuando el destino hostil, o nuestras propias flaquezas parecen habernos arrebatado para siempre el fruto de nuestros empeños.

Tanto la observación de Bolívar, como la de D. Simón Rodríguez, son, pues, de aplicación indefinida y universal. Traducidas de su generalidad filosófica a la práctica cotidiana, ambas significan lo mismo: nunca consideramos el suceso adverso como un fracaso total; la persistencia del infortunio puede ser anulada por la persistencia de la acción y de la fé; que no nos arredre el fracaso, porque "las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces"; que ni siquiera nos desaliente nuestro propio desa-

liento, porque "el camino de la perfección se compone de modificaciones favorables".

Y he aquí cómo, según ya he dicho, la máxima de Rodríguez es, a la vez, una norma de tolerancia y un sabio y amplio programa de cultura moral.

Guardo para comentarla en estudio aparte, esta otra de sus observaciones: "Por cálculos no dispone el hombre de sus pasiones; la filosofía consiste en conocerse, no en contrahacerse".

Es también, hasta cierto punto, la aplicación en nuestro mundo íntimo de "las modificaciones favorables", en las cuales consistía, según sus palabras, el lento camino de la perfección.

Copio estos pensamientos de D. Simón Rodríguez de la obra que publicó por primera vez en 1830 con el título "El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social". Y a los que no conocen la obra debo advertir que los comentarios que hago son imprescindibles, porque Rodríguez ni se preocupó en ella de sistematizar la expresión de sus ideas, ni tampoco lo hubiera logrado quizá.

A los que querían imponer medida a la actividad del genio, les responde con esta mordaz advertencia: "Todos saben que el que no hace

nada, no está expuesto a reconvenciones, porque nunca yerra; la inacción es un yerro que vale por muchos."

Igual penetración en el juicio cuando desciende a las situaciones particulares. Para muchos, la persistencia de Bolívar en la acción política después de consumada la independencia, sólo podía explicarse por ambición o por soberbia. Don Simón Rodríguez en nombre del Libertador contesta: que él "sabe que no puede *SER* más de lo que es; pero si que puede *HACER* más de lo que ha hecho".

Ni el propio Bolívar encontró en aquellos años de combate una réplica más justa, para distinguir entre la egoísta temeridad que algunos le enrostraban y el verdadero sentimiento que lo dominaba: la generosa ambición de dar vida a sus vastos proyectos y de servir con ellos a la América.

Hermoso es el requerimiento que lanza en nombre de los niños. En nombre de los *"niños pobres"*, según puntualiza como viejo jacobino: "Entre tántos hombres de juicio, de talento, de algún caudal, como cuenta la América!... entre tántos bien intencionados!... entre tántos patriotas!... (tómese esta palabra en su sentido recto) no hay uno que ponga los ojos en los niños pobres. No obstante, en éstos está la industria que piden, la riqueza que desean, la milicia que necesitan, en una palabra... la Patria!".

Muchos años después, a fines del siglo, todavía necesita Martí advertirle a los gobiernos de América: "De todos los problemas que pasan hoy por capitales, sólo uno lo es, y de tan tremendo modo, que todo tiempo y celo fueran poco para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia".

La ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia: los niños pobres!

# D. Simón Rodríguez, psicólogo

"Conócete a tí mismo" es una de las máximas más antiguas de la sabiduría occidental. Pero todos los sistemas filosóficos que se desarrollaron después de ella, extraviados por una veneración exclusivista de la inteligencia y por la temeraria confianza de que dominaría al fin en nuestro espíritu, le dieron a aquella máxima sibilítica la interpretación más simple: "Conócete a tí mismo" significó siempre para la moral europea, el deber de descubrir nuestras pasiones para imponerles el yugo de la razón, destruyéndolas si fuese menester.

La interpretación inmediata debió ser, por el contrario, una enseñanza de respeto y de prudencia: "conócete a tí mismo", esto es, no nieges tus pasiones, aprende a utilizarlas según su índole; no te avergüences de ellas, quizá ellas aspiran a un fin superior que tú mismo ignoras; la armonía del hombre consigo mismo y con el Universo es labor menos de la fuerza que del conocimiento, y puesto que no puede ser lograda sino por la obediencia a las leyes de la naturaleza, comienza tú por acatar las de tu mundo interior y su compleja realidad.

Quizá partiendo así de un conocimiento verdaderamente integral de nosotros mismos, se hubiera podido fundar una ética más eficaz.

Pero las cosas sucedieron de otro modo: el hombre necesitó crear la moral antes de saber psicología, y se acogió al procedimiento mas sencillo: perseguir las pasiones, que eran el elemento díscolo; endiosar la razón, depositaria única del bien y de la serenidad.

¿A dónde vino a parar el petulante propósito? En una sarcástica paradoja: las pasiones, emplazadas así para un servidumbre definitiva, quedaron desligadas del adversario que pretendía combatirlas y siguieron ejerciendo su imperio sin límites. Los intolerantes sistemas que se les enfrentaban no reconocían su importancia; pues bien, ellas los plegaron de tal manera, que todos concurrieron a su satisfacción.

¿No basta para probar esto, recordar todas las guerras que se emprendieron y todos los atropellos individuales que se han cometido, en nombre de Dios y de la Patria y del Bien Social y de cuantos deberes inventó el hombre?

¿No vemos por debajo de esas violencias así santificadas, el odio y la codicia y la concupiscencia y la ambición egoista, todos los malos sentimientos que las atizaban y que en nombre de los ideales más puros que el hombre creó, banqueteaban a sus anchas?

Extravío de las pasiones y diabólico artificio con que burlaron la inteligencia del hombre, desnaturalizando las mismas normas destinadas a esclavizarlas.

Lo vemos en grande en los fenómenos sociales, pero tiene la misma evidencia cuando hurgamos en los pormenores cotidianos de nuestra vida. Se desdeñó el sentimiento y se estaba seguro de dominarlo a la postre; pero el duendecillo escurridizo se mezcló en todo, tergiversó sutilmente todas las ideas que contra él se inventaron y todas han servido en su provecho.

Cuántas veces hemos comprobado que la inteligencia no hace sino repetir y aderezar los argumentos que la pasión le dicta?

Para expresar esto, la psicología, que no quería desilusionar a la moral antigua, inventó una disonancia de términos: la "lógica pasional", forma ingeniosa de introducir en un concepto caduco —el de la lógica como facultad superior de juzgar— la realidad palpable de la pasión dirigiendo nuestra vida.

La expresión "lógica pasional" es un acoplamiento absurdo y destaca el contrasentido que pretende disimular. Porque la lógica era precisamente lo no pasional, el principio analítico y ponderoso en el cual confiaba la moral para dominar la pasión. La razón, la diosa de la serenidad y del bien, resulta ser una estatua vacía, y por su boca nos habla una bacante.

La interpretación viciosa del "conócete a tí mismo" comenzó en el propio pueblo que puso la sabia divisa sobre uno de sus templos.

Según Sócrates, el hombre no puede menos de poner en sus actos el orden que reina en su pensamiento. Ilusión intelectualista. El griego

lo que hizo fué poner en sus actos el orden que reinaba en sus sentimientos. La armonía de su intelecto fué producto y no causa de esa armonía de su vida afectiva, puesto que ésta fué anterior y primordial.

En efecto, una de las características que se han señalado en la moral griega, es la ausencia en ella de pasiones prohibidas, de sentimientos bochornosos, y esto se aprecia en las creaciones más antiguas de su mitología y de su literatura.

Hasta la impiedad, la rebeldía contra los dioses, fué glorificada en la vida misma de ellos: Júpiter no era sino un rebelde afortunado; usurpaba el trono de su padre Saturno. Frente a él, Prometeo encadenado no sufría el castigo de una falta moral, sino simplemente las consecuencias naturales de su derrota y de la cólera del vencedor.

Participaron sus Dioses de todos los sentimientos de los hombres, incluso del miedo y de la ternura, y eso prueba que para los griegos no hubo sentimientos vedados, ni siquiera esos dos —el miedo y la ternura— que como demostraciones aparentes de un ánimo blando, son las que más alarman la tosquedad de los pueblos primitivos.

Los héroes de la Iliada eran accesibles al terror hasta el punto de confesar que le flaqueaban las poderosas piernas; el irascible Aquiles llora enternecido cuando muere el amigo de la infancia; Odiseo, alma inquebrantable, de regreso de su Itaca querida, tiene valor para negarse a las caricias de la esposa y del hijo en quienes

ha pensado sin tregua 20 años, pero se le saltan las lágrimas cuando su perro le reconoce.

Esas son pruebas de una riqueza de la vida afectiva, de una libertad sentimental sobre todo, que no han tenido iguales. Cuando encontramos manifestaciones semejantes en otras literaturas, no es difícil descubrir la copia, la afectación o el alarde romántico; artificio siempre.

Porque el griego no tuvo miedo a ninguno de sus sentimientos, éstos se le educaron equilibradamente, sin el constreñimiento deformador de normas preconcebidas. Me atrevería a pensar que el "conócete a tí mismo" no fué inicialmente para ellos, sino una admonición de respeto a la libertad de la naturaleza humana; y la segura conciencia de esa libertad íntima, es la que se refleja después en la armonía espiritual de aquel pueblo privilegiado. (1).

El ideal sería arrebatar al secreto de nuestra vida psicológica, la clave de esa disciplina integral de las fuerzas humanas, que hasta ahora

---

(1). Sócrates mismo, cuando se limitó a la interpretación de la máxima esculpida en Delfos, reconoció que ella ordenaba la conformidad del individuo y de su obra con su propia índole. Cicerón extremó después ese principio, considerándolo como un deber de fidelidad a nuestro carácter. Pero con esto lo desnaturalizaba, porque convertía en un motivo de soberbia estoica (juicio sobre el suicidio de Cantón) lo que para la sabiduría griega fué simple conformidad con el orden de nuestra naturaleza moral y la necesidad de sus leyes. La cita de D. Simón Rodríguez que hago más adelante me parece representar un justo medio, que se separa por igual de las ilusiones intelectualistas y de la voluntariedad demasiado sencilla del romano. Me propongo estudiarla también en relación con las ideas de Fourier y con el sistema de educación negativa que entusiasmaba a Rousseau. Pero será en otro ensayo.

sólo se ha realizado como a merced del acaso y por felices coincidencias, y aplicarla según los ideales contemporáneos.

Esa orientación adecuada de los *sentimientos* humanos, que es excepcional en el pasado de la humanidad, ¿podrá convertirse en objeto de la educación y nos dará la base de una armonía superior del espíritu humano? Este es quizás el problema más interesante en que encontrará aplicación la psicología moderna, orientada ya en la investigación de esa raigambre afectiva de nuestra vida moral.

Interesa no solamente a la pedagogía —y ya esto sería mucho— sino a todos los problemas sociales y morales que tienen como eje un conocimiento más completo de la naturaleza humana.

Ya se busca la solución de uno de esos problemas en el sentido indicado: me refiero de nuevo al problema de la guerra. ¿Por qué se perpetúa la guerra, si unánimemente se la reconoce como un residuo de la barbarie primitiva y nadie cree hoy en las pretendidas virtudes que ella puede engendrar? ¿Por que se perpetúa, si todas las religiones y los sistemas morales condenan la muerte del hombre por el hombre? La estadística nos hace palpar hoy el pavoroso balance con que terminaron los últimos conflictos, y una experiencia multisecular demuestra que la guerra no soluciona ninguno de los problemas que la provocan. ¿Por qué no puede nada contra ella la protesta de los pueblos, que la sufren no ya como un azote eventual, sino como una zozobra cotidiana que, aun en medio

de la paz, los condena a dispendios extravagantes?

Ya sabemos —sí— que hay causas históricas, económicas y sociales que la sostienen. Pero también hay, sabre todo, una causa psicológica. Y es que el hombre, al condenar la guerra en nombre de Dios, del Bien y de su propia utilidad, no tocó el mal que arraiga desde hace siglos en nuestra vida afectiva: en el hecho de que, junto con el amor a su Patria se le inculca al niño el odio contra la Patria vecina; que en la idea de Dios se incluye la intolerancia contra la creencia de su prójimo; y cuando se le habla, por ejemplo, de sus deberes ciudadanos, se le deja sentir que no puede cumplirlos sin apoderarse de una cachiporra para hacer triunfar contra todos su opinión.

Así hemos dejado en la base de las nociones morales que creemos más elevadas, las pasiones que son irreconciliables con ellas.

Por eso, como he dicho, los deberes más puros que el hombre ha creado, no han servido sino para satisfacción de las pasiones que en su molde vacío se introdujeron subrepticiamente.

Descubierto hoy aquel terrible olvido de nuestra simpleza intelectualista, la lucha contra la guerra se traslada, sobre todo, a la escuela, al hogar, y a un terreno práctico de acercamiento comprensivo entre los diferentes pueblos. Esto es, los sentimientos obsoletos se combaten con nuevos sentimientos; se reconoce que "no se destruye sino lo que es reemplazado": los odios y los apetitos que nos legó el pasado, sólo per-

derán fuerza activa cuando sean sustituidos por ideales constructivos que posean un contenido pasional idéntico o superior al de aquellos.

Hace mucho tiempo que por el cultivo de los sentimientos de tolerancia, Dios ha cesado de ser un pretexto para la matanza del hombre. Otra causa de guerra desaparecerá cuando también la idea de Patria contenga aspiraciones verdaderamente elevadas, bastante poderosas para separarla de las pasiones elementales que la convirtieron en un ídolo sanguinario.

Pero me he alejado del tema principal de mi estudio: la interpretación del "conócete a tí mismo".

Quería apuntar que D. Simón Rodríguez nos ha dejado en ese sentido un pensamiento que puede considerarse como una intuición genial, sobre todo porque es anterior a todos los descubrimientos, que sobre la importancia de la vida afectiva, realizó en el último siglo la psicología, la novela, el drama y la crítica de los libros de *Memorias* y *Autobiografías*.

"Por cálculos no dispone el hombre de sus pasiones. La filosofía consiste en conocerse, no en contrahacerse", nos dice el sagaz maestro del Libertador. Máxima profunda, que oponiendo el conocimiento de sí mismo al vano empeño de modificarnos según reglas intelectualistas, restituye quizás al pensamiento griego su verdadero significado y merece sustituirse a la interpretación tradicionalista.

"Por cálculos no dispone el hombre de sus pensamientos. La filosofía consiste en conocer-

se, no en contrahacerse", esto es, respetemos las fuerzas vivas de nuestro espíritu; aprendamos a conocerlas y a orientarlas de manera adecuada. La pasión es inseparable de nuestra vida, es la base misma de todo impulso vital; pero todas las pasiones pueden ennoblecerse por su adaptación a una noble finalidad.

Decía que la máxima puede considerarse como una intuición genial; pero quizá fué, en realidad, y mejor que eso, una observación directa que el maestro hizo sobre su predestinado discípulo.

Podemos imaginar el volcánico rebullir de pasiones en que debió de manifestarse durante su adolescencia la psicología del futuro Libertador. Frente a ese desconcertante y continuado emerger de fuerzas sin empleo, ¿qué hubiera podido hacer un tutor timorato, guiado por el propósito de reducirlas a la voz de la razón?

Parecía insensato dejar en libertad aquella juventud enloquecida por un infatigable y temerario anhelar sin objeto; pero, ¿no era más insensato aún, ofrecerle únicamente el molde tacaño de las perspectivas que entonces correspondían a la vida rutinaria de los criollos americanos?

Perplejidad abismática, torturante para el maestro que sin aparentar un cuidado excesivo por la educación de su indómito Emilio, ponía en ella, sin embargo, todo el ardor de su filosofía rouseauniana.

Desde lo más íntimo sacó entonces la sentencia clarividente que le indicaba el justo me-

dio: "Por cálculos no dispone el hombre de sus pasiones. La filosofía consiste en conocerse, no en contrahacerse".

A partir de este momento, cada acto del discípulo debió de levantar en el maestro la emoción de un experimento delicadísimo y de importancia sin igual.

¿Qué hubieran pensado de aquel programa educativo sus prudentes conterráneos?

—"Ah, loco D. Simón Carreño! ¿Acaso no es la base de toda sana educación considerar al discípulo como dúctil cera entre las manos del maestro? ¿No nos dice Santo Tomás que educar es moldear las almas? Ah, loco Robinsón! Aquel impetuoso adolescente que se le confiaba era como un barquichuelo equipado con el velamen de una fragata. Y él pensaba abandonarlo sin dirección a los vientos tempestuosos que comenzaban a desatarse!".

Así hubieran pensado en nuestra recatada Provincia de Venezuela. Pero al loco y cariñoso pedagogo su intrépida fantasía la anticipaba la visión del triunfo que le esperaba.

Aparentemente no hacía sino abandonar a sí mismo al joven huérfano que se le había confiado. A veces, peor todavía: asociarlo a su insensato vagamundear. Sinembargo, algún día el discípulo, ya en una combre vertiginosa de poderío, y más que nunca rebelde contra todo, le reconocería al humilde maestro:

—"Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo se he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fué mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa..."

# La Conversión de D. Simón Rodríguez

Pocas veces los que han sido fervorosos creyentes alcanzan un sereno escepticismo. Es fácil observar cómo, desde lo más íntimo, dijérase que les sube un amargo despecho, muy semejante al que producen los desengaños del amor humano; su fé, soterrada y no extinta, se denuncia por la blasfemia, delectación absurda de provocar al Dios que niegan.

Cuando los franceses durante el siglo XVIII comenzaron a apartarse de "la fe de sus mayores", mientras la innovación no salió de los salones aristocráticos usó palabras mesuradas. El mayor peligro para la impiedad hubiera sido caer en el ridículo del exceso, pues desde hacia mucho tiempo ya la fe no era en aquel ambiente una cuestión capital, ni Dios pesaba sobre las conciencias como un tirano omnipresente. La negación debía conservar el tono de cualquiera otra impertinencia cortesana y más bien deseábase atenuarla con un cortés deísmo. Era una moda más, simplemente; podía usarse en ella

cierta ostentación, pero no tanta que la hiciese detonante y vulgar.

Otra cosa sucedió cuando el análisis destructor revolucionó la ingenua credulidad popular. Tratábase aquí de una liberación súbita, plena de ímpetu pasional; el plebeyo no podía ser escéptico, sino ateo combativo y sin miramientos. Se manumitía con rencor y con jactancia, desafiando a los opresores de la tierra y también al terrorífico fantasma celeste, imperante todavía en el fondo de su corazón.

Ese fué el ateísmo de exportación, negación paradójicamente entusiasta y fecunda, que tuvo trascendencia universal vinculada a la renovación política.

Entre los espíritus inquietos que lo adoptaron como una síntesis de todas las rebeldías, uno de los más interesantes en nuestra América es el del futuro maestro del Libertador, D. Simón Rodríguez.

Podemos imaginar cuán bien injertaría en la acritud natural de su carácter aquel nuevo motivo de fanfarrona declamación, y cómo se derramaría ésta cuando, maestro joven todavía, paseaba a su predestinado Emilio por la Italia, plena de tan contradictorios recuerdos.

Precisamente, quizá lo que mejor prueba la despreocupación íntima de Bolívar ante el problema religioso, es no haberse dejado influenciar por el jacobinismo del maestro. Muchos años después, el Libertador repite amenudo, casi al pie de la letra, máximas de Rou-

sseau: son reminiscencias de sus pláticas con aquél que desde las playas del Viejo Mundo continuaba guiando sus pasos en la América, según la hermosa lisonja con que le dió la bienvenida a D. Simón. Sin embargo, nada indica en él vestigios de la crisis religiosa que pudo levantar en su ánimo adolescente la militante irreligiosidad de Rodríguez. Sobre una imperturbable indiferencia debió deslizarse allí el empeño del maestro, y una irónica ecuanimidad fué seguramente la actitud invariable del discípulo, que así pudo escapar libre de toda vehemencia en la afirmación o en la negativa.

Pero nos alejamos de nuestro propósito inicial: preguntarnos cómo pudo D. Simón Rodríguez alcanzar muerte católica.

El hecho consta en su partida de defunción. ¿Cuál fué la insospechada vía por donde regresó el negador hasta las puertas de la Iglesia?

No es difícil reconstruir su vida en el pueblo de Amotape, costa del Perú, donde fué a morir.

Viejo ya, pero siempre soñador y orgulloso, proponíase en este forzado retiro ordenar y escribir sus alucinantes proyectos, que debían revolucionar la Pedagogía y la Moral, la organización familiar y social, el Gobierno del mundo!

Mezquindades y envidias —pensaba— los arruinaron cuando hubieran podido triunfar al amparo de Bolívar. Ahora, quizá él mismo no estuviera destinado a realizarlos; pero cuando

la imprenta los hiciera conocer un día y espíritus imparciales pudieran juzgarlos, reconocería se que no por una fortuita aproximación tomaba puesto D. Simón Rodríguez en la Historia como guía del gran Libertador. Este le confesaba: "Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso". Ah!, si hubiera prosperado aquella posibilidad que antes jamás se presentó en pueblo alguno: tras el *fiat* que el discípulo hacía caer sobre la América, el maestro filósofo dictando la organización social del mundo nuevo!

Estas fulgurantes evocaciones no bastaban, sin embargo, para disimularle la monotonía y pobreza del pueblo, somnolente grupo de casas acorralado entre las rocas calcinadas de aquel litoral del trópico.

Una desesperante impresión de destierro lo acongojaba cuando veía pasar los lugareños de figura desdibujada y torpe, vestidos siempre de color pardo, sumisos y tristes, sombras indistintas en un mundo incomprensible.

Para rehuir esa visión, ocupábase asiduamente en sus manuscritos. Pero casi nunca lograba un trabajo metódico; pasaba el día monologando entre la balumba de sus ensueños, sin lograr reducirlos a la expresión escrita.

—Vaya!, él, el creador, el hombre dinámico que hubiera podido seguir sin fatigarse la ambición temeraria de su discípulo, reducido a aquel papel de amanuense!

Ya por la tarde abandonaba la pluma, entre colérico y mohíno, y salía a la puerta de la casa, con la esperanza inconfesa de encontrar un interlocutor en quien descargar aquella tormenta íntima. Pero siempre los mismos labriegos, en cuya indiferencia el único sentimiento perceptible era una irreductible desconfianza de bestias tímidas.

El Cura! No lo había visto D. Simón hasta la tarde en que lo topó bruscamente durante su pasco campesino, en una revuelta del camino. Era también un viejecillo, que D. Simón abarcó y juzgó con una sola mirada: los ojos inteligentes, el ademán fluido y sosegado, figura vivaz y bondadosa, que por eso mismo puso en guardia al jacobino irascible.

Al momento adivinó la posibilidad del amigo comprensivo, para el diálogo a través de los campos, a la caída de la tarde; pero:

—Ya!, ya sabemos lo que puede esperarse de ellos; mientras los poderosos no los llaman para pagarles sus absoluciones, todos conservan esa figura mansa. Saben que un día se les necesitará para cohonestar la explotación de los desvalidos, y entre tanto se dedican unciosamente a perpetuar la sumisión, la intolerancia, el oscurantismo. Y no dejará éste de conocer mis opiniones filosóficas y sabrá que no puede embaucarme!

Así juzgaba; y sin embargo, por aquel mismo camino, un mes más tarde, paseábanse juntos D. Simón y el Cura.

## II

Dios risueño y acogedor el de las Iglesias campesinas!

Se le piden milagros sencillos: la salud, la protección del ganado y de las cosechas, la lluvia y, por alguna moza acongojada, el amor fiel.

Las ofrendas son pobres: el mantel bordado para el altar, aceite para la lamparilla, cabelleras infantiles, flores.

Puédese enternecerle con inocentes zalamerías: si se trata de un enfermo y fracasan los emplastos familiares y las yerbas del empírico, se invoca a Dios: "Señor, tú que sabes más que todos nosotros!"; cuando se llevan al mozo en la recluta y no escuchan los ruegos de la madre, ésta invoca ante el altar: "Señor, tú que puedes más que todos los poderosos de la tierra!" El buen Señor Omnipotente accede al halago pueril, y consiente en suspender la inflexibilidad de sus leyes.

¿Qué hay de común entre esta fe sencilla y el insolente aparato de dominación, levantado a nombre de Dios en las ciudades? Esta amistosa convivencia con poderes tutelares y ultraterrenos, ¿no es más bien una poética reconstrucción del paganismo?

Y sin duda, el alma pusilánime de los campesinos, envilecida por siglos de sumisión bajo

autoridades brutales, encuentra verdaderamente un instante de liberación y de nobleza frente a ese poder celeste, tan dulce, tan asequible.

Tales eran las reflexiones de D. Simón, para justificar su transacción con "el clero"; la charla diaria con el Cura, que ya se le había hecho imprescindible.

Llegaba hasta tolerar que aquel bueno de D. Rafael —así se llamaba el sacerdote— aventurase solapadas tentativas de catequizarlo. Cómo si este clérigo de aldea (inteligente, eso sí, pero tan cándido!) pudiese hacer vacilar sus convicciones filosóficas!

Gozaba además en esa lucha, acechando cualquier desliz dialéctico de su antagonista para lapidarlo con sarcasmos amistosos. Huía corrido el Cura y quedaba triunfante el juicio analítico y racional. Con más frecuencia lo atrapaba cuando el afán de "tocarle el corazón", hacía caer a D. Rafael en alguna simpleza.

—Sabe Ud., D. Simón. Ayer estuve meditando mucho tiempo sobre las creencias religiosas del Libertador. Yo creo firmemente que fué un sincero creyente... Pero, bueno, dejemos eso, que ya lo hemos discutido bastante... Precisamente los argumentos de Ud. me preocupaban todavía cuando me recogí por la noche. Y tuve un sueño, tan claro, tan ordenado, que si no fuera soberbia en mí darle sentido divino, yo juraría que era una visión permitida por Dios mismo. Quizá por lo que pudiera ayudarme para la salud espiritual de Ud. Vi al Libertador: llevaba un magnífico uniforme semejante al de los

Tenientes Generales, al cinto la espada que le regaló el Perú, montaba el caballo aquel que tanto quería, el Palomo, recuerda Ud.?, los bordados de oro sobre el pecho...

—Perdone Ud., Don Rafael. Recuerdo una duda grotesca que siempre me asalta cuando oígo hablar de apariciones y se describen sus trajes, como Ud. lo hace ahora. ¿Es que esos trajes —y ese caballo, esos bordados, en este caso— son también de naturaleza espiritual, acaso las almas de los trajes que usó en vida el aparecido? O será que el alma del difunto, antes de hacerse visible tiene la deferencia de procurarse un traje en el museo... para aparecersenos en carácter... Ambas cosas me parecen imposibles y sin embargo, los afortunados mortales que reciben aparecidos, nunca tienen la prudencia de eludir la descripción de los accesorios...

D. Rafael se irrita:

—¿Es que acaso Ud. piensa, D. Simón, que yo trato de engañarlo?

—No, amigo mío. Ni yo quisiera tampoco desengañarlo. Sería cruel que mi buen sentido destruyese la santa credulidad de Ud. Ya en la vejez... Cuando nada se espera de la vida, algo debe esperarse de la muerte (1).

---

(1) Esta última frase se atribuye efectivamente a D. Simón Rodríguez, como una explicación de su retorno a la fé cristiana. Creo inútil advertir que los otros pormenores de esta reconstrucción son imaginarios, y no tienen otro fundamento histórico que el carácter muy conocido de Rodríguez y lo poco que se sabe de sus últimos días en Amotape.

—Muy cierto! Pero me asombra Ud., D. Simón. Acaso esa frase no es también una advertencia para Ud? Quizá la gracia ayuda su talento natural y Ud. desdeña la advertencia divina.

—Yo, D. Rafael, tengo asegurada la vida perdurable, en la memoria de todos los americanos. Yo fuí el Maestro del Libertador. Me basta. Además, cuando yo ponga en orden mis proyectos, cuando estos papeles contengan todo mi pensamiento...

## III

Pero aquellos proyectos nunca llegaban a adquirir orden, ni se hacía inteligible su expresión entre el fárrago de papeles llenos de notas.

Cada día menos fuerzas; cada día menos eficaz el ahincado esfuerzo de la ambición contra el incoercible vagabundeo de la fantasía. Tal vez jamás...

Entonces la frase que se le había escapado en el ardor de la conversación comenzó a perseguirlo como un estribillo lleno de posibilidades imprevistas: "Cuando nada se espera de la vida, algo debe esperarse de la muerte".

Como una doncella que en el desamparo de la soledad campesina sale a la puerta de su cho-

za y se empina anhelante, porque su padre agoniza dentro y ella ansia descubrir el auxilio que "debe venir", así es la esperanza en el corazón de los ancianos. Y D. Simón ya no tenía valor para emplear contra ella el señorío de su inteligencia.

Una tarde, durante uno de sus paseos por el pueblo, se detuvo ante una casa desde cuyo interior se oían voces de rezos. Rezaban las letanías de la Virgen, y de nuevo las humildes lisonjas dirigidas por los desamparados a aquella fuente inagotable de gracias, lo conmovieron profundamente.

Las poéticas zalamerías: "Reina del cielo!... Torre de marfil!... Estrella de la mañana!..."

Y el llamamiento desesperado: "Salud de los enfermos!... Refugio de los pecadores!... Consuelo de los afligidos!..."

—Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Consuelo de los afligidos. ¡Si eso fuera verdad!

"Cuando nada se espera de la vida, algo debe esperarse de la muerte". Realmente era una impiedad más aceptar así a Dios como una remota eventualidad, y adoptar a la puerta del mundo tenebroso la curiosidad y el desenfado conque se emprende una aventura banal.

Pero era el único camino que podía tomar aquel hombre ávido, voluble y fantaseador, que

había prodigado su vida y su genio en la persecución de quimeras.

Bien comprendía D. Rafael la importancia de la transición: ahora bastaba con dejar que ese pensamiento trabajase espontáneamente. Sabía que en el espíritu de su amigo todo elemento nuevo creaba una proliferación fantástica; una fábula apenas verosímil se convertía en una realidad apasionante, la sospecha de algo desconocido bastaba para crear una necesidad irresistible. Y agregaba el sacerdote con candoroso materialismo:

—Ya no habla en él la presuntuosa confianza de la razón; sólo lo sostiene la rebeldía del corazón empedernido. Afortunadamente Dios anticipa la muerte con esa debilidad de las fuerzas que destruye las vanidades humanas y hace irresistible el toque de la gracia; retornan entonces los recuerdos de la infancia, el hombre se siente niño y anhela de nuevo protección y ternura. Puedo confiar en que el ánimo de mi amigo está ya bien preparado para ese momento de crisis. Y cuando la carne domeñada por el sufrimiento no sostenga ya ese orgullo satánico que le ha inspirado la filosofía...

Quizás así sucedió. Pero el viejo volteriano se había preparado ya una buena frase de disculpa sutil. Había sido un dromómano convencido porque la curiosidad que nos arrastra a los viajes la sentía como un signo de superioridad espiritual. Los viajes acostumbran a las

enojosas formalidades del pasaporte; ahora, cuando se le ofrecía uno con mano amiga, no era oportuno discutir por formalidades de más o de menos. Recibió los Sacramentos.

"Cuando nada se espera de la vida algo debe esperarse de la muerte". No era la negación blasfematoria de otros días; era algo mejor, el "quizá" verdaderamente escéptico, culminación risueña de una equilibrada madurez filosófica.

# Sembradores de Cenizas

Muy amenudo los padres se jactan de que sus hijos "se fijan en todo". Deben saber, también, que las impresiones en los niños, además de ser muy vivas, son muy profundas y duraderas.

Esto acarrea una grave responsabilidad para los adultos, por lo que hagan o digan en presencia de los niños. Sin llegar hasta las exageraciones del freudismo, no comprobables experimentalmente, podemos afirmar que a veces una impresión recibida durante la infancia puede repercutir más tarde en todo el desarrollo del adolescente y ser decisiva en la suerte de su vida espiritual.

No bastaría todo un volumen para llegar hasta el fondo del tema, y por eso me limitaré a lo más corriente y superficial, que es también la imprudencia más fácil de corregir entre las que cometen los padres en presencia de los niños: quiero referirme a esos juicios precipitados sobre el carácter de sus hijos, que se suelen repetir con tanta frecuencia ante ellos mismos.

"Este chico es muy cobarde", o bien, "este niño es muy voluntarioso", " es incorregible", "es muy torpe", etc., son apreciaciones que muy amenudo oímos pronunciar, sin el menor recato, ante la propia víctima de ese dogmatismo paternal.

Y el niño, que así como abre sus ojos ávidos sobre el mundo, también empieza a descubrirse a sí mismo, recibe aquellas primeras indicaciones sobre su carácter, multiplicadas en su eficacia por el aplomo con que el padre las enuncia y por la costumbre de ver en éste un ser infinitamente superior y de una autoridad indiscutible.

Claro está que en la mayor parte de los casos, aquellos juicios no tienen otro fundamento que cualquier acontecimiento baladí; pero el padre, frívolo y cruel sin quererlo ni saberlo, repetirá después centenares de veces en el transcurso de algunos años, la misma sentencia humillante: "este niño se asusta de todo", o bien, "es muy negligente", "nadie lo puede dominar", "yo no sé de quien habrá heredado esas cosas", etc., etc.

Llega a ser como una siembra de frías y pálidas cenizas que se amontonan sobre el alma infantil; cenizas que consagran para la esterilidad y la amargura; cenizas que también llevan, a veces, esas brasas de despecho, de cólera y de envidia, que arden más tarde en las almas de los resentidos y de los inadaptados sociales.

Cuánto mal causado por un juicio superficial y por la necia imprudencia de no callarlo en presencia del niño! Cuánto mal causado así, por padres, madres y maestros, únicamente por ignorancia y por precipitación!

No exagero. Desde luego, la posibilidad de convertir un niño normal o de inclinaciones levemente defectuosas, en un adolescente díscolo, cobarde o torpe, tiene que ser admitida, pues, si le negásemos influencia a esa sugestión reiterada del juicio paternal, tendríamos que negársela a casi todos los esfuerzos educativos que no sean materiales y coercitivos. Bien podemos decir que es una educación *a rebours*.

Es muy fácil, por otra parte, explicarse esa influencia, que quiero subrayar como decisiva y trascendental. La psicología reconoce como uno de los elementos que contribuyen a la formación del carácter lo que se ha llamado "la imitación de sí mismo", o sea, la adaptación constante que hace todo individuo de su manera de pensar, sentir y actuar, a una forma de carácter que él cree poseer o que aspira adquirir.

Todos sentimos en nuestras horas de crisis ese esfuerzo que hacemos por encontrarnos a nosotros mismos, por ser fieles a nuestro pasado y a nuestra personalidad; y la satisfacción que nos produce obrar según nuestro carácter; y el desconcierto y la violencia que sufrimos cuando nuestros actos eluden o contrarían esa imitación de nosotros mismos que deseamos siempre realizar.

Por desgracia, esa afirmación del carácter no se realiza solamente cuando poseemos virtudes que la justificarían; con la misma fuerza llega el hombre a afirmarse en sus defectos y errores cuando ya han arraigado íntimamente en su personalidad; y sin duda, se debe a esto la frecuencia conque los criminales empedernidos se jactan de sus delitos y rechazan la posibilidad del arrepentimiento y de la enmienda: no quieren renegar de sí mismos.

La idea que el niño se hace de su carácter —idea que es, sobre todo, sentimiento y acción naciente— tiene, pues, que ser decisiva sobre su futuro, porque adquiere la plasticidad de un modelo constantemente levantado ante sí, y porque entre sus ideas fragmentarias sobre el mundo y sobre sí mismo, esa imagen de su carácter puede llegar a ser la única norma lúcida y fija para la orientación de su actividad.

He dicho afirmación de la personalidad y creo que esa es la explicación que emplea D. Jacinto Benavente en una hermosísima comedia donde estudia esa tragedia del alma infantil deformada prematuramente por el error de los padres.

La explicación de Benavente empalma sin dificultad con la que se basa en la influencia de la "imitación de sí mismo".

El niño tiende a afirmar su personalidad y lo hará, imitándose a sí mismo, en el sentido que se le señala.

Quizá llegue a sentir una amarga jactancia de ser indomable, torpe o negligente. En todo caso, es el único camino que se le ha indicado...

Le han hecho creer que "ése" es "él"; y toda la credulidad y todo el ardor de los años juveniles se le consumirán en ese desajuste diabólico de arrastrar consigo un "otro yo" que se le esquiva, lo deforma y no lo abandona.

Quizá una lucha que dure toda su vida no bastará ya a separarlo de esa falsa personalidad alucinante. Y así como bajo la luz cenital del mediodía nuestra sombra se incorpora a nosotros mismos, quizá para ese niño su madurez de hombre no será la madurez de sí mismo, sino la de esa mala sombra, que le amarraron a los pies desde sus primeros pasos por la vida.

No sé si en otros países será tan frecuente como en Venezuela esa insensata sevicia moral contra los niños. Entre nosotros, cuando los victimarios no son el padre, la madre o el maestro, el caso es más odioso aún: es la abuela o un tío, que por declarada preferencia hacia uno de los niños, se complacen en deprimir a los otros.

Por otra parte, hasta los juicios que quisieran ser elogiosos, casi siempre son, por igual, incomprensivos y funestos. Así se dice que un niño "tiene mucho carácter" para disculpar voluntariedades y arrebatos; que es "muy vivo" cuando quieren alabarle pequeñas truhanerías, etc., etc.

Pero insistiendo de nuevo en las apreciaciones deprimentes, y ya que he hablado de Venezuela en particular, no resisto a la necesidad de recordar cuánto empeño se ha puesto en deprimir el carácter nacional con juicios sobre nuestro pueblo tan superficiales y tan duros como los que se aplican a los niños.

Al hablar del pueblo venezolano no me refiero solamente a nuestras clases humildes, sino a todo el país; y nuestro pueblo es también un pueblo niño, a lo menos en ese sentido de que no conoce todavía su propio carácter.

Los sembradores de cenizas le vienen repitiendo, desde hace un siglo, que es anárquico, que es indolente, que es corrompido, que merece todas las desdichas.

Qué hermoso libro sería, por el contrario, el que justificara este título: "Lo afirmativo venezolano"! Y cuántas verdades, no descubiertas, podrían exaltarse en él!

Nuestros errores políticos, consecuencia en gran parte de la gloria que conquistamos durante la epopeya; las enfermedades que nos azotan; el desamparo material de nuestra escasa y dispersa población; la hostilidad del medio geográfico; los infortunios históricos fortuitos y los crímenes, que hemos sufrido como todas las otras naciones; nada de eso se ha tomado en cuenta para destacar lo que, a pesar de eso, conservamos de virtudes y de perseverancia.

El empeño de humillarnos y ofendernos se ha convertido en un alarde de buen tono; es un

signo de distinción y permite levantar cátedra magistral; aceptamos ingenuamente que el venezolano que reniega de los venezolanos está por encima de todos, como un paradigma de capacidad y de honradez.

Más grave aún: compatriotas sinceros, capaces, e indudablemente patriotas, se han dejado contagiar por el hábito funesto. Y no admiten siquiera que así como ellos mismos son un mentís a esa concepción pesimista del carácter nacional, falta quizá por descubrir centenares y millares de iguales venezolanos, que —aún cuando desconfiásemos de todos los otros— podrían servir como un núcleo renovador de influencia incalculable.

Porque lo capital es eso: si son tan numerosos los que se toman el derecho de juzgarnos, ¿por qué no encontrar siquiera un pequeño grupo que reasuma la representación del espíritu nacional y que quiera ser para él padre y maestro, sin anticipar juicios?

¿No es lógico acaso que el que es superior, en lo intelectual o moral, cumpla, con respecto a los suyos, una obligación de guía antes que un derecho de juez?

Venezuela es quizá el único país del mundo donde no se oye, desde hace muchos años, una sola palabra de consciente y entusiasta nacionalismo. Ni siquiera se le ha utilizado como instrumento de propaganda política, y eso nos demuestra hasta qué punto se le ha arrancado del alma popular.

En la mayor parte de las naciones europeas sólo se escuchan hoy afirmaciones combativas, y casi todas insensatas; con mucho más acierto y elevación algunos países de América sueñan con ser el hogar de la Humanidad futura y lo proclaman; pero en Venezuela sólo seguimos oyendo las voces del ultraje y del desaliento; y es una demostración de superioridad contemplar el propio país con los ojos excépticos y despreciativos del turista.

Sí; que otros busquen explicaciones que por ser más pedantes parezcan más científicas. Yo quiero señalar esa característica psicológica: Venezuela es un pueblo niño, deprimido por los que debieron ser, para él, padres y maestros.

Y en nombre de los niños y en nombre de la Patria, quiero reclamar: guárdense padres y maestros de semejante crimen! Juicios tan precipitados y tan frívolos son una verdadera necedad; pero repetirlos ante los que han de sufrirlos es, además, desatar un mal de consecuencias incalculables.

Infancia de nuestros hijos; infancia de la Patria, que tiene hoy la esperanza de comenzar una vida nueva: campo cerrado y sagrado! Que nadie se atreva a ser en él un sembrador de cenizas!

# El Fracaso del Libertador como Político

"Todos saben que el que no hace nada no está expuesto a reconvenciones, porque nunca yerra: la inacción es un yerro que vale por muchos".

I

Después de la glorificación incondicional del Libertador debía venir naturalmente una revisión de valores. Pero el mismo respeto que inspira el héroe ha apartado de ese examen a los más capaces de hacerlo conscientemente, y porque prefieren los espíritus delicados seguir profundizando en los aspectos positivos de la obra bolivariana, que no están agotados, queda el peligro de que la reacción nagativa, inevitable, se realice por escritores apasionados repitiendo viejas diatribas, o por los que hacen crítica de reticencias y reservas so capa de respeto, o por sentencias de dogmatizantes callejeros.

La transformación mítica que del héroe realiza el pueblo exaspera a los que no son capaces de intuir las aspiraciones ocultas que así se transforman en idolatría histórica, y la fuerza social que representa, en medio de los naturales infortunios que tiene la historia de todo pueblo,

ese repliegue de la conciencia colectiva en busca de una visión reconfortante y pura.

Cuando esos pseudo-críticos llegan a sospechar que también el héroe tiene condiciones humanas, les parece que han realizado un portentoso descubrimiento y de allí en adelante se creen autorizados, por una prueba tan extraordinaria de penetración, a juzgar libres de todo miramiento, y a señalar con candorosa seguridad aciertos y errores y lo que debió hacerse y lo que hubiera podido ser... toda una re-creación eglógica de la historia.

Tratándose de Bolívar hay además otro descubrimiento temible en perspectiva: el de su carácter cesáreo, tan oportuno para que se propongan alardes de gazmoña generosidad y los espíritus vulgares se hagan guiños de sagacidad truhanesca cuando oigan hablar de los propósitos del político.

Como si las almas pudieran graduarse a manera de autómatas para la vehemencia genial o el comedimiento, según el capricho de lectores sedentarios; o pudiera exigirse al héroe otro desinterés que no sea el de la vinculación de todas sus fuerzas a un interés superior.

Para el Libertador parece escrito el análisis que hace D. José Ortega y Gasset, en su estudio sobre Mirabeau, de esa identificación de los grandes hombres con su obra: "Si en algún momento, por descuido trivial se nos ocurre calificar sus acciones de egoístas, nos corremos al

punto avergonzados, porque caemos en la cuenta de que en estos hombres el *ego* está ocupado casi totalmente por obras impersonales, mejor dicho, transpersonales. Tiene sentido decir de César que era egoísta, que vivía para sí mismo? Pero, ¿en qué consistía el "sí mismo", el "yo" de César? En un afán indomable de crear cosas, de organizar la Historia. Por eso toma sobre sí, con la misma naturalidad, los grandes honores y las grandes angustias". "La oposición entre egoísmo y altruismo pierde sentido referida al grande hombre, porque su "yo" está lleno hasta los bordes con "lo otro": su *ego* es un *alter* —la obra—. Preocuparse de sí mismo es preocuparse del Universo".

Idea que ya D. Simón Rodríguez parecía haber precisado en su defensa de Bolívar, con esta distinción: ".... sabe que no puede SER más de lo que es; pero sí que puede HACER más de lo que ha hecho"

Pero no es tampoco sorprendente que la falta de capacidad política haya sido el primer reproche dirigido al Libertador. Por el mismo contraste que forma con sus éxitos taumatúrgicos, se destaca en su carrera el hecho de que sus dos proyectos constitucionales no llegaron a ser realidad fructuosa ni su última Dictadura pudo salvar a Colombia. Por otra parte, aquel reproche se lo hizo amenudo él mismo con exageraciones de despecho, y en carta a Sucre, fecha 28 de febrero de 1827, lo precisa como el juicio definitivo de la Historia: "Diráse que yo he li-

bertado el Nuevo Mundo, pero no se dirá que yo haya perfeccionado la estabilidad y la dicha de ninguna de las naciones que lo componen. Ud., mi querido amigo, es más feliz que yo". (1).

¿Qué objeción sensata y que no sea de pura defensa sentimental podemos oponer al propio juicio del héroe?

Simplemente que los que glosan aquel juicio para refutar las ideas políticas del Libertador, comparándolas tácitamente con la realidad que las hizo fracasar, se apoyan en un error muy justificable a principios del siglo pasado, pero insostenible hoy: el de creer que podía intentarse por la acción personal del caudillo o por la elaboración de una Ley providente la reorganización social y política del Nuevo Mundo después de la guerra emancipadora.

Confiar en que un hombre podía romper la continuidad histórica y alterar el determinismo social, asegurando la estabilidad y la dicha de las naciones por medio de Constituciones escritas o por la imposición de su voluntad, debía ser una ambición casi unánime en la época, producto del racionalismo jurídico que precedió a la Revolución Francesa y del deslumbramiento que produjo en el mundo el imperio napoleóni-

---

(1) O'Leary, tomo XXX, pág. 346. (Cuando cito a O'Leary hay que tener en cuenta que a veces la cita se refiere a la página en que comienza la carta y otras veces a la página en que se encuentra el párrafo).

co. "Importa tener presente en este respeto, dice G. Carle (2), que la *escuela racional* en el derecho, en cuanto ayudó a preparar la Revolución Francesa, fué tomando diferentes aspectos El Ideal del hombre en el estado de naturaleza, la igualdad primitiva de todos en este mismo estado, el concepto de un contrato social cuyos artículos en substancia eran obra de la *razón* fueron otros tantos medios con los cuales ésta fué creando una *sociedad ideal*, en abierta contradicción con la sociedad que realmente existía". Y agrega esta cita de Stahl: "El derecho natural trata de legitimar y explicar *a priori* el Estado del mismo modo que la Revolución trata de fundarlo y de constituirlo *a priori;* esto es, el primero intenta deshacer el Estado en el *pensamiento* y rehacerlo luego deduciéndolo de la *razón*, y la otra trata de deshacerlo en la *realidad* y de fundar uno con la sola y pura razón".

En cuanto a Napoleón, es curioso observar en el "Diario de Santa Elena", cómo el gran capitán cuando habla de los planes radicales que meditaba para una transformación del mundo, siempre atribuye su fracaso a causas circunstanciales y nunca a las causas más profundas, históricas, económicas y sociales, que trabajaban tras de aquéllas.

En América la Independencia aparecía como un *fiat* sin precedente histórico, como una

---

(2) G. Carle. "Vida del Derecho", pág. 308.

improvisación genial. ¿No se señalaban acaso hasta hace poco como únicas causas de la Revolución suramericana las causas externas: influencia de la Revolución Francesa y de la emancipación del Norte, invasión de España, etc.? Si la Independencia podía, pues, considerarse por los Libertadores como una creación exclusivamente personal, su triunfo era un mentís a las concepciones históricas o positivas del derecho; formaba parte del mismo ideal revolucionario llevar hasta los extremos la fe en el poder de las leyes y en la intervención personal del hombre.

Agreguemos que ese error no fué solamente justificable cuando apareció. Fué también fecundo, con el poder que tiene como fuerza íntima el idealismo político, y precedió la extraordinaria renovación que a fines del siglo XVIII y principios del XIX abatió, con más o menos unanimidad en todo el mundo, un régimen caduco y señaló nuevas posibilidades individuales y sociales.

Ni tampoco hoy debemos extremar la concepción del determinismo social hasta excluir de él su elemento más importante, que es la voluntad humana, personal o colectiva. Porque si bien ésta es, en último término, un producto de causas anteriores, lo cierto es que cuando llega a adquirir estabilidad y carácter, actúa a su vez como una causa independiente, y a veces decisiva aún contra los otros factores de la evolución social.

En el ánimo combativo y tenaz del Libertador debía arraigar con una vehemencia extraordinaria esa fe en el poder de la voluntad creadora. Por eso es natural que cuando tocara en el fracaso, lo atribuyera por reacción a incapacidad propia y trasladara su fe al Capitán más puro de la guerra emancipadora, que era además insospechable por su desprendimiento, y que por la ponderación de su carácter debía aparecer como un modelo recriminatorio para el héroe impaciente que no quería tolerar la realidad social adversa.

Pero combatidas hoy aquellas ilusiones como base de criterio político, menos son tolerables como guía del juicio histórico, y por consiguiente al definir hasta que punto fracasaron los políticos y caudillos que bajo su sugestión intentaron reformas sociales y políticas originales —y entre ellos, el Libertador— es ridículo buscar en condiciones personales o errores momentáneos las causas de un fracaso que era inherente a la obra misma emprendida, al intento de dominar la espontaneidad social.

¿Cuáles eran los frutos que anunciaba en América esa espontaneidad social que el Libertador no quería respetar? ¿Cuál era la política positiva que la realidad impondría y a la cual rehusaba ceder el Libertador?

Tales serán los dos puntos principales de examen en el presente ensayo, dirigido a glorificar el fracaso de Bolívar como político, precisamente porque ese fracaso tuvo como causa la

negación heroica de una realidad social y de una política *realista*, que no podían ni debían seducir al Libertador.

## II

"En vano las armas destruirán a los tiranos, decía en 1816, si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza y la fuerza no es el Gobierno" (3), pensamiento que por la oposición que establece parece un anticipo de éste que encontramos en el mismo estudio de Ortega y Gasset sobre Mirabeau: "Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se suscita en su interior".

Pues bien, la persecución de ese orden político es lo que da unidad a toda la vida del Libertador como hombre de Estado; lo creyó posible mediante Constituciones que armonizaran las tendencias en lucha y aún reconociendo lo que pudiera haber de quimérico en su propósito, tuvo constancia, valor y lealtad para perseguirlo en todos los actos de su vida pública.

Hasta en los extremos de la reacción a que apeló desesperadamente durante la agonía de

---

(3) O'Leary, tomo I de las Cartas del Libertador, pág. 116.

Colombia, rehusó el consejo insospechable de Sucre y se detuvo ante la posibilidad de consagrar la coacción como orden político y renunciar al equilibrio social que soñaba. Con fecha 7 de octubre de 1829, le escribía el Gran Mariscal: "Yo siempre lamentaré que para obtener esta paz interior y esta marcha firme no se hubiera Ud. servido de su poder dictatorial para dar una Constitución a Colombia que habría sido sostenida por el ejército, que es el que ha hecho en nuestros pueblos tumultos contra las leyes. Los pueblos lo que quieren es reposo y garantías; de resto no creo que disputen por principios ni abstracciones políticas, que tanto daño les han hecho al derecho de propiedad y seguridad" (4); y ya el año anterior, le había dicho: "Entiendo que la opinión pública se halla enteramente pronunciada y que los pueblos de Colombia sólo anhelan por un Gobierno vigoroso, donde la seguridad personal, el derecho de propiedad, y en fin la libertad civil, sean estrictamente guardadas. Los hombres cansados de tantas calamidades, disputan ya poco sobre esa exajerada libertad política; y en vez de principios impracticables, quieren un Gobierno constitucional, que les dé garantías positivas y los saque de ese laberinto de *garantías escritas*, en que sin embargo no gozan en la práctica ni

(4) O'Leary, Cartas, tomo I, pág. 557.

siquiera de los derechos de propiedad y seguridad". (5).

Seguramente era el pensamiento de una gran mayoría y el propósito de Sucre era más oportuno que el del Libertador, empeñado por entonces en que se hiciese efectiva su célebre circular del mes de agosto de 1829 que llamaba a los pueblos a pronunciarse directamente sobre el Gobierno que necesitaba la Patria. El pronunciamiento provocado por Bolívar sancionó la disolución de Colombia; el consejo de Sucre quizás prometía unos años de sosiego. Pero Bolívar no podía aceptarlo. No; esa Constitución impuesta por él y "sostenida por el ejército" equivalía a la Presidencia indefinida; con respecto a sí mismo, a la Presidencia vitalicia; pero no era el equilibrio social que podía sobrevivirle, el orden político que él se prometía legar a la América. Hubiera sido todavía el sistema militar, una coacción y no una verdadera Ley fundamental.

Aún en medio del extravío doloroso que le producía el derrumbamiento de su grande obra, Bolívar permaneció fiel al ideal que proclamara en 1816 y le sacrificó su prestigio.

Sacrificó su prestigio a su ideal, porque ese orden político no podía lograrse sino después de haberse restablecido el orden social y ya los sucesos indicaban que durante el tardo y cruento

---

(5) O'Leary, Cartas, tomo I, pág. 508.

reajuste que era preciso sufrir para llegar a ello, los llamados a prevalecer eran los caudillos y políticos que por su misma estrechez de miras podían realizar en cada caso el acomodo oportunista y adaptarse a la cambiante y anárquica realidad de nuestras democracias en formación, con la guía de fines inmediatos casi siempre personalísimos, seguramente nada utópicos.

Bien lo penetraba el Libertador y por eso escribía a Briceño Méndez: "Todo es provisional en una revolución y por lo mismo mejor es lo provisional para quitar recelos y cuidados" (6). En América "la revolución" debía durar un siglo o más y los regímenes de hecho preponderaron resguardándose detrás de Constituciones liberales que adormecían recelos y cuidados, dejando la ilusión de que era provisional el desorden que no podían remediar.

Muy diferente era la posición elegida por el Libertador: su idea capital era que "la revolución" terminase junto con la guerra y de ahí su empeño en buscar un régimen permanente que encauzara las fuerzas sociales anarquizadas y que pudiera perdurar cuando él ya no existiera.

Según Belaúnde, en el estudio ya citado, cuando previó que en América debía predominar

---

(6) Citado por D. Víctor Andrés Belaúnde en su estudio sobre "La Constitución Boliviana" Boletín de la Academia Nacional de la Historia, N° 44.

durante el siglo pasado el sistema de la Presidencia indefinida, se anticipó a recomendar la Presidencia vitalicia por "varonil aunque imprudente franqueza". No compartimos la opinión del ilustre crítico peruano. Entre las dos instituciones hay una diferencia evidente de naturaleza y de propósitos y todas las diferencias prácticas que separan un orden político de un régimen discrecional y de hecho.

Mayor es su antagonismo si consideramos las esperanzas que daban uno y otro régimen de una evolución ulterior. La Presidencia indefinida, sin declaración constitucional, podía servir para la política egoísta de un Páez que sólo aspira a perpetuarse personalmente en el poder adormeciendo recelos y cuidados. Y para ese fin lo menos adecuado tenía que ser la promulgación legal de la Presidencia vitalicia. Pero ésta sí podía representar un orden político, sometido a discusión y gradualmente perfectible; una salida —si es que alguna había— para encauzar la Revolución y levantarla a la altura de un problema constitucional.

Precisamente allí encontramos la clave del fracaso de Bolívar como legislador; fracaso que puede comentarse alrededor de las anteriores consideraciones para enaltecer más sus propósitos políticos y su penetración como sociólogo: fué seguramente el legislador que vislumbró con más sagacidad el porvenir inmediato de estos países, pero rehusó ceder sin lucha a esa realidad; quiso modificarla sin contrariarla abierta-

mente, y fracasó como hubiera fracasado toda otra tentativa seria de reducir por un orden constitucional el desajuste colectivo que exigía un siglo de experiencias dolorosas. Pero ese fracaso es la culminación más hermosa de su carrera, porque él se dirigió conscientemente a afrontarlo antes que aceptar la simplificación acomodaticia que los sucesos le indicaban.

Su imposición personal dio el triunfo a la Revolución durante la guerra, pero destruía todo propósito político si se aceptaba en la paz como base del Estado.

En 1826 le dice Sucre, refiriéndose a la Constitución vitalicia para Bolivia: "Estos señores tienen un vehemente deseo de complacer a Ud.; pero sí han tenido dificultades sobre la Constitución en la parte principal, que es lo del Presidente vitalicio, y acaso no les falta razón. Ellos decían que si Ud. o yo quedábamos en el país no tenían dificultad de sancionarlo; pero que de otro modo no contaban que ni el General Santa Cruz tuviera bastante opinión pública para sostener ese puesto vitalicio". (7). Más tarde, sobre el proyecto monárquico: "....repito que aunque yo no soy opuesto a las monarquías constitucionales, veo que en Colombia ninguno sino Ud. podría ir al trono; y no teniendo Ud. sucesión, al morir Ud. quedaría nuestra Patria hecha un caos. En este caso si durante la vida de Ud. se puede organizar el país regularmente,

(7) O' Leary, Cartas, tomo I, pág. 364.

lo mejor que hay adaptable en mi opinión es la Constitución boliviana en la parte que le da fuerza y estabilidad al Gobierno". (8). Y sobre la posible disolución de Colombia: "Observo que el descontento aquí (en el Sur de Colombia) crece cada día, que se quejan justamente de las leyes y del Gobierno; y que si estas gentes no han tomado ya un partido desesperado, es porque esperan un remedio de la autoridad de Ud. sin necesidad de una rebelión". (9).

¿Qué vemos de común en esas citas? Que tanto la Constitución vitalicia, como la Monarquía, como el régimen liberal de Colombia y la unidad de ésta, sólo tenían un apoyo por el momento: el prestigio personal de Bolívar. Cualquiera de los tres regímenes se reducía, pues, a la Presidencia indefinida del Libertador y éste, acusado de personalismo, era el único que luchaba por contener esa funesta derivación hacia un estado de hecho irremediable y el que más deseaba evitar el adormecimiento de la actividad social y pugnaba por dar vida efectiva a instituciones en que ella pudiera manifestarse.

---

(8) Id. Id. Id., pág. 379.

(9) Id. Id. Id., pág. 517.

## III

Envió su espada San Martín a Rosas y Bolívar dio la suya a Paéz, coincidencia detonante que podría ser presentada como un símbolo revelador por los sociólogos inclinados al fatalismo histórico. Aún eludiendo el paralelo imposible entre el tirano argentino y el caudillo venezolano, el tal simbolismo no pasaría de ser una metáfora efectista, porque frente a la continuidad que así parecía asegurarse al dominio de la espada, también podríamos reconstruir en hechos menos aparentes pero no menos reales, la continuidad de las aspiraciones antagónicas—liberales y cívicas—que es el otro aspecto indispensable del problema histórico y político de estas naciones.

Por eso quiero advertir con mucho cuidado, que al presentar la anarquía y el despotismo como frutos de la espontaneidad social de la época, sólo pienso en la realidad *inmediata y circunstancial* que era "la revolución" que se cumplía en nuestra América; lo cual nada tiene de común con la tesis que glorifica el personalismo y la fuerza como únicas normas de gobierno aplicables a estos países. No; precisamente porque sólo se trataba "de reparar los estragos de la revolución" —por una parte, la depauperación de la sociedad y, frente a ella, el caudillismo, bajo sus dos formas de anarquía y despotismo— es también por lo que conside-

ramos superior el pensamiento de Bolívar, que sin contrariar abiertamente esa realidad circunstancial, se dirigía al mismo tiempo a satisfacer una realidad más profunda y una necesidad más legítima: la de encontrar un verdadero orden político, que no fuera simplemente un expediente para la permanencia personal del caudillo en el poder, sino también una forma de provocar la reconstrucción de todas las fuerzas sociales, al amparo de normas constitucionales presentadas ante la opinión pública con sinceridad y valor.

Pero sin llegar al extremo de erigir en símbolo aquella coincidencia, no deja de ser significativa como la trágica aceptación por ambos libertadores de una oscura pero evidente imposición.

Sucesivamente, podría decirse, vemos a Bolívar buscar la estabilidad de la República: en 1819 en un Gobierno hasta cierto punto colectivo, mediante instituciones oligárquicas que restablecían la continuidad histórica de la Revolución con el pasado; en 1825, confiando en una intervención personal y superior, pero ejercida más que con la efectividad inmediata de un Presidente, como la tutela de un poder prestigioso y lejano; después de 1827, cediendo al predominio efectivo de los caudillos locales. ¿Se plegaba, sin poderlo remediar, a una realidad efectiva? ¿O le engañó, ya cansado, la apariencia de los caudillos juveniles que parecían concentrar por el momento todo el espíritu de es-

tas nacionalidades turbulentas y amenazaban levantar contra las leyes y contra él mismo, el regionalismo disolvente de 10 años antes? Poco importa dilucidarlo: los caudillos prevalecen principalmente por su prestigio, esto es, por la opinión que se tiene de ellos y no por lo que efectivamente son.

A nuestro juicio, los sociólogos que quieren presentar como la única realidad política americana el predominio de los caudillos y condenan como extemporáneo y sin base social el idealismo que se les opuso, no yerran mucho más que aquellos otros que por seguir con demasiado amor el oculto proceso de reconstrucción de nuestro derecho constitucional, consideran como si fuese algo extraño a ese mismo proceso la intervención de los caudillos que ocasionalmente lo han perturbado.

Cuando un caudillo desaparece eliminado por otro más afortunado —pongo el caso de Matías Salazar por ejemplo— el pueblo puede responder con el despectivo: "uno menos!", o puede, por el contrario, levantar sinceramente el recuerdo del caído con dolorida protesta.

El crítico histórico puede compartir racionalmente ambos modos de ver, según fije su atención en la influencia anárquica del caudillejo desaparecido o en la fuerza que él representa como valla al absolutismo y exponente de rebeldías y ambiciones que son respetables como fuerzas individuales y que tampoco socialmente son desdeñables. Por otros respectos, el caudillo

triunfante suscita amenudo los mismos contrapuestos juicios.

Con mayor razón en aquella época, el caudillismo, unido a los primeros nombres de la epopeya y prestigiado todavía por el desinterés y el valor, debía tener un arraigo popular incontrastable. La tradición que se hacía de San Martín a Rosas y de Bolívar a Páez representaba un forzoso acatamiento al *aspecto inmediato* que representaba la realidad política americana. Para no admitirla era preciso combatirla aún a riesgo de aventurarse en proyectos quiméricos. Fué lo que hizo Bolívar, a pesar de Páez y a pesar de todo, tratando de enquistar el caudillismo dentro de un orden político que, a lo menos en teoría, podía juzgarse infrangible.

Regionalismo y centralismo, civismo y caudillismo, individualismo anárquico de unos, individualismo despótico de los otros y muchas otras influencias, además de las que ya suscitaba el escueto personalismo, se presentaban, no como principios contrarios reductibles a la lucha ciudadana, sino como verdaderas pasiones ardorosas que amenazaban con un siglo de discordias. Pudiendo ya advertirse que muchas de esas tendencias, no por carecer a veces de sentido preciso, conmovían menos por eso a los individuos y a los pueblos; como pretextos y manifestaciones que eran de una fermentación social que tan sólo había comenzado.

De todos esos elementos discordes, el caudillismo era el más poderoso, a lo menos en apa-

riencia, porque en torno suyo se agrupaban todos los otros y en su alianza iban a buscar fuerza. Por lo mismo, si el orden político que se deseaba debía ser un equilibrio, podría buscarse en él cómo derivar las fuerzas del caudillismo, pero no desconocerlo totalmente.

En persecución de esa concordia elabora el Libertador sus dos grandes proyectos constitucionales y en cada uno sigue el procedimiento que podía aparecer más oportuno para aquel fin, según el aspecto que a la sazón presentaba el problema: en 1819 los Jefes militares, regionalistas y anárquicos, son llamados tácitamente a formar un Gobierno oligárquico, unidos a los Próceres civiles y, más tarde, seguramente al resto de la antigua oligarquía criolla; en 1825 el caudillismo aparece orientado hacia el predominio unipersonal —no sólo por el de Bolívar, sino por la centralización parcial que ya destacaba un solo nombre en cada departamento de la futura Confederación— y en esa forma queda admitido, compensándose la apariencia cesarista de la Constitución con algunas concesiones a la tendencia federalista, una pequeña ampliación del derecho de sufragio y un refuerzo considerable de la interdependencia moderadora de los Poderes Públicos.

Por este último carácter y por la amplitud y multiplicidad de atribuciones que se conservó al Poder Legislativo, puede decirse que todavía el pensamiento político de Bolívar sigue siendo preferentemente oligárquico.

Ascienden los Césares combatiendo contra la aristocracia, que es en la sociedad el elemento más celoso y resistente; y poco les importa para aquel fin apoyarse en el pueblo, pues éste delega fácilmente, después, una soberanía que no ha tenido tiempo de amar ni tiene costumbre de defender.

Con mayor razón en el momento de finalizar la guerra emancipadora, la supremacía unipersonal debía encontrar su mejor apoyo en el elemento popular, acostumbrado a acatarla durante la contienda, por disciplina y como único valor asequible a su conocimiento. ¿Por qué vemos, pues, a Bolívar —el César y el Caudillo— alentar la reorganización de las clases más fuertes y (hablando desde el punto de vista personal) dar armas contra sí a los más capaces de esgrimirlas?

Ya lo hemos dicho: porque este caudillo de carácter cesáreo no trabajaba con un fin inmediato, sino en busca del equilibrio político con que esperaba reparar los estragos de la Revolución.

En América la oligarquía criolla había probado con una tradición de tres siglos su apego por el gobierno colectivo y habilidad y valor para defenderlo; gracias al carácter peculiar que esa oligarquía conservó durante la Colonia, la Monarquía española, evolucionado paralelamente en España y en América, condujo en ésta al renacimiento político que culmina con la guerra emancipadora, mientras que en la Metrópoli

se conservó —pared por medio con Francia— impenetrable a la renovación liberal. A consecuencia de la acefalía que produjo la invasión napoleónica, aquí y allá el Municipio pareció reaccionar con igual fuerza; pero en América el movimiento crece hasta la Revolución, encabezado siempre por los representantes de las antiguas oligarquías locales; en España, pasada la crisis se vuelve el absolutimo, a pesar de que el pueblo español también tuvo ocasión, por el carácter irregular de la guerra, de demostrar su fuerza y de elevar hasta los primeros rangos algunos hombres surgidos de su seno. Prefirió, pues, Bolívar la oligarquía, no sólo porque, como hemos dicho, ella restablecía la continuidad histórica de la Revolución con el pasado, añadiéndole así un elemento más de estabilidad, sino precisamente porque era el único régimen —si es que alguno había— capaz de resistir a la simplificación brutal que en todos los regímenes introduciría el prestigio absorbente de los caudillos.

## IV

Ya habrá observado el lector que ahora sí nos hemos permitido hablar en nombre de "lo que hubiera podido ser": porque ya hemos dejado establecido que no podía conformarse el Libertador con "lo que era y lo que debía ser" y que el mismo ideal revolucionario lo autorizaba para todas las audacias innovadoras y para

la improvisación del régimen que creía justificable; propósito al cual lo inclinaba también la fogosidad de su carácter y la costumbre adquirida en la guerra de ver variar súbitamente el aspecto de las cosas bajo el imperio de su genio.

Fue con plena conciencia que el Libertador, cuando trató de lograr una síntesis constitucional, quiso aventurarse en el papel de ideólogo, después de haber probado tantas veces su agudo sentido crítico en los juicios parciales que nos dejó sobre los asuntos americanos y aun en la previsión de los destinos de cada uno de estos pueblos, según la conocida carta de Jamaica.

Por otra parte, si para juzgar de los proyectos políticos del Libertador sólo se pueden invocar argumentos teóricos, son también los únicos que hay para defender las otras concepciones constitucionales, puesto que en realidad ninguna constitución resistió en los años posteriores la prueba de la realidad y las que más tarde efectivamente triunfaron, fué porque aparecieron después de haberse restablecido en la sociedad el orden que podía hacerlas oportunas y estables. Pero Grullo lo descubriría hoy: no fueron ellas las que fundaron el orden social, sino éste el que las hizo viables.

(Hace algunos años esa afirmación hubiera parecido una blasfemia contra el constitucionalismo. Creo que hoy nadie se escandalizará con ella: si un problema nos preocupa, lo primero es plantearlo con claridad; no se sirve un pro-

pósito sólo con amarlo, sino persiguiendo racionalmente su triunfo. La política, como ciencia y como arte, requiere un estudio de los procedimientos, un método. Los que se guían en ella por un ideal tienen que preparar a éste una base sólida en la conciencia colectiva y comenzar la lucha en primer término contra las condiciones sociales que le son adversa. Es el camino más largo y más difícil y exige la abnegación del trabajo cotidiano y a veces oscuro; por eso exaspera a la mayoría y porque le temen se empeñan en olvidar que es el único verdadero.

Contra esa ley no es una excepción ni siquiera el caso de los llamados Gobiernos revolucionarios, en que el triunfo político parece ser anterior al triunfo social. Cuando ellos se afianzan es porque recurren al día siguiente de su triunfo a ese trabajo que hemos señalado. El programa con que ascienden les hace considerar la detentación del poder como un mero accidente y como fin esencial la imposición de sus ideas; modo de ver que paradójicamente forma su fuerza, porque los mantiene alerta en una obra constante de penetración popular).

Perdónesenos el anterior paréntesis más de desahogo sentimental que de crítica: la afirmación que lo motivó la hemos visto expresada otras veces como un escarnio contra los ideales de legalidad política; preferimos en nuestro caso darle el tono engolado de la admonición.

Y volviendo a la relación que tiene lo dicho con la época histórica que tratamos, podemos decir que las Constituciones liberales se perpetuaron en América porque ellas no contenían una voluntad temible de modificar la realidad y se convirtieron a poco en un cómodo expediente que permitía aplazar el problema y atenerse en cada caso a una situación de hecho; dejaban a los legistas la esperanza de garantizar con ellos la libertad y no molestaban tampoco al caudillo en su propósito subrepticio de imponer su voluntad personal.

Eran —volviendo a glosar la cita del Libertador— la ilusión de lo *provisional* que quitaba recelos y cuidados; bastaban para engañar la inexperiencia de estas sociedades con el espejismo de su perfectibilidad irrisoria, y los artículos solemnes que después de cada revolución política se les agregaban para garantizar las libertades públicas y entrabar la usurpación, permitían olvidar con la conciencia tranquila los sufrimientos de la víspera y la labor que exigía el mañana. Daban la apariencia de orden político a la lucha que en los hechos y en lo más íntimo de cada pueblo se decidía entre el caudillismo y las aspiraciones cívicas. En medio de esa lucha, que debía concentrar durante un siglo toda nuestra realidad social, ellas presentaban el mínimum de obstáculos, porque eran utilizables por igual para ambos contendientes.

Su único mérito fué, pues, su inanidad, que disminuía los frotamientos y dejaba libre el curso a la espontaneidad social. (10).

Las instituciones bolivarianas nacieron, por el contrario, de un desesperado esfuerzo por reducir dentro de una estructura firme, de una vez para siempre, los dos principios en pugna. Por eso, aunque hacían concesiones a ambos, ninguno de los dos debía quedar satisfecho y se adivinaban demasiado rígidas frente al ímpetu anárquico con que se iniciaba la lucha.

Sus defectos nacen de su audacia y sobre todo del propósito mismo que las inspiraba. El personalismo —ocasionalmente anárquico o despótico— fué un sub-producto funesto de la guerra emancipadora y debía llegar hasta sus últimas consecuencias antes de provocar una reacción consciente y verdaderamente autónoma del civismo, que tantas veces se dejó arrastrar a una alianza leonina con su adversario.

Fué fortuna para la Argentina que la espada de su libertador descendiera bruscamente hasta las manos del caudillo aborrecible. Una transición menos brusca hubiera hecho que la

---

(10) Desde luego que estas apreciaciones sobre las Constituciones liberales en nada disminuyen nuestro respeto por las aspiraciones cívicas y legalistas de las cuales nacieron. Estas eran una fuerza efectiva y al cabo debían triunfar en América contra las tendencias antagónicas; pero su expresión momentánea en meras leyes sólo puede considerarse como una ilusión; como una ilusión funesta, sofisma de la pereza o del desaliento.

reacción de la conciencia nacional fuese más tardía e imprecisa. Porque en toda la América el fracaso del caudillismo fué como una trágica prueba por reducción *ab absurdo*, que debía cumplirse hasta el fin para que estos pueblos volviesen de nuevo su espíritu a las aspiraciones legalistas y se intentase la organización adecuada de ellas como fuerzas sociales efectivas. En el dolor de la lucha se abandonó por fin el psitacismo doctrinario y se precisó en cada pueblo la conciencia de una obra ardua que debía emprenderse de abajo a arriba, mediante un estudio serio de todo el problema nacional y no simplemente de su aspecto político.

## V

Pero claro está que todo eso, hoy es cuando lo podemos decir con la tranquilidad de simples críticos. A los autores de la gran revolución que eran capaces de adivinar un siglo de sangrientos tanteos, de desesperanza y de anarquía, la perspectiva no podía dejarlos indiferentes. La angustia que ella engendraba, unida a la creencia, común en la época, de que la sociedad podía obedecer de modo perdurable a leyes racionalmente perfectas o plegarse a la voluntad del genio —influencia de la Revolución Francesa, influencia de la creación napoleónica— debía producir, y con mayor razón en los espíritus generosos y apasionados, la ambición de encontrar

formas políticas decisivas, que es el afán que se exagera cada vez más en Bolívar a partir de 1819.

Lo vemos exagerado en Bolívar, porque él era el único que tenía bastante fe y prestigio para comprometerse definitivamente en su realización; pero aparece como nota común —desde el Incado de Miranda— en todos los planes de organización constitucional que entonces se concibieron y que no se limitaban a vagas esperanzas o copias improvisadas.

Y ya que las propias palabras del Libertador nos provocan a la comparación con Sucre y que éste no puede ser sospechoso ni de personalismo ni de complacencia desleal, es significativo ver cómo también el Gran Mariscal —tan comedido y tan poco inclinado a las ilusiones políticas— fué arrastrado por el mismo desconcierto que él reprochara en ocasiones a su ilustre Jefe (11) y se entregó también al deleite de

(11) Véase el reproche: "Siempre insisto en que si medidas radicales no remedian nuestras desgracias, somos completamente perdidos continuando un sistema vacilante", etc. De nuevo en carta fecha 21 de julio de 1829 se queja de que las vacilaciones del Libertador desalientan a sus amigos, y agrega a poco, hablándole de los Diputados de Quito al Congreso: "su desaliento está en que ellos no saben lo que Ud. piensa en cuanto a cosas de Gobierno y temen quedar sin apoyo"; y en la carta ya citada del 7 de octubre de 1829 devuelve el reproche que le hace Bolívar de que se niega a servir: "Lo que trato es de servir sabiendo el sistema y el objeto, pues desde hace mucho tiempo no hay objeto ni sistema". (Op. cit. ibidem).

contemplar utópicas perspectivas de armonía continental y de organización política definitiva.

No había demostrado ningún entusiasmo por la adopción de la Constitución vitalicia en Bolivia— a pesar de ser éste un Estado emergente que no había probado otras instituciones— y sin embargo, la aprueba para su propia Patria (12). Refutó como imposible la idea de la Gran Confederación que debía tener como eje a Colombia, y se empeñó a su vez en el proyecto, mucho menos realizable, de una Confederación de Bolivia, Buenos Aires y Chile: "....yo mismo no sé si bien consultados los intereses de Bolivia en particular y los de Colombia, convendría formar esta gran masa. Digo los intereses de Colombia, porque cada vez me persuado más y más de que Colombia no entra en el proyecto de federarse con estos tres Estados bajo un solo Gobierno. Al considerar a Venezuela reventando, sólo porque la capital está en Bogotá, me parece imposible realizar el proyecto. Bien puedo yo engañarme; pero los hechos y las cosas son tan evidentes que no quiero alucinarme con bellas ideas. (13). Esto lo decía en agos-

---

(12) Con respecto a lo primero, véase la cita ya inserta sobre las dificultades que oponían los Diputados a la Presidencia vitalicia, y el comentario: "acaso no les falta razón", y en el mismo sentido lo que dice antes y después, págs. 314, 324, 326 y 384 del mismo tomo. En cuanto a la posible introducción en Colombia de la Vitalicia, las citas ya vistas, págs. 379, 508 y 556.

(13) O'Leary, Cartas, tomo I, pág. 376.

to del 26, y en marzo del 27 ya el nuevo proyecto lo alucina: "En cuanto a la Gran Federación, no hay ni que pensar en ella, Los sucesos del Perú han roto todas las bases y en Bolivia han aumentado la repugnancia que había a ella. Aquí en la Paz (que es el más fuerte Departamento) no la quieren, y sí hay un gran partido por los Argentinos; lo hay también en Potosí y no falta en Chuquisaca. La federación de Bolivia con Chile y Buenos Aires que insertó el *Cóndor* por un comunicado, ha sido mejor recibida. Yo, pues, trato de fomentar esta idea, para siquiera sacar el partido de que las Repúblicas de América cuenten con un poder fuerte que contenga las miras del Emperador del Brasil. En esta borrasca de ideas extraviadas, es preciso sacar el mejor partido para la seguridad de los pueblos. Estoy cierto que mientras más nos empeñemos en la gran federación, más repugnancia tendrán. Vale, pues, mejor correr con la opinión pública. La situación decadente de Buenos Aires hará que no tenga grandes pretensiones y lo mismo sucederá con Chile. Me parece preciso ligar estos pequeñísimos Estados de modo que no sean juguetes de partidos ni sean la presa de cualquier ambicioso". (14).

Confederación con los Argentinos, y ya de éstos había dicho al Libertador: "son todos, to-

---

(14) Id. Id. Id., pág. 422. Véanse además las otras razones con que refuta la idea de Confederación, págs. 336, 370, 379 y 397. Defendiendo la unión con Chile y Buenos Aires, págs. 429 y 442.

dos, todos, enemigos jurados de Ud. y de nosotros"; "son todos nuestros enemigos en siendo porteños"; y, "en Bolivia hay una paz profunda porque los aborrecen". (1).

En 1827 le recuerda que muchas veces le dijo "que los que habían tenido alguna parte importante en la guerra de Independencia debían retirarse" (16); pero cuando el año 29 Bolívar le dice "que es el momento favorable para dejar el mando de Colombia", reprueba con calor el intento y buscando seguramente conmover al "hombre de las dificultades" con el reproche que podía tocarle más a fondo: "yo entiendo, le escribe, que un abandono del país en las circunstancias en que estamos es una mancha sobre la carrera de Ud. El solo abandono sería considerado por deserción". (17).

De acuerdo con su repugnancia por la política personalista y la tendencia de algunos caudillos secundarios a considerar la Patria naciente como Montepío en disputa, presentó en 1830 su célebre proposición en Cúcuta, excluyendo del mando de Colombia a todos los militares de graduación superior. ¿Cómo conciliarla con la ya citada sobre una Constitución "sostenida por el Ejército"?

---

(15) Id. Id. Id., pág. 380.

(16) Id. Id. Id, pág. 455.

(17) O'Leary, Cartas, tomo I, pág. 547. En el mismo sentido, págs. 541, 546 y 547.

Creo inútil advertir que no trato de hacer un paralelo entre las ideas de Bolívar y las de Sucre, ni menos de escudar aquél con éste. Las contradicciones del vencedor en Ayacucho tienen significación sobre todo porque son sintomáticas de la inquietud de la época, nos dan el ambiente de aquella realidad movediza y desconcertante y permiten adivinar el estado de ánimo en que trabajaban los organizadores de la magna obra.

Por otra parte, tampoco nos negamos a confesar que aprovechamos el nombre del magistrado integérrimo de Bolivia para detener cierta clase de crítica chocarrera, recordándole que juzgamos realmente propósitos políticos y no ardides indecorosos. Y no nos negaremos el placer de ampliar esta última consideración desde un punto de vista más individual pero no menos revelador: véase cómo Sucre opone a la idea de la gran Confederación bolivariana, la suya propia de una unión con el extremo Sur y busca abrir para Bolivia una política autónoma, segregándola de la hegemonía colombiana. ¿Qué hubiera sucedido con un César de ambiciones vulgares, si como comentario a la carta en que el Gran Mariscal participaba aquellas intenciones al Libertador, alguien hubiera recordado en palacio el ejemplo de Bernadotte?

Sucre que conocía el desinterés del ideal panamericanista del Libertador y se sentía escudado por su propia sinceridad, no temió la prueba, y la conducta de Bolívar para con él probó que había juzgado bien.

## VI

1829.—La disolución de la Gran Colombia ya es un hecho. Pero Bolívar no puede creer que para todos se haya desvanecido definitivamente la imagen grandiosa que es para él realidad deslumbrante. En un pasado tan próximo su solo nombre podía aún trasmitir a los pueblos el dinamismo infatigable del caudillo creador! Tal vez una apelación a la opinión pública....

Con esa esperanza dirige en agosto la circular ya citada pidiendo directamente la opinión de los ciudadanos, y con el mismo fin dispone que los Diputados al próximo Congreso reciban instrucciones imperativas de las Asambleas electorales.

Cuando los Diputados llegan a la capital sin instrucciones imperativas, pueden ser sobornados o intimidados por el poder central, o pueden ellos mismos falsear la opinión pública arrastrados por los intereses partidarios. Bolívar no quería merecer reproche de lo primero y temía lo segundo, atribuyéndole quizás la anarquía que disolvió la Convención de Ocaña. ¿Pero era un remedio eficaz el que ahora adoptaba? ¿Es que había algún remedio eficaz?

Sucre comprende al momento lo que sucederá: "Si es que no se puede retirar el decreto, será por lo menos preciso reducir las funciones de la Asamblea al simple derecho de petición

Con tal objeto me han hablado para que haga a Ud. esta carta, y la escribo con gusto, cumpliendo el encargo de Ud. de participarle mis observaciones sobre lo que opinen las gentes buenas de las medidas del Gobierno. Yo creo, y no sin razón, que si el Colegio tiene facultad de dar instrucciones, van a resultar males públicos que ya estaban casi pasados, porque se revivirán pretensiones locales, se despertarán las pasiones y tal vez un pronunciamiento que se trasluce que apoyado no será tan fácil ahogarlo". (18).

Tenía razón. La apelación angustiosa que hizo Bolívar ante el pueblo, permitió a los caudillos localistas contestar en nombre de éste y echar por tierra definitivamente el vasto ensueño bolivariano. Cada cual quería recogerse en su patria chica a la política oportunista, personal y estrecha por donde debía recomenzar nuestra vida pública.

De la libertad que hubo para responder al Libertador puede juzgarse por la representación que en nombre de la villa de Escuque dirige Francisco A. Labastida al General Páez con fecha 3 de febrero de 1830, acerca de los procedimientos empleados por el Jefe Militar del Cantón: "Las mismas Asambleas Populares han sido juguetes de su insolencia, pues ha pretendido que firmen los ciudadanos no lo que realmente

---

(18) O'Leary, Cartas, tomo I, pág. 552. En el mismo sentido, págs. 553 y 556.

han dicho y acordado en sus reuniones, sino algunos papeles que a su modo escribía él en su casa, amenazando con sus terrores, a los que no querían obedecer. Y será tener libertad esto, Exmo. señor? Podrá hablar con libertad un pueblo que en el momento de reunirse ve formando en la Plaza un escuadrón de caballería y una compañía de fusileros? Si el contenido de los papeles que el Sr. Cegarra quería que firmásemos hubiesen sido algunas quejas justas y fundadas, para comprobar nuestro pronunciamiento, en buena hora que insistiese; pero querer que suscribiésemos una multitud de dicterios, injurias e insolencias contra el General Bolívar, no nos pareció regular, porque hemos creído que podíamos desconocer su autoridad y tratarla con decoro". (19).

Era lo que había previsto Sucre. El cohecho o el apremio que Bolívar desdeñó ejercer desde el poder supremo sobre los Representantes de las Provincias, que hubieran llegado sin instrucciones imperativas, fué empleado brutalmente por el caudillismo disolvente y aseguró la unanimidad de los pronunciamientos.

Colombia quedó destruida.... Montesquieu había esperado que la Ley pudiera considerarse como la Razón aplicada a la Política. Pero su otra definición de las leyes —las relaciones ne-

---

(19) Archivo Nacional. "Secretaría del Interior y Justicia", tomo V, folio 421. Publicada en el Boletín del mismo Archivo, n. 37.

cesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas— es la que debía cumplirse en nuestro mundo político con la fuerza de una concatenación indestructible.

Y la "naturaleza de las cosas" era en América, por el momento, la existencia en cada nación y en cada Provincia y en cada pueblo y en cada parroquia, de un caudillo o caudillejo, que resumía toda la fe del pueblo y no pocas veces, como hemos dicho, también la de los legistas.

Del espléndido sueño de dignidad ciudadana, que fué el ideal generador de las revoluciones liberales europeas y americanas sólo quedaban al fin de la guerra imágenes fragmentadas, sueños. Esperanzas que se prometían guardar celosamente unos cuantos espíritus privilegiados, para reanudar con ellas la tradición —tan humana y tan real— del idealismo combatiente. Por el momento lucecillas dispersas que brillaban aquí y allá en todo el Continente y que debían convertirse para sus poseedores en recónditas brasas de martirio, antes de volver a ser luz de nuevas posibilidades, hoguera llameante, zarza ardiente, voz de fe.

## VII

Después de haber estudiado el pensamiento político de Bolívar según el propósito social que perseguía, no es menos interesante considerarlo en relación con la psicología del héroe y su evo-

lución, y ver como ésta pudo influir en la de aquél, junto con las causas exteriores ya anotadas.

Acostumbraba repetir el Libertador en sus cartas una máxima de Rousseau que precisamente por la antítesis que representa con el carácter bolivariano, nos parece muy apropiada para su estudio. Según ella "cuando se ignora lo que se debe hacer, la prudencia dicta la inacción para no alejarse uno del objeto a que se dirige, porque puede uno adoptar mil caminos inciertos en lugar del único, que es el recto" (20). La afirmación denuncia dos momentos psicológicos: la imagen temerosa del porvenir como un campo de acechanzas en el cual están trazados de antemano innumerables caminos de extravío y tan sólo uno verdadero, y el juicio que parece ser su consecuencia, la necesidad de la abstención en caso de duda. Lo primero se acordaba muy bien con el ánimo acongojado del filósofo ginebrino; lo segundo, con su íntima repugnancia por el esfuerzo y por la acción.

Desde luego, por uno y otro motivo nada más opuesto a la índole del Libertador, héroe infatigable que probó todos los caminos y acertó precisamente por la abundancia y la temeridad de la acción. La divisa que en verdad le con-

---

(20) Así la expresa el Libertador. O'Leary, tomo XXX, pág. 68. Repetida en la pág. 374 del mismo tomo, en el tomo XXIX, pág. 296 y en el tomo XXXI, pág. 113.

venía la expresó mejor en otra ocasión y es un mentís al sofisma roussoniano: "....las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces: es decir, que la primera enseña la segunda". (21). Animosa incitación que de antemano desdeña el fracaso fortuito. Aunque muy diferente en la forma, parece derivada del orgulloso pensamiento con que años más tarde lo debía defender el maestro D. Simón Rodríguez, y que quizás le había inculcado desde la adolescencia: "Todos saben que el que no hace nada no está expuesto a reconvenciones, porque nunca yerra: la inacción es un yerro que vale por muchos".

Sin embargo, si como hombre de acción el Libertador jamás hubiera consentido en su espíritu la representación angustiosa que corresponde a la máxima de Rousseau, podríamos preguntarnos si logró lo mismo en su actuación como político y legislador.

Contrasta en su correspondencia la intrepidez cuando trata de las dificultades de hecho —administrativas, militares o económicas— y su desasosiego, no exento de vacilación, cuando debe afrontar el problema social y legislativo.

Claro que éste (podríamos decir hoy con la indiferencia de los historiadores) era infinitamente más complejo que aquéllas; pero por eso mismo era preciso en él aplazar y abstener-

(21) O'Leary, tomo XXIX, pág. 294.

se. En las primeras, la acción personal y hasta cierto punto creadora del héroe, podía ser mucho más eficaz. El problema social y político era forzoso cederlo a la acción colectiva y gradual y soportar con paciencia las fluctuaciones y tanteos que eran inherentes a la revolución que se efectuaba. Para los creadores de estas nuevas Patrias era forzoso afrontar el encuentro con las fuerzas sociales nacientes y aceptar su indisciplinada colaboración. La intervención individual sólo podía retardar y agravar la crisis; un afán imprudente de orden convertiría la ley en un mecanismo artificioso y débil.

Tal sería la doctrina liberal. Se acerca más a ella el Libertador en su proyecto de Angostura: la base del Gobierno es un cuerpo colectivo, su construcción es, en general, menos ambiciosa y más flexible que la Constitución para Bolivia.

Devolver el Gobierno a las clases prácticamente representativas, no excluía todo peligro; pero estaba aconsejado como el régimen más constructivo. Renunciar frente a los nuevos problemas a la acción caudillesca y apremiante, quizás dejaba muchas cosas por resolver, pero era lo más generoso y prudente. El espíritu del Libertador a la sazón en la plenitud de su equilibrado valor, conservaba bastante sosiego para dejar todo lo demás a la acción de las nuevas generaciones al devenir improvisador e irreductible. Su fe, tanto como su perspicacia, le hacía adivinar todos los elementos vitales que contenía aquella realidad social aparentemente caóti-

ca; empeñarse en organizarla mediante un *fiat* taumatúrgico debió parecerle entonces presunción o superchería.

¿Durante cuánto tiempo permanecieron unidos así en el ánimo de Bolívar político, la convicción lógica y la fe y el valor? Vemos exagerarse cada día más su inquietud ante los problemas sociales y su impaciencia durante la acción gubernativa cotidiana y oportunista; las menores contrariedades de ese orden lo exasperan y los peligros futuros le parecen inminentes y terribles.

Nunca fué espontánea en él la ecuanimidad para aguardar oportunidades y contemporizar con las opiniones adversas; pero ahora es cada vez menor su dominio sobre sí mismo para resistir la disciplina heroica con que sustituía aquellas virtudes del político. No es la soberbia del triunfador: en las campañas se muestra, por el contrario, más prudente; se conserva sensiblemente igual el tono de sus cartas y documentos militares. Y leyendo atentamente los otros, comprendemos entonces que la verdadera clave de su intransigencia política es la impaciencia angustiosa, casi un temor morboso por el porvenir.

Quizás la Constitución para Bolivia la redactó ya bajo esa influencia. Tiene menos fe ahora en la acción colectiva y destaca como centro del Gobierno al Presidente vitalicio; prevé la anarquía de los Poderes Públicos y considera indispensable extremarse en reforzar su inter-

dependencia y solidaridad. Le acongojaba la representación simultánea de todos los peligros, quiso remediarlos todos, e hizo del Gobierno un desmesurado mecanismo de encasillamiento. Desde este punto de vista la Constitución vitalicia es inferior a la de Angostura. Cualquiera que sean las diferencias de circunstancias o de otro orden que separen al Bolívar de 1819 del Bolívar de 1825, el conjunto de sus opiniones políticas a partir de esta última fecha denuncia también una evolución íntima de su sensibilidad y de su carácter. La Constitución de Angostura es la más flexible y liberal porque es también la más valerosa. El egocentrismo es no pocas veces una sugestión solapada del temor.

Pero si el Libertador llegó a temer tanto por el porvenir político de la América, en el trabajo legislativo la duda sí indicaba la abstención de medidas definitivas, y a falta de la confianza que le acompañaba en Angostura, Bolívar pudo aconsejarse con la prudencia de Rousseau. No la recordó entonces: curiosa paradoja, o mejor dicho, demostración evidente de que cuando repetía la máxima del filósofo era simplemente por un hábito mental, sin trascendencia ninguna a su carácter verdadero, íntimamente contrario a la duda y a la abstención.

El temor que le inspiraba nuestro futuro quizá le hizo pensar a menudo que en aquel oscuro campo muchos eran los caminos falsos y uno solo el verdadero; pero lejos de intimidarse por la exigua probabilidad de acertar que así

le quedaba, la acometividad de su genio encontraba en ello nuevos motivos para aventurarse apasionadamente por el camino que creía haber descubierto.

Desde este punto de vista del estado de ánimo del Libertador, es interesante el estudio de una institución que aparece en ambas Constituciones, con el nombre de Poder Moral en la de Angostura e incorporada al Poder Legislativo en la de 1825. Es bien conocido el discurso en que el Libertador define su objeto: "La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una República; moral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su areópago y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos, y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra República una cuarta potestad, cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana", etc. (22).

Inútil discutir hoy si la institución hubiera llenado sus fines. Mejor que en este punto con-

(22) O'Leary, Narración, tomo I, pág. 511.

creto, podemos examinar el problema en su mismo origen: ¿es verdaderamente indispensable para la organización satisfactoria del Estado, la existencia de una sólida moral pública?

Adviértase que decimos indispensable y no simplemente útil o provechosa. Y con esta restricción, podemos pronunciarnos en seguida por la negativa.

No se alarmen los moralistas: precisamente uno de los sofismas más funestos y más frecuentes es el de suponer que la reorganización política de un pueblo no se puede intentar sino despues de haberse modificado radicalmente la moral pública; condición que desde luego aplaza indefinidamente la resolución del problema, cuando no lo reduce al círculo infrangible de que la anormalidad política corrompe la moral pública y a su vez la falta de ésta no permite remediar aquélla. En Venezuela, particularmente, todos los políticos corrompidos y todos los egoístas se acojen a ese círculo vicioso para disculpar sus complicidades o su pasividad.

Afortunadamente, en los pueblos como en los individuos, las nociones experimentales de lo útil y de lo nocivo, cuando no están falseadas, pueden bastar a lo menos para una vida sensata, en espera de las verdaderas ideas morales de lo bueno y de lo malo, siempre de aparición tardía.

Sólo que, también aquellas nociones utilitarias primordiales faltan a veces en la conciencia colectiva como resultado de prejuicios mo-

mentáneos o de una especie de apetencia viciosa o sensibilidad desequilibrada.

Después de una conmoción tan prolongada como lo fué la guerra emancipadora, ellas debían quedar profundamente alteradas en nuestra América: por la subversión repentina que experimentó la psicología popular; el desarrollo del individualismo anárquico; el culto excesivo del valor y de la preponderancia brutal; y la tolerancia y aún el elogio concedidos a todas las formas de la indisciplina social, elogio hasta para el atropello público y el crimen privado cuando implicaban demostración de destreza o de fuerza.

La reconstrucción se verifica cuando reducidos de nuevo a la comunidad ciudadana la vida aprieta con rudeza el lazo de solidaridad que nos liga, haciéndonos sentir que el mal que un individuo lanza sobre la sociedad se refleja necesariamente sobre él o sobre su descendencia. Es entonces cuando las ideas de Patria y de bien social comienzan a mezclarse con nuestros intereses más queridos y con los deberes que a diario nos mueven; todos llegan a comprender porque "la injuria hecha a un particular debe considerarse como hecha a todos", y cada ciudadano al pensar en sus hijos se preocupa por la herencia social que recibirán, con el mismo interés con que piensa en la herencia pecuniaria que les prepara.

La Patria no es un ídolo que se conforma con el culto, sino una realidad que es preciso

trabajar en común. Nuestro amor de nada le vale mientras no hemos reconocido que es imposible desligar completamente nuestro provecho del bien colectivo y que el pecado del padre lo paga el hijo, no según una ley moral problemática, sino con la seguridad con que se ligan los acontecimientos dentro del determinismo social. "Cada individuo, dice Guyau, por la serie de actos que constituyen la trama de su existencia y que acaban por coordenarse para sus descendientes en hábitos hereditarios, deprava o moraliza a su posteridad, al modo como ha sido moralizado o depravado por sus antepasados". Digamos hábitos sociales en vez de hábitos hereditarios y habremos trasladado de la vida privada a la vida pública una hermosa y terrible ley de responsabilidades recíprocas.

Pero he aquí que ya pasamos de las experiencias utilitarias a las verdaderas ideas morales. Como hemos dicho, no es preciso exigir tanto a la mayoría: la conciencia definida del verdadero interés público basta a lo menos para una vida sensata.

La distinción no deja de tener valor práctico: cuando se nos habla de la necesidad de moral pública para la constitución del Estado, se nos sugiere la idea de una labor puramente intelectual, didáctica y de prédica, muy vaga y expuesta a estrellarse contra el obstáculo que presenta la conciencia popular, que por su misma falta de moralidad hemos de suponer, para el caso, grosera y tarda. De muy diferente manera sentiremos la acción y el deber que nos

corresponde si hemos llegado a comprender que para dar base segura a la Patria bastan nociones experimentales e inmediatas, que a diario sugiere a todos la vida misma y que todos pueden apreciar, si hay a lo menos unos pocos que se cuiden de precisarlas y de indicar su alcance.

Esto por lo que se refiere al problema visto con la perspectiva de un siglo de experiencia y de política positiva. Con respecto al Libertador, la fe que ponía en la existencia de una moral pública y el empeño de formarla bajo la tutela del Estado, no son sino un aspecto más de la necesidad que sentía de buscar para las nuevas instituciones un apoyo que no fuese el de la simple coacción o el prestigio transitorio de un hombre. Los reproches de orden práctico que pudieran hacérsele bien los adivinaba: "Una institución semejante, por más que parezca quimérica...."; "Meditando sobre el modo efectivo de regenerar el carácter y las costumbres que la guerra y la tiranía nos ha dado, me he sentido con la audacia de inventar un poder moral, sacado del fondo de la oscura antigüedad y de aquellas olvidadas leyes que mantuvieron algún tiempo la virtud entre los griegos y los romanos. Bien puede ser tenido por un cándido delirio...."

## VIII

1829.—La Gran Colombia se disolvía.... Bolívar, que en realidad hubo de proceder como Dictador en los sucesos del año 27, había querido reanudar inmediatamente la regularidad constitucional con la convocatoria de la Convención de Ocaña. Fracasada ésta, con mayor razón podía incomodarle la Dictadura y por eso en el mismo año 28 quiso convocar un Congreso Constituyente. El consejo de los amigos llega oportuno para sumirle en perplejidades y recordarle la insolubilidad del problema: "El General Sucre me ha manifestado, le escribe O'Leary con fecha 18 de setiembre de 1828, la carta que V. E. le escribió. La noticia que en ella le comunica nos ha aturdido. Hablo de la convocatoria de un Congreso Constituyente. Mi General, no es tiempo todavía; volverá a suceder lo mismo que con la Convención. Este es uno de los obstáculos que tiene el General Sucre para continuar sirviendo". (23).

La Constitucionalidad era la regresión a discusiones estériles que enconaban las pasiones en vez de procurarles desahogo, era abandonar su obra a la animosidad de unos y a la indiferencia de la mayoría; la Dictadura era siempre el sistema militar, el olvido de sus propósitos y

(23) O'Leary, tomo III de la Narración, pág. 488. Edición de la Bibiloteca Ayacucho.

de sus promesas. El Libertador debía compartir paso a paso la agonía de la gran Patria que iba a morir con él: "si deserto salgo mal, si me quedo salgo peor".

La crisis íntima se manifiesta alternativamente por el lamento incontenible y la impaciencia colérica. Cuando piensa que lo acusan de tiranía; "o me pierden a mí o pierden a Colombia; y en ambos casos nos perdemos todos. Yo no puedo vivir bajo el peso de una supuesta ignominia que me agobia, ni Colombia puede ser bien servida por un desesperado a quien le han roto todos los estímulos del espíritu y arrebatado para siempre todas las esperanzas de su tranquilidad". (24). Y la reacción: "Ud. le dice a O'Leary, que cómo es posible que yo no obre conforme a mi firmeza inexorable: y ¿crée Ud. que yo pueda haberla abandonado? No, mi querido Briceño, soy el mismo de los años pasados, y no creo que mudaré nunca, porque reside en la médula de mis huesos el fundamento de mi carácter. Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros". (25).

Por momentos, un atisbo del verdadero sentido de la situación, nada propio por cierto para tranquilizarlo: ".... debo irme o romper el mal.

---

(24) O'Leary, tomo XXXI, pág. 485.

(25) Id. Id. Id., pág. 139.

Lo último sería tiranía, y lo primero no se puede llamar debilidad, pues que no la tengo. Estoy convencido de que si combato, triunfo y salvo al país y Uds. saben que yo no aborrezco los combates; mas, ¿por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos, que se llaman libres y moderados? Me responderán a esto que no consulté a estos mismos buenos y libres, para destruir a los españoles, y que desprecié por esto la opinión de los pueblos; pero los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos, y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar". (26).

Esa era la verdad que debía admitirse. Sus adversarios no podían salvar la Patria; pero ante la imposibilidad de obtener el orden político soñado, debía ceder a la legitimidad de las aspiraciones en cuyo nombre hablaban aquéllos. ¿Qué importa "que la libertad se halle de ordinario enferma de anarquía"? La América no se cansaría de luchar por ella. Los pueblos le tomaban la palabra a su Libertador: "Las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces; es decir, la primera enseña la segunda".

Muy amenudo falta valor en el hombre para recomenzar después del fracaso; pero en los pueblos cada generación juvenil recoge el ideal desfalleciente en la generación caduca. Las na-

---

(26) O'Leary, tomo XXXI, pág. 92.

ciones americanas se lanzaron de nuevo animosamente a los ensayos y rectificaciones en torno de las aspiraciones liberales que produjeron su Revolución genésica. Parecían mera imitación y sin embargo, se han probado desde entonces como una tradición constante que al fin demostraría ser más vigorosa y viable que la tradición antagónica del unipersonalismo caudillesco.

El ensayo legislativo de Bolívar queda aparte en la historia americana, como un pensamiento original desligado de ambas tendencias y destinado inicialmente a reconciliarlas. En un momento de despecho, escribía en 1829: "....me llaman tirano y me recompensan con vituperios. Toda la América resuena en declamaciones contra mí". (27). Exageraba; pero por otros respectos, la realidad era peor: el desprestigio que le acarreó la aplicación de la acción caudillesca a la política de aquellos últimos días aciagos, alcanzó retrospectivamente a su creación constitucional y no se la creyó sincera.

Corregido hoy aquel error de perspectiva, las dos Constituciones en las cuales pudo Bolívar expresar totalmente sus propósitos constructivos, tienen un valor definitivo para juzgar sobre el alcance y la verdadera tendencia de su pensamiento político. Mutilado éste muchas veces por la crítica tendenciosa o recogido fragmentariamente para justificar tesis *a priori*, cuando se le estudia en conjunto aparece, en realidad, como la antítesis de todas las formas

(27) Id. Id. Id., pág. 444.

simples de organización política que se le han querido atribuir al Libertador. El reproche que podría hacérsele es, por el contrario, el de su extrema complejidad y la violencia que se impuso para dar cabida en el Gobierno a todas las fuerzas sociales aparentes.

Bien sabía el Libertador que el Derecho no puede ser exclusivamente una construcción dialéctica. Es el pensamiento que quiere expresar cuando manifiesta su entusiasmo por el genio legislativo de Roma y de Inglaterra, que habían demostrado un admirable espíritu de continuidad y de graduación, la primera en el desarrollo del Derecho Civil y la segunda en el de sus instituciones políticas. Y cuando recuerda a los legisladores americanos la necesidad de tener siempre en cuenta las Leyes de Indias y las peculiaridades de estos pueblos, acepta la necesidad de sacrificar en parte el ideal jurídico a las exigencias de las condiciones sociales y acordar la Revolución con sus precedentes históricos.

Se lanzó después al ensayo racionalista, porque no era humano ni conciliable con el cariño del creador por su obra, evocar con valor el siglo de incertidumbre que iba a atravesar la América. Desesperado por que creía que la sociedad, tal como había sido transformada por la guerra, no podría dar una base estable para la reorganización del Estado, quiso invertir temerariamente los términos y forjar un Estado que fuese la base de una nueva sociedad.

# INDICE


págs.

Introducción .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. I
Brillarán como Estrellas en Perfectas Eternidades 1
Domingo F. Sarmiento .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 19
Juan B. Alberdi .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 29
Sarmiento y Alberdi, adversarios y aliados .. .. .. 41
Andrés Bello .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 51
Andrés Bello y la Emancipación Americana .. .. .. 65
José Martí .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 77
La Patria de los Venezolanos en 1779 .. .. .. .. .. 113
El Hijo de Agustín I al lado del Libertador .. .. .. 119
La Casa de Anauco .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 133
Cuando el Maestro del Libertador quiso ser el Maestro de "Los Niños Pobres" .. .. .. .. .. .. .. 143
Don Simón Rodríguez, psicólogo .. .. .. .. .. .. .. 151
La Conversión de Don Simón Rodríguez .. .. .. .. 161
Sembradores de Cenizas .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 173
El Fracaso del Libertador como Político .. .. .. .. 181